



LA
ESPAÑA MODERNA



DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

ABRIL—1889

MADRID

IMPRESA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO

Don Evaristo, 8

1889

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director propietario de LA ESPAÑA MODERNA.

APUNTES PARA MIS MEMORIAS.

Los recuerdos que nos dejan la infancia y la primera juventud refiérense, por lo general, á pueriles acaecimientos. Cuanto más fecunda en sorpresas y romancescas aventuras se presenta después la vida; cuanto más se desarrolla variada y brillante, más se complace la fantasía en evocar tiempos lejanos, en que la muerte de un pajarillo ó la pérdida de un juguete eran irreparables y crueles desventuras.

No tengo gran fe en las predestinaciones de la niñez, y para mí, las leyendas que borda la posteridad sobre precoces y admirables aptitudes son entretenido pasatiempo de nodrizas y de madres por naturaleza inclinadas á lo maravilloso.

Dios intercala entre las agitaciones de la vida períodos de descanso: la primer etapa que recorren esos seres inconscientes y chiquitos, de cabellera dorada, de rosados labios, es, por lo general, apacible y serena: por entonces la vida es madre, y hasta después no se convierte en implacable madrastra; y mi niñez, á pesar de las consejas que sobre ella se refirieron, se ha deslizado muy semejante á

la de otras niñas nacidas en mi misma esfera social: poblada por cotidianas menudencias, dulces é insignificantes. Un sentimiento único se destacó entonces, irradiando sobre mi existencia entera: el apasionado amor á mi madre, que llenaba mi inteligencia y mi corazón juntamente. Á mi madre la veía yo hermosa como la hermosura misma: constábame que era buena como la propia bondad, y yo..... la adoraba. Ningún cuento de hadas equivalía para mí á las historias que me narraba mi madre con su áurea voz; ningún triunfo del amor propio infantil sobrepujaba al elogio oído de su boca; ninguna recompensa me halagaba como un beso de sus labios siempre risueños, una caricia de sus manos torneadas y aristocráticas, tan transparentes, que yo me divertía observando en ellas los juegos de la luz solar. Ella también era apasionada en su materno cariño: quería á sus hijos más que á todo, y yo le correspondía con un ímpetu comunicado por su ardorosa ternura.

La vida suya no había transcurrido completamente feliz. Era hija de Luciano Bonaparte, y habían solicitado su mano la mayoría de los príncipes de Europa, incluso el hermano de Napoleón III. No contaba aún quince años cuando se desposó con Sir Thomas Wyse, miembro del Parlamento, embajador de Inglaterra en Atenas, lord de la Tesorería, individuo del Consejo privado de la Reina, omitiendo otros muchos títulos y distinciones. De suerte que, al parecer, ingresé yo en la vida por la puerta de oro, y, sin embargo—este recuerdo me divierte mucho todavía y hace reír á mis hijos,—he pasado mi juventud muerta de hambre, y no en sentido figurado, sino en el riguroso y literal; he pasado hambre, sí, y hambre feroz, hasta el punto de soñar todas las noches que hincaba el diente á enormes molletes de pan y que me desquitaba y saciaba en

ellos. Es el caso que fuí educada en el convento, en la sucursal de San Dionisio; y sometida al régimen más espiritual, se me pasaba el año deseando que llegase pronto la fiesta de Santa Catalina, con su homérico banquete de pollos y tortas, que se nos ofrecía para celebrar la festividad de la santa patrona de las solteras incurables.

Claro está que yo no confiaba á alma viviente el secreto de mi apetito, ni de mi inquina contra el uniforme (un trajecillo verde, zurcido en los codos para mayor dolor). Laboriosa y tímida, callada como nadie, callada como lo son aquéllos que viven ensimismados y en un mundo aparte, había conseguido, á pesar de mis pocos años, que engalanase mi cintura el cinturón con orillo de varios colores, llamado *de las perfecciones*, cinturón que hace profesor al que lo ciñe habiendo terminado ya los estudios; y como aún no había yo cumplido los catorce, este lauro me consolaba.

No tenía por entonces más ideal que mi madre, más aspiración que poseer el tercer traje verde sin remiendos en el codo, ni más deseo que comer todo cuanto me pidiese el apetito. Conocí, sin embargo, otro sentimiento, la amistad; estreché en el convento relaciones íntimas con una muchacha algo mayor que yo, que hasta su muerte, y aún más allá, puesto que nadie ha conseguido reemplazarla, había de ser mi mejor, mi única amiga.

Las dos formábamos contraste. Yo tenía negro el pelo y azules los ojos: Carolina Médicis, que más tarde fué Condesa de Orsini, era rubia con pupilas oscuras. Yo era ensoñadora y melancólica: ella ingeniosa y festiva, y nuestro mutuo afecto, que quizás procedía de esta misma oposición, creció y se fortificó por ella. Mi pobre Carolina, de tan sorprendente hermosura, rica y opulenta; que dominaba el arte escultórico igual que la Princesa María

de Orleans, que manejaba el pincel, que cantaba, que escribía de un modo encantador, murió de parto á los veintiséis de su florida edad, por culpa de haber emprendido, á despecho de los consejos de todos sus amigos, un viaje con objeto de venir á acompañarme y asistirme en cierta difícil circunstancia de mi vida, que ya referiré en tiempo y lugar oportunos.

Entre mi amiga y yo nunca surgió una nube de descontento: nos completábamos y nos asociábamos en todo y para todo. Éramos ambas las artistas decoradoras del convento. Sainetes, charadas, himnos, decoraciones del minúsculo teatrillo que á nosotras nos parecía más grande que la Grande Ópera, en todo andaba nuestra pluma ó nuestros pinceles. Yo me sepultaba en el trabajo como el ratón en el queso; yo bosquejaba aprisa y terminaba despacio—gozando de mi obra con celoso y ávido deleite—figuras de madonas para el altar mayor, y estas vírgenes, pintadas por mí, tenían el rostro oval y la fresca encarnadura de Carolina, con una mirada triste, reflejo de mi ingénita tristeza.

Esta melancolía, innata en mí, tiene una disculpa: yo creo que era fruto de mi casi fealdad. Mis ojos, profundamente incrustados en las órbitas; mi boca correcta, pero que rara vez descubre por medio de la sonrisa—mi único atractivo—los dientes perfectamente iguales y blancos; mi frente demasiado convexa; una miopía inverosímil, unida á una perpetua distracción, formaban un conjunto que, así al pronto, no atraía la mirada. En opinión de madama Récamier, y de mi anciana amiga madama Mackenzie, la artista de primer orden que dirigía los conciertos en casa de Récamier, mi físico se parecía al de la famosa trágica Raquel. Y Carolina me decía á menudo: «Andando el tiempo vas tú á ser muy bonita. Ya verás tú qué

mariposa más espléndida saldrá volando de esta oruga envuelta en un capullo verde tan feo.» Yo me reía y dejaba que mi amiga profetizase á su sabor, fiándome más en la imagen que se reflejaba en mi espejillo de colegiala. Insisto en tales recuerdos, á medida que voy evocándolos, porque llegada á la edad adulta, he permanecido, moralmente, idéntica á lo que fuí en los días de la infancia, y otro tanto ha sucedido con mi carácter de letra, que, cosa extraña, no se ha modificado nunca.

Mi madre, lo repito, ha sido mi cariño más profundo, á despecho de mi natural ternura hacia mis hijos, los cuales quedaron relegados á segundo término; y si su amor ha ensanchado mi corazón, en nada vino á disminuir mi adoración fanática por la que me dió el sér. Salí del convento á los quince años, para casarme con un joven de veintitrés; y mi gran pena fué no poder llevarme conmigo una muñeca enorme, para la cual había solicitado y conseguido un equipo completo, sin traje verde. Las predicciones de mi amiga Carolina iban realizándose: yo me volvía guapa, y ahora que todos los días podía comer tanto como el de Santa Catalina en el convento, casi me manifestaba alegre é inventaba travesuras, lo mismo que si aspirase á desquitarme de las tristes horas de mi infancia. Con todo, al mirarme al espejo, y si bien mis hombros comenzaban á adquirir morbidez, aún me encontraba á mí misma pequeña y flacucha. Recuerdo que cierto día una de mis doncellas—que me sirvió después largos años y que con frecuencia me habla de este caso—vino muy asustada á decirme que faltaba un gran pedazo de mis ricas medias de encaje. Echéme á reír á carcajadas y le enseñé el trozo de media hecho un rollo, recortado y cosido de manera que guarneciese mi corsé y obligase á la seda de mi corpiño á estirarse, dibujando una airosa y

serpentina línea, que me parecía complemento indispensable de la gentileza de mi talle delgado. La buena de Antonieta no se atrevió á chistar; pero más adelante me confesó que se había arrancado los pelos de rabia.

No apremiaba gran cosa á mi marido el afán de observar cuándo rompería la mariposa su capullo; y por efecto de esta tranquilidad suya, me dejaba mucho tiempo libre, que yo empleaba en soñar, ó mejor dicho, en pensar en las musarañas, en disponer mi salón y en escribir listas que después guardaba en los cajones de mi mesa. Un día las saqué para enseñárselas á la Princesa de Lieven, que había venido á visitarme, y me preguntó qué papeles eran aquéllos. «Señora»—le respondí,—«son los nombres de mis amigos.»—«¿Tus amigos, hija mía? ¿Tan jovencita, acabada de salir del convento, y ya relacionada con las personas más eminentes y célebres de Francia? Pero en fin, no me asombro tanto de eso, como de que los amigos tuyos, que también lo son míos, se lo hayan tenido tan callado, y no me dijesen palabra de una niña tan simpática y graciosa.»—«Señora»—advertí,—«es que todavía no les conozco; pero son mis amigos ya, porque quiero que lo sean, y porque he de merecer el título de amiga suya.»—Esta tenacidad, esta voluntad resuelta, persiste en mí: tardo en resolverme y en encontrar el objeto á que aspiro; mas una vez determinada, habiendo tomado vuelo ya, no hay fuerzas humanas que me obliguen á retroceder ni á cambiar mis planes, ni aun cuando comprendo que he padecido error.

Por otra parte, mi primer movimiento es siempre mejor y más acertado que el segundo, aunque me lleve á aventuras como la que voy á referir. Hace algunos años, cuando escribía mi libro *Portugal á vista de pájaro*, Herculano, el insigne Herculano, que me honraba con una

simpatía de la cual siempre estuve orgullosa, me habló de la tumba de Inés de Castro, ensalzándola como una maravilla arqueológica. Me embuté en una diligencia, y pasé catorce horas en aquel potro, atravesando un país abrasado, calcinado y desierto; pero pude describir el mausoleo como visto por mis propios ojos. Mi fuerza real é indiscutible proviene de esta tenacidad, y de que jamás he tenido miedo á crearme enemigos. Más diré: la torcida voluntad de estos últimos me ha prestado mejores servicios que la apasionada devoción y el extremoso entusiasmo de mis amigos constantes. En varias ocasiones expuse esta tesis, según puede verse en mis libros, y especialmente en *El sueño de una ambiciosa*, segunda parte de *Si yo fuera Reina*.

Otra causa completa este aspecto *sui generis* de mi carácter; y es mi perfecto equilibrio, la igualdad de mi genio, el pleno dominio de mí misma que no he perdido un instante solo. Así me hizo Dios; y si me detengo en expresar éstas que bien puedo llamar cualidades, es más bien á título de estudio que como alarde de vanidad nimia. Sé vengarme de quien me ofende de un modo implacable y cruel; pero la ofensa no conseguirá jamás producirme un arrebató de cólera.—«Á usted—me decía á veces Víctor Hugo,—le falta una superioridad, y es saber perdonar.» Es muy cierto, y lo confieso y reconozco. Soy tenaz en mis rencores, y los conservo tan frescos al cabo de años como el primer día. Mas nunca alteran mi buen humor, ni nunca los expreso en forma que desdiga del respeto que á mí misma debo guardarme. ¡Inestimable don que me ha permitido resistir y vencer, y arrojar el dardo con mano firme!

Uno de mis amigos, que me conoce á fondo, suele decir que en mi existencia hay felicidad suficiente para repar-

tir entre diez mujeres de las que realizan el tipo más general en nuestro sexo. Siendo esto verdad, ¿de qué procede mi invencible melancolía, la inquietud que me lleva á meditar en los grandes *por qués*, inquietud que nunca se calma, fuego lento que atizan sin cesar mis contrariedades y mis dolores, y me tortura recordándomelos en medio de mis alegrías y mis triunfos? Probablemente es el reverso de la medalla, el regalo de la bruja maléfica que rige todo destino humano, hasta los más envidiados y brillantes.

Adorada en mi hogar, mimada por los míos, gusto de la soledad completa, las largas horas de aislamiento en compañía de mis libros ó mis lápices, ó el diálogo con una persona inteligente que permite la expansión del alma; y aparte de esto, soy el personaje oficial que recibe un torrente de visitas, dice á cada uno tres palabras, cumple sus deberes de cortesía, y de repente, en mitad del ruido mundano, se escapa y se refugia otra vez en la amada soledad. Al mismo tiempo, el crujir de las colas de seda, las flores, las luces, la música, me enamoran, me acompañan, y en mi casa las fiestas tienen un carácter de poético esplendor que las hace originales y curiosas.

No gusto de hablar por hablar, y no converso sino cuando la persona á quien dirijo la palabra me atrae por sus altas cualidades intelectuales ó morales. Verdad que entonces se produce en mí un cambio, una transformación que á mí misma me sorprende. Es de saberse que yo he conservado desde mi primera juventud, desde el tiempo en que soñaba un paraíso donde mi madre era siempre guapa y mis hijos siempre niños, un fondo de ingenuidad, de lo que no vacilo en llamar *filadelfia*. Tempranamente habituada al trato social y al roce con gente, juzgo á las personas de pronto, y difícilmente modifico mi

primera apreciación. En cambio, me interesan mucho los objetos. *Flaneo* al modo de los parisienses, con igual entusiasmo, igual inconsciencia, igual satisfacción. Todo lo exterior me divierte: ir á pie es una delicia para mí, que nunca salgo sino en coche, y no sólo es una delicia, es todo un acontecimiento.

Se me ha lanzado frecuentemente la acusación de revolucionaria. ¿Cómo pudiera no serlo? Nieta de Luciano Bonaparte, nacida en las gradas de un trono, prefería ser allá la primera que aquí la segunda. Siempre aborrecí, desde que tuve uso de razón, la bajeza, la falsedad, la mentira, y en especial la doblez; la República me parecía una institución grandiosa, predicada por apóstoles nuevos. Este fervor político me inspiró algunos versos que me costaron ser desterrada por mi primo el Emperador Napoleón III, y en cambio me valieron la nunca desmentida amistad de Víctor Hugo.

Mi fe religiosa combatió en desigual combate con el fondo filosófico de mi entendimiento. Creo firmemente en un Dios, Sér superior, que no para mientes en nuestras alharacas, y que nos juzga según el uso que hacemos de los dones que nos reparte, mucho más que según las angostas reglas de la doctrina humana. La confesión auricular me asusta, y profeso una gran tolerancia hacia las religiones distintas de la mía, acordándome siempre de la opinión que cierto pintor famoso emitió gráficamente acerca del asunto. Pintó un cuadro que representaba á un padre rodeado de sus hijos y dándoles su bendición, que unos recibían de pie, otros de rodillas y otros prosternados. Aunque no la recibiesen en idéntica postura, la bendición era eficaz para todos los hijos, y caía igualmente sobre sus cabezas. Así, pues, ni me prewalgo de ser católica, ni me dolería ser cismática, si Dios, padre común de

los hombres, me hiciese nacer en el seno de esa creencia.

Es mi vida una vida de trabajo, terco, incesante, y, sin embargo, á pesar de mis libros, mis poesías, mis ensayos de toda especie, y lo que mis buenos amigos llaman mis obras, yo no he dado todavía á conocer lo que puedo escribir. Lo sé, lo comprendo, lo deploro; entiendo que valgo más que mis libros, lo confieso sin pizca de modestia; juzgo con mayor severidad que nadie lo que produce mi pluma, y con todo eso trabajo aprisa, sin respiro, y muchas veces van mis páginas á la imprenta antes que la tinta se seque.

Experimento ímpetus inexplicables é irresistibles de simpatía hacia personas dadas, lo cual consiste en que, como vivo muy llamada al interior, apenas sufro el influjo de lo que me rodea, y me dejo guiar por mi instinto propio, no modificado por la percepción externa. Si á veces soy cruel, no soy malévola nunca; y como este aspecto de mi carácter merece detenida explicación, algún día la daré. Si nunca olvido una injuria, en cambio todavía olvido menos un beneficio, ó un mero servicio que me presten, ó un indicio no más de deferencia. Mi madre era tan buena, con bondad tan insostenible, de esa que ni sabe aborrecer ni siquiera conoce la indiferencia, que detesto las bondades excesivas, y como dijo de mí, siendo niña, el cancionero Beranger, solo practico la *bondad armada*.

Amo la naturaleza como la suelen amar los miopes cuando á tanto llegan, es decir, con delirio, con pasión. Ni un detalle pierdo, y todo lo siento, gozo y describo. Lente en ristre, observo durante horas enteras, fijándome en un insectillo, en un detalle microscópico, gozándome en sorprender las costumbres de esos seres ínfimos, su aspecto, sus movimientos y acciones. Mi visión es nebulosa

y blanda, como los paisajes que brotaron de la paleta de Corot; lo que mi mirada no alcanza á discernir claramente, se me pierde en una bruma dorada ó azulada, que me hace soñarlo cien veces más hermoso.

Soy valerosa y estoy aguerrida contra todos los peligros que nacen de la sobreexcitación del alma, del desbordamiento de los sentimientos populares. No temo á asonadas ni á motines; creo en el poderío de la inteligencia y de la voluntad sobre las masas, y jamás me han asombrado los milagros que narra nuestra historia, por ejemplo, las hordas de Hunos que retrocedieron ante Santa Genoveva, ó los ingleses arrollados por Juana de Arco. Y al mismo tiempo la vista de una araña puede producirme un síncope, y nunca recuerdo sin escalofríos retrospectivos el espanto que se apoderó de mí cuando en Lisboa ví mi habitación invadida por las repugnantes cucarachas.

Bien conocidas son mis amistades para que me detenga en hablar de ellas. Después de mi amiga la Condesa Orsini, que fué el rayo de sol de mi existencia, la persona de quien conservo más vivo recuerdo es la Duquesa de Aosta, esposa del Rey Amadeo. Nos unía gran conformidad de gustos y carácter; y así como la Princesa Margarita era popularísima á causa de su genio ameno y festivo y la brillante fascinación que ejercía sobre todos, la Duquesa de Aosta, altiva, melancólica, prendada de su madre tanto como yo de la mía, se granjeaba la estimación y el respeto de los que la conocían y trataban de cerca; pero no gozaba del aura popular, el cariño de la multitud. Yo la visitaba muy á menudo, y admiraba su ingenio elevado, sutil y profundo á la vez, al cual, para imponerse, faltábale tan sólo la pujanza y el fuego vital que resplandece en una mirada ó una sonrisa.

Soy, para las mujeres, benévola y afectuosa por natu-

raleza. Las contemplo con ojos de artista, y las veo quizás más amables é interesantes de lo que realmente son. Siempre las trato con dulzura é indulgencia, y como no lo ignoran, en general me lo agradecen. Cuento mucho mayor número de amigas de lo que la gente piensa, y quizás poseo aún más *partidarias* que amigas. Y mis partidarias son, lo escribo con justo orgullo, las mejores, las más inteligentes, las más ilustres de mi siglo. Creo en la amistad entre personas de distinto sexo, y estoy persuadida de que la galantería no preside infaliblemente, como la gente vulgar se imagina, á la relación y trato entre hombres y mujeres, siquiera ellos y ellas sean dignos de agradarse.

Respecto á mis aptitudes poéticas, diré que siempre he versificado con facilidad suma. Para la parte descriptiva, me inspiro en el ideal de la naturaleza que llevo dentro del alma, lo cual simplifica mi tarea y presta carácter idealista á mis rimas. Soy laboriosa; trabajo porfiada y tenazmente, y creo que en mí había madera para una buena maestra de escuela. ¿Quién sabe si habré errado la vocación no dedicándome al profesorado y la enseñanza? Me muero yo por demostrar, explicar y adoctrinar; acostumbrada á madrugar mucho, gusto de pasarme días enteros en mi despacho ó en mi taller, y sin que yo misma lo note, la poesía íntima me agrada más que la exterior. De algunos años á esta parte leo mucho menos, tal vez porque abusé de la lectura siendo muchacha; pero siempre saco fruto de mis lecturas, y lo que aprendo y me asimilo no lo pierdo ya nunca.

Á mis chiquillos los mimo y los echo á perder: como tienen muy buen natural, no les perjudica esta debilidad mía. Á mi hijo le adoro hasta el extremo de rabiar porque otras mujeres pueden cautivarle más que yo; puerili-

dad de que soy la primera á reirme cuando caigo en ella. Mis hijas no serán en su vida literatas, al menos por mi gusto. He sufrido tantas desilusiones, tantos desengaños, tantos sinsabores; mi pseudo-ciencia me ha defendido tan mal contra penas y amarguras, que me he propuesto hacer de mis niñas más bien unas mujercitas ignorantes que unas escritoras ó *autoresas*, como en Inglaterra se dice.

Por lo que toca á la parte anecdótica de mi vida, he de advertir que la juzgo muy poco interesante. Mil veces se ha referido el suceso de que un caballo pura sangre que yo montaba se desbocó y estuvo á punto de acabar con mi vida, y entonces mis mejores amigos formaron un jurado, hicieron comparecer al noble animal, le declararon culpable, le sentenciaron y le fusilaron acto continuo. Este suceso ocurrió en Aix-los-Baños, establecimiento termal del cual puede decirse que he sido yo la creadora. Allí se deslizaron los días de mi destierro, entretenidos con el manejo del pincel y la pluma, la lectura y las visitas de la grey más lucida que honraba á la sazón á la Francia republicana y á la Italia literaria. Esta etapa de mi existencia la narró detenidamente Eugenio Sué en un estudio titulado *Una página de la historia de mis libros*.

Suele decirse que las novelas femeniles no son nunca más que autobiografías de la autora; y esta observación literaria, desmentida por innumerables libros de Jorge Sand, de Jorge Eliot, de Emilia Pardo, es en parte muy exacta, por lo que á mí se refiere, cuando menos respecto á una de mis obras, titulada *Si yo fuera Reina*.

Respecto á música, me gusta más la vocal que la instrumental, y prefiero la melodía á la armonía. Último detalle: leo sin necesidad de diccionario como una docena de idiomas, pero no hablo ninguno; he estudiado las lenguas clásicas, puedo escribirlas, y no obstante la músi-

ca del sonido, la forma exterior, se me huye y no consigo dominarla. En esta imperfección y deficiencia mía encuentra un apoyo mi cortedad invencible para rehuir las conversaciones largas con los extranjeros y los desconocidos; y aprovecho este defecto, haciendo de la necesidad virtud.

Al mirar hacia atrás, al convertir la vista al pasado y analizarme á mí propia, experimento una tristeza que en vano intento combatir. Si se pudiese empezar de nuevo la vida, de cuán distinta manera la arreglaríamos, cuán diferente giro sabríamos imprimirle.

¿Resultaría mejor?

¡Chi lo sa!

MARÍA LETICIA DE RUTE

(Princesa Rattazzi).

NECROLOGÍA DE MANCINI.



EL dolor, que abrumba y acaba en esta hora de angustias á la familia de Mancini, penetrará por todos los corazones enamorados de la libertad, hiriéndolos con herida irreparable, de las que poco á poco nos impelen sigilosamente al paso último de este universo, sin apenas presentirlo, y nos aperciben como de callada y con sigilo para la eternidad. En el tercio último de nuestra existencia, tantos cierzos como se alzan del sepulcro helado van desvistiéndonos de los afectos más vivos y más caros con tal crueldad, que, de vivir mucho, nuestro espíritu se presentará desnudo ante su eterno Juez, y no caerá sobre nuestra sepultura ese rocío de lágrimas, tan indispensable al tristor de la muerte como á la primavera y á sus floescencias y á sus esplendores el rocío de la noche. No puedo recordar ya cuántos de mis amigos, entre los inmortales y extranjeros, me van faltando; y qué número de puertas hospitalarias se cierran á mis viajes por el mundo, disuadiéndome de las antiguas peregrinaciones, acompañadas por tantos cariños; y qué número de tumbas se abren á mis pies llamándome hacia el eterno y úl-

timo viaje, precedido por el desierto de una prolongada soledad. La mayor entre las desgracias de mi vida seguramente, después de la muerte de mi santa madre, á quien idolatré, fué la muerte de la República española (1), por quien ofrecí en sacrificios y holocaustos continuos toda mi juventud. Cuando llegó este horrible trance, cuyo duelo durará lo que dure mi sér, acompañándome sin duda más allá de la muerte, no sabía, no, á qué parte ir en este planeta nuestro, tan desolado para mi viudez moral, ni qué hacer de mi alma dolorida, la cual se anegaba en perdurable pena. Y me fuí á Roma desalado, á la ciudad que yo había visto el año 68, el año mismo de la revolución española, porque aquella corona de cipreses que la circundaba entonces, y aquel océano de cenizas, en cuyos abismos yacía, como la Jerusalén de los trenos, anegada, y aquellas ruínas que parecen ya soles extintos ó ya planetas arruinados, y aquellas calles de catacumbas, en cuyo interior vuelan las aves nocturnas y corren los fuegos fatuos, pero en cuya cima vagan las sombras y las almas, endechando y plañéndose, cuadraban por completo con las tristezas de mi ánimo y con las elegías de mi sentimiento. Fuí á Roma, lo confieso, como pudiera ir un solitario al cenobio, en busca de meditación, en busca de recogimiento, en busca de retiro, para convertir, tras prolijo examen de conciencia, mis ojos á lo pasado y orientar el rumbo nuevo hacia lo porvenir.

Yo tenía derecho á presentarme con mis títulos históricos ante Mancini, quien, desde 1855, después de mi discurso «Despierta, Italia,» y de mis trabajos acerca del poder temporal, y de mis combates con la influencia teo-

(1) Estas palabras se escribieron antes del 25 de Enero último, tan horrible para el autor.

crática en Europa, me profesaba constante amistad, mantenida muy de antiguo por correspondencia frecuentísima, en la cual siempre había de su parte, dictadas por la bondad connatural á los grandes ingenios, para mis arengas y escritos excesivas loas; para mi persona y su historia sincero cariño. Mas, en los combates ardorosos por la República y en el horror mío á todas las realezas, alguna vez, cuando se trató, con mal consejo, de levantar una dinastía italiana en el trono improvisado por la revolución española, empleé yo frases de mal humor, más tarde, francamente, muy sentidas y muy deploradas por mí, las cuales me vedaban presentarme ante quien fuera, con gloria suya y provecho de su patria, Ministro del Rey Víctor Manuel y profesor de los Príncipes Humberto y Amadeo. Mancini rompió con su mano el obstáculo, visitándome, primero que fuese yo á verlo, en el Hotel de la Plaza de España, donde residía, y luego, en honra y obsequio mío, iniciando un banquete político, que me ofreció la ocasión de oír los primeros oradores radicales de una y otra Cámara, quienes, si bien me reconvinieron por algunos excesos de lenguaje, disculpables quizá entre las exaltaciones de una crisis tan aguda como aquélla, recordaron cuanto, desde mis primeras mocedades, había yo escrito, hablado, hecho en pro de la incomparable Italia, de su independencia, de sus libertades, de su maravillosa unificación, de su capitalidad en Roma, de su reconocimiento por España, de su derecho á inscribirse con títulos excepcionales en el número de los pueblos libres. Ya, desde aquel momento, tras mis paseos diarios por la Ciudad Eterna, íbame yo á pasar las veladas en el hogar de Mancini, habitado por un número de ideas y de recuerdos, que han esculpido la vía Gregoriana de relieve y de bulto en mi corazón y en mi memoria como con una corriente galvánica. Nuestras con-

versaciones empezaban por oportuna disertación acerca de los sitios visitados en el día, jornada histórico-artística; continuaban por un coloquio sobre los sendos estados de nuestras patrias respectivas; y concluían con diálogos cuya materia capital eran las doctrinas, tanto de derecho natural como de derecho público, en las cuales Mancini brillaba, eximio entre los eximios, sacudiendo ideas profundísimas con la naturalidad y la sencillez con que sacude un árbol meridional, muy cargado, sus frutas, henchidas á una de mieles y de aromas. Diputados célebres del Parlamento, jóvenes jurisconsultos, catedráticos de la Universidad, algún que otro artista y literato, oían aquellas conversaciones bilingües, en las cuales, para nuestra mutua comodidad, hablábamos cada uno el idioma nativo, comprendiéndonos sin vacilaciones y sin retardos, en prueba de la identidad consubstancial que hay por sus respectivas naturalezas é historias entre las artes y las ciencias de nuestras dos naciones, una sola en espíritu. ¡Cómo se holgaban allí el sentimiento y la razón!

Pero compadécense mal con estos duelos de hoy las remembranzas de los regocijos despertados entonces, y no obstante lo regocijadísimo de aquellas tertulias, llenaban de melodías nuestros oídos las voces de dos muertos, á quienes la gloria y la inmortalidad se llevaron en sus alas de mariposa. Era uno el maestro Donizzetti, por cuya música, muchas veces compuesta en su presencia, sentía el gran jurisconsulto efectos de admiración inextinguible; y era otro la poetisa Laura Mancini, que parecía sentada entre los suyos, entre su esposo y sus hijos, que imaginaban verla y departir con ella, como si la separación y ausencia de su cuerpo no implicase la separación y ausencia de su espíritu. Los acordes del armonioso piano reinvocaban las melodías del maestro, y los labios de

Grazia los versos de su madre. Parece la lengua italiana tan hecha para la música, y la música italiana tan hecha para la lengua, que nosotros no toleramos ninguna ópera puesta en español, ni leemos traducciones de los poetas falsos, aunque tengamos traductores por todo extremo ilustres, y se preste, como ninguno, el idioma castellano á verter palabra por palabra fielmente aquella poesía nacional, pues, al nacer en España, traemos ya como innatas dos lenguas, la italiana y la nuestra. El acento melódico de la música y el no menos melódico de la poesía iban cayendo poco á poco, á manera de celestial consuelo, sobre las heridas del alma, y despertando la esperanza y la fe al soplo de sus inspiraciones en el corazón mal herido. Grazia, niña entonces casi, á instancias repetidísimas de su padre, mezclaba los versos propios, arpegios y gorjeos incipientes, con los versos de Laura, modelos clásicos perfectos; y arte tanto empleaba en armonizarlos, que parecían, dada su común dulzura y ternera, un duo de matutinas alondras con vespertinos ruiseñores. Como, en achaque de letras y artes, yo soy una especie de anticuado impenitente, parecíame leer páginas del *Viaje á Italia*, de Goethe; capítulos de *Corina*, recitados por Mme. Stäel misma; versos partenopeos y romances del Duque de Rivas nuestro, itálico y andaluz á un mismo tiempo en sus composiciones inmortales. Un idealismo puro dominaba en aquellos diálogos, muy semejantes á los diálogos de Academo so los plátanos del Pireo. En verdad sólo podían compararse aquellas veladas con las referidas por Valdés, el Secretario español de Carlos V, gloria de nuestro Renacimiento, cuando ideaba, en la helénica Parthenope, sobre la colina de Pausilipo, ante las llamas del Vesubio y las nieves de los Abruzos, arrullado por la onda celeste que acompañó en otros siglos los en-

sueños de Pitágoras, una especie de cristianismo nuevo, bautizado con el nombre de unitario, y generador de novísimo espíritu, á cuyo calor se han generado almas religiosas y ánimos estóicos, cual tantos y tantos como contribuyeron en América, repitiendo la tradición de los cuáqueros y continuándola con empeño, á espiritualizar las almas de los republicanos, necesitadas verdaderamente de fortísimo freno moral, y á destruir la esclavitud infame, concluída en su raíz, dígase cuanto se quiera, el día en que brotó sobre las cumbres de nuestro Calvario el árbol de la Cruz. En las hermosas ciudades literarias de Andalucía, de Valencia, de Cataluña, de Provenza, de Italia, de Sicilia, de todo el Mediterráneo culto, se han celebrado frecuentemente reuniones así, cuyo tipo capital encuentro yo en aquellos jardines de Florencia, donde se verificó la Pascua más hermosa del espíritu, al resucitar, á los conjuros de una edad como el Renacimiento, sobre los altares de Platón redidivo é iluminado por las lámparas católicas, en torno de las cuales volaban las inspiraciones de Vinci y de Rafael y de Ghiberti, el vivificador espíritu de Grecia.

Lo más alto y saliente de aquellos coloquios era la elocuencia de Mancini. Yo debo decir que me recordaba la, por mí leída sin descanso en la niñez y admirada sin reserva, elocuencia de Cicerón. Igual amplitud, igual rotundidad. Superábale su modelo en elegancia; pero provenía esta superioridad indudable de la elegancia connatural á las lenguas clásicas, é inaccesible á las lenguas modernas, por su sobra de artículos y por su falta de declinaciones en los nombres y de voces en la conjugación de los verbos, como las del hermosísimo latín. La garganta de suave nitidez, el estilo de sencilla majestad, las vivacidades meridionales sumadas á entera posesión de sí mismo, le da-

ban más caracteres de semejanza con el inmortal orador antiguo. Italia, no tan rica en oradores como en las demás estirpes del arte y en las demás especies de artistas, lo admiraba toda ella con igual fervor y sólo se oía una voz para encarecerlo. El Foro y la Cátedra, que malean mucho á los oradores políticos, prestándoles amplificaciones demasiado largas y palabreo demasiado prolijo, no le habían dañado. La rotundidad se maridaba en él á la concisión. Cuantos hablan ó escriben lenguas, tan lógicas en su estructura como las sajonas, ó tan claras por su construcción como la francesa, oyendo un período meridional nuestro en el tiempo, y mirándolo extendido en el papel, con sus numerosos miembros, y su intrincada sintaxis, y sus proporciones grandiosas, créenlo gárrulo y difusísimo, sin recordar cómo con tanta elipsis de artículos y pronombres cual nosotros podemos permitirnos, aunque sin llegar á los antiguos, y con la facilidad maravillosa de colocación en las palabras que nos consiente nuestro hipóbaton, empleamos á la postre menos vocabulario que todos ellos, constreñidísimos por la naturaleza de sus idiomas respectivos á repetir mil veces iguales sílabas en sus períodos y en sus párrafos, á primer audición y á primera vista engañosamente concisos y cortos. Mancini juntaba con la riqueza y abundancia del Mediodía la concentración suma indispensable á la fuerza del argumento, y con las altezas y sublimidades del estilo elevado una familiaridad en el acento y en el tono que tornan muy sencillas las ideas y frases más escogidas, así como despojan á la dicción de resonante y hueco énfasis. Yo le oí un discurso maravilloso en la Cámara, discutiendo las interpretaciones que daba y las aplicaciones que hacía el Ministerio conservador, en la sazón aquélla gobernante, un Ministerio Minghetti, á la ley de garantías pontificias.

Declaro que me asombró. Sólo conozco en España dos ornamentos de la elocuencia política, tan ciceronianos como él: entre los antecesores, nuestro Alcalá Galiano; entre mis contemporáneos, Cristino Martos, dos prodigios de arte, á quienes, en la pureza y armonía de frases, así como en atractivos y nitidez de laringe, no ha igualado ningún orador en éste nuestro siglo, el primero para la elocuencia oral de todos nuestros siglos hispanos, tan ilustrados por extraordinarios oradores. Merecía mi asombro Mancini, lo merecía. Y no atribuyo el hechizo mío á lo que sostuvo, á cómo lo sostuvo. No me hallé de acuerdo yo con su sentir. Encontrábale asaz duro con el Papa. Casualmente, muy enemigo yo del poder temporal en los Pontífices; muy partidario de que Italia conserve como cabeza y capitalidad á Roma, creo todo regalismo tan despuntado como baldío, profeso un respeto sin límites á la independencia de nuestra Iglesia, creo imposible la reconciliación urgentísima entre nuestra democracia latina y nuestra religión cristiana sin una libertad absoluta para el clero y sin una veneración supersticiosa cuasi para nuestro venerando Pontífice. Me costó el Gobierno mi empeño en reconciliar la Iglesia católica con la democracia española; y si mil veces lo ejerciera, mil veces haría lo mismo que hice con toda reflexión y madurez entonces.

La frustración de aquellas leyes, denominadas en Alemania de Mayo, para mí leyes brutales, que tratan á los templos como cuarteles y á los curas como soldados; el malogro de las disposiciones radicales tomadas entre los helvecios y tendentes á producir un viejo catolicismo en la estufa del Estado, cuando las ideas religiosas brotan y crecen sólo al calor de los corazones; la retrogradación sufrida por la República francesa desde su artículo sépti-

mo y sus persecuciones á las órdenes religiosas; los ensayos de regalismo en Italia y en Suiza, me han disgustado por completo de toda violencia con las ideas; y como quiero libertad absoluta de la imprenta, libertad absoluta de la cátedra, libertad absoluta de la palabra y del discurso en las reuniones y asambleas públicas, libertad absoluta de discusión en el Parlamento, quiero libertad y emancipación de la Iglesia en todo, aunque debamos, por una transacción indispensable con el tiempo y sus tradiciones, mantenerla privilegiada en el Estado moderno y ofrecerle nuestro patronato consciente y pagarle un largo presupuesto eclesiástico. Mucho disputé con el tolerante Mancini por la noche, después de haberle oído por la tarde, y sus discursos en la Cámara y sus diálogos á la mesa me confirmaron en que Italia se ufanaba muy justamente de poseer, poseyéndolo, uno de los primeros entre los oradores del siglo, verdadera gloria y ornato de su joven Parlamento, y sólo comparable al inmortal Cicerón.

Hele comparado con Cicerón dos veces, y en elocuencia se le asemeja, pero no en ventura, óptima la de nuestro Mancini, pésima la de su modelo, pues mientras éste cayera herido á los pies de una tiranía, que concluyó abriendo Italia y la capital á los bárbaros, nuestro gran orador contemporáneo hirió con su elocuencia incomparable la tiranía y los tiranos de su tiempo, cooperando á expulsar en primera línea los germanos y los croatas de Italia, que tanto la manchaban como la oprimían, y á constituir después la nueva nación independiente y libre, que necesitaba el concierto de nuestro sistema político europeo, en el cual se mantienen unos pueblos á otros pueblos por medio de fuerzas, muy análogas con aquéllas á cuyo conjunto denominamos en el sistema solar mecánica celeste. Por esto, y por haber constituído un Estado

tan extraordinario y milagroso, creo yo á Italia en el deber de cooperar, como ningún otro pueblo, al movimiento de las nacionalidades y á la reintegración de todos los pueblos en el territorio y en el organismo congruente con su naturaleza y con su historia. Mientras en Europa tengamos naciones mutiladas, á quienes la fuerza y manifestación más potente, la guerra y la conquista, disgregan trucidándolas y repartiendo sus músculos y sus nervios y sus miembros entre aquéllos á cuyo natural organismo no pueden pertenecer jamás, por impedírsele en absoluto leyes fisiológicas tan poderosas como las que reinan sobre nuestros órganos y su conjunto, no hay esperanza de paz y estabilidad en Europa. Indudablemente, cuando había en Parma y Módena y Florencia coronados archidukes, puestos allí para fingir pueblos separados y aparte, donde por la naturaleza y por la historia sólo existían regiones armónicas y confraternales; cuando un puerto y una ciudad, tan de Italia como el puerto de Venecia y la ciudad de Milán, pertenecían á un cuerpo y á un organismo tan extraño á su respectiva complexión como el imperio austriaco, sito en tierras de Germania; cuando, por imposición de los reyes del Norte, reunidos en alianza, que llamaban, acaso por antífrasis, en aquel tiempo, santísima, un Borbón, tres veces expulso, trucidaba las dos Sicilias y mantenía en la Roma teocrática una intervención armada y extranjera; la revolución interior y la guerra exterior se imponían en el desconocimiento de dos derechos, á cual más claros: un derecho nacional, el que tienen los pueblos á gobernarse dentro de sí, como les plazca, y otro derecho internacional, el que tiene cada región á componer como una parte integrante de la patria formada por los siglos en la geología social y preferida en su corazón y en su conciencia por todos sus hijos, anhelantes de ser en

ella ciudadanos. Y lo que dije siempre de Italia digo de Polonia, digo de Hungría, digo de cuantos pueblos, sintiéndose unos en lo íntimo de su espíritu y unos en el espacio y en el tiempo, se ven, ó bien disueltos, como la infeliz Polonia, en tantos trozos todavía palpitantes, ó bien agregados á organismos, de los cuales se desaten y aparten, cual Creta y Macedonia se apartan de Turquía, ó Alsacia y Lorena de Alemania.

Reconstituir las verdaderas nacionalidades europeas, ¡cuál obra de paz! El honor de Mancini estuvo en eso: en mostrar al mundo que así como no hay verdadera patria ni verdadera nacionalidad allí donde los humanos se juntan en la obscuridad palpable de una noche intelectual y en el calabozo enorme de una servidumbre política, incompatibles del todo con la naturaleza nuestra, pues en Babilonia y Nínive fueron tan siervos los cortesanos y los sátrapas, como los cautivos que lloraban, á las orillas de aquellos ríos extranjeros, bajo los sauces, en elegías inmortales, el templo derruido y el hogar solitario; así como no hay verdadera nación y patria donde no hay libertad, tampoco hay derecho efectivo de correlación justa entre las naciones, derecho internacional, sino entre naciones que pueden pactar por constituir entidades orgánicas, libres completamente y señoras de su idea y de su voluntad, en plena independencia de todo poder extranjero, y gobernándose y dirigiéndose á sí mismas dentro del pleno ejercicio de su amplia soberanía. Los reveladores del derecho internacional partían, al sentar las relaciones racionales debidas entre los pueblos, del sér y estado en que los hallaban, sin atender á su constitución interior, mientras Mancini, con mejor consejo, inspirado por la pasión y muerte de su patria, sostenía la imposibilidad de fundar un derecho común entre los pueblos mo-

dermos, mientras éstos no se asentasen sobre aquellas condiciones de vida que deben á una constituir todo derecho nacional. No le pidáis á Estados conquistadores, dueños de pueblos, á quienes han quitado su libertad, lo cual equivale á quitarles su alma, una mejora cualquiera en prácticas de guerra, un principio de humanidad que regule su comunicación diaria y continua con los otros pueblos, algo de humanidad en su vida de relación, cuando es inhumano el propio sér interior é íntimo; más fácilmente hallaréis esos afectos y esos principios justos en el tiburón, ó en el tigre, ó en el negrero, que allá en los imperios despóticos ó en los tiranos erigidos sobre la injusticia ó el terror. Tal modo y manera de sentir y pensar el derecho internacional, expresados en elocuencia, que anudaba con el rigor científico la forma estética, reunieron en torno del profesor la juventud llamada por Dios á constituir la nueva Italia. Nunca se mostró con claridad, tan por extremo nueva, cuáles aspectos las ideas toman desde su aparecimiento espiritual en las inteligencias individuales hasta su paso por medio del apostolado á la inteligencia colectiva, y desde su paso á la vida colectiva ó nacional hasta su cumplimiento en la sociedad. Una luminosa religión del pensamiento es primero ideal, después Verbo, y por último realidad. Allá el filósofo concibe la idea en las abstracciones de su espíritu; el orador la difunde con el Verbo divino de su elocuencia; el político la cumple aquí bajo, en el mundo inferior de la impura vida real. Desde aquel teólogo en poesía que se llamaba Dante, hasta nuestro filósofo en acción que se llamaba Mazzini, formaron la idea de una Italia cuantos genios altísimos engendrara esta madre del derecho antiguo y del espíritu moderno. Mas el Verbo de Italia estuvo en sus grandes oradores del fuste de Mamiani

ó de Mancini, así como la encarnación de ese Verbo divino, consubstancial con la idea matriz y arquetípica, tuvo á hombres como Carlos Alberto y Víctor Manuel, como Cavour y Rattazzi, como Mazzini y Garibaldi. Tal fuera el movimiento de la idea, tan lógico y matemático de suyo, como pudiera el movimiento de un astro en el cielo y la transformación ó metamorfosis de una especie viva en éste nuestro planeta.

Mancini, pues, introdujo en el derecho internacional esta idea viva de nacionalidad. Abrid hoy cualquiera de los libros clásicos, publicados por los verdaderos maestros del derecho internacional, por los hispano-americanos y los alemanes: en seguida encontraréis decernida palma de tal precio á profesor de tanto mérito. Antes de que Italia se hubiera levantado en su gloriosa revolución á recoger, como los resucitados del Apocalipsis, los órganos varios destruídos por la tiranía y puestos bajo la vigilancia de tantos tiranos, el orador ilustre habíala reconstruído en su mente, con el misticismo que Angélico sus Madonas celestiales, y héchola entrar, llevando como una estrella el ideal científico sobre la cabeza, en el consejo de las naciones libres. Insistir en tal idea paréceme cosa de oportunidad manifiesta en los críticos momentos que ahora corren. Uno de los principales méritos que la ciencia moderna puede aducir, es la constitución del derecho internacional, apenas concebible, no ya durante los períodos primitivos de guerra cruentísima y perdurable, donde se llegaba por los mutuos odios al exterminio del vencido: en el mismo Imperio romano, fundador del derecho civil, y que alcanzando tan admirablemente las relaciones interiores en la familia y los fundamentos eternos del hogar, no pudo alcanzar relaciones más altas entre superiores entidades, á causa de dividir el mundo en ciudadanos,

súbditos, tributarios, aliados y enemigos. Esta idea de nación autónoma é independiente apenas existía, y menos estas relaciones entre los pueblos, en aquel superior y supremo que se creía destinado á regirlos y gobernarlos todos. Y si no cabía el derecho internacional en la edad antigua, tampoco en el mundo teocrático y pontificio, que reproducía, bajo la forma religiosa, el Imperio romano, arrogándose una especie de supremo poder ó arbitraje, y menos todavía en el mundo aristocrático y feudal que resucitaba los antiguos períodos de guerra y de conquista en sus mutuas perdurables querellas de castillo á castillo y de región á región. El derecho internacional supone la constitución previa del Estado; y como la constitución previa del Estado no sucede hasta que logra el poder monárquico desasirse de la tutela teocrática por un lado, y por otro lado aplastar bajo su férrea planta el castillo feudal donde anidaban los buitres carniceros de las guerras interiores, el derecho internacional pertenece, por completo y en absoluto, á la edad moderna, y se inicia en el siglo xvi. Las pocas indicaciones anteriores encontradas en algunos esbozos del público derecho que nos transmitieran las Universidades, así de Padua como de Sienna, sólo pueden estimarse como las anticipaciones del día, aparecidas en los últimos límites orientales del horizonte sensible cuando apenas amanece y alborea. Como no hay monarquía plena sino después que sobre las ruínas del feudalismo y de la teocracia se han constituido los reyes modernos desde la segunda mitad del siglo xv hasta la segunda mitad del siglo xvi, no hay derecho internacional pleno sino después que los Estados han podido constituirse de suyo con organismo propio y asentarse con solidez en bases inmovibles. Al examinar el derecho de tales poderes á las declaraciones mutuas de guerra entre sí, brotan

los principios de humanidad que han dulcificado y puesto como valladares á tal calamidad histórica; de análoga suerte que al examinar los derechos de nuestra España en su dominación sobre América, brotan á su vez los principios que han de concluir con la esclavitud en el mundo y que han de llevar á la política y á la gobernación pública el espíritu de nuestra religión y de nuestra filosofía. Nadie puede negar á los ilustres varones, que se llaman Las Casas, Vitoria y Ayala, el haber iniciado estas ideas de justicia en sus tratados más ó menos amplios del derecho de paz y guerra; como nadie puede negar, tanto á Gentili como á Grotio, el haberlos prosperado y extendido; ni á Kant y Mancini el haberlas puesto en su punto y dádoles con plena reflexiva conciencia la perfección que hoy alcanzan. Mancini fundó las nacionalidades en principios jurídicos; Mancini demostró que organismos tan acabados no pueden parecerse á los reptiles, cuyos miembros se mueven separados, y á los insectos unidos por segmentación, que se difunden y centuplican con facilidad en muchos cuerpos distintos y varios. La proporción y armonía de sus órganos corresponde á la unidad íntima é interior de su espíritu. Así como hay un espíritu nacional, hay un organismo nacional; y así como no se podrá fraccionar el espíritu, no se podrá tampoco descoyuntar el organismo nacional; y con las facultades anejas al espíritu y su correlación, se corresponden los órganos anejos al organismo y su propia intrínseca unidad. Y reconocidos en el mundo social estos espíritus, fundamentalmente unos, como las Mónadas, y unidos á organismos tan reales como los encontrados en las especies vivas, hay necesidad imprescindible de trazar entre todos ellos una correlación jurídica. Y de semejante correlación jurídica se dedujo el arbitraje internacional, que Mancini pudo en su

gloriosa vida, no sólo proclamar desde su cátedra como maestro, sino suscribir entre los artículos y apéndices de los tratados como legislador y ministro.

Mas no se redujo á sólo el derecho internacional; este pensador dilatóse á ese otro derecho más antiguo y más universal, coexistente casi con la surrección de los pueblos: el derecho penal. Muy sabio, tomó tan vasta materia donde la encontrara en su desarrollo histórico; y verdaderamente innovador, la dejó tal que no podrán prescindir de su idea y de su nombre cuantos la continúen. Imposible saber á fondo una ciencia sin saber su historia, é imposible saber su historia sin descubrir en ella una especie de sistematización lógica y natural, como si un solo sér pensante la hubiera escrito con unidad absoluta de criterio y unidad también de fin. Las contradicciones continuas é inmanentes entre las escuelas asemejanse mucho á las contradicciones continuas y diarias nuestras en lo interior y recóndito del espíritu, porque á ningún observador del espíritu esle dado ver una idea cualquiera sin ver inmediatamente su opuesta, como á ningún astrónomo contemplar los innumerables soles en el espacio sin contemplar también el vacío y la noche que los rodea y engarza. La Historia de la Filosofía es la Filosofía de la Historia, y la Historia del Derecho penal es como la ciencia misma en suma y en conjunto. Pocas manifestaciones de la sociedad, muy pocas, pueden, como el derecho penal, presentarnos una tan apartada distancia entre sus comienzos y su perfeccionamiento; ni una prueba mayor de cómo las ideas, con sólo moverse de suyo en el tiempo, se desarrollan en progreso más ó menos continuo; se distinguen, por necesidad, en diferencias lógicas de todas sus precedentes análogas; se regulan por una evolución dialéctica en serie continua correlativa con los tér-

minos y factores de su composición; se definen y concretan en el espíritu antes de formularse con claridad en el verbo y de cumplirse con toda la posible pureza en nuestra viviente realidad. Desde la guerra permanente y la inmolación del prisionero, y la venganza consuetudinaria y el tali3n y el tormento y la infamia del crimen vinculada en generaciones enteras 3 este derecho penal nuestro, hay tanta distancia como entre los primitivos salvajes, compa3eros del oso de las cavernas 3 habitantes de las madrigueras lacustres, y el hombre de nuestro siglo, que se asienta en los Congresos cient3ficos y en las Academias art3sticas de Par3s, Madrid y Florencia; que reúne los productos de su trabajo 3 industria en Exposiciones como la de Filadelfia 3 Barcelona, y que gobierna los pueblos en el Capitolio de Washington y en el Parlamento de Westminster. Hasta las costumbres germ3nicas, tan alabadas por muchos como atenuadoras del derecho penal antiguo, nos tra3an principios como aqu3l de la diferencia de penas 3 los agresores seg3n la dignidad y casta de los agredidos, 3 aqu3l otro del rescate de la culpa y su castigo por medio de dinero. El pensamiento de Mancini, pensamiento profundo y cient3fico, pero llevado por su naturaleza meridional, mejor dijera por su naturaleza heleno-latina, derechamente 3 las aplicaciones pr3cticas, esclareci3 con sus ense3anzas y prosper3 con sus c3digos el derecho penal contempor3neo. Enemigo de las escuelas materialistas, empe3adas en destruir toda moral, y juzgar 3 los criminales como v3ctimas de una complexi3n viciosa que se desarrolla en propensiones determinantes de actos fatales, en cuya perpetraci3n entra m3s un sorbo de bilis y un desarreglo de nervios que una voluntad y una conciencia ps3quicas; enemigo de tal escuela, Mancini ha visto en el hombre, ante todo y sobre todo, su na-

turalidad espiritual, y en esa naturaleza espiritual su libertad, que le mueve y que le determina, por lo cual contrae las responsabilidades consiguientes á sus actos personales, todos ellos, fuera de los físicos dominados por la fatalidad material; todos ellos conscientes, deliberados, y por lo mismo dignos de premio, así como sujetos á castigos, y capaces de una corrección ó de una enmienda, si las penas traen consigo aparejado, además del dolor consiguiente á ellas, una virtud misteriosa de verdadera enseñanza y de relativa redención. Este concepto del derecho penal lleva en sí la imprescindible consecuencia de conservar al criminal, y esta consecuencia trae la indispensable abolición inmediata en los códigos de la terrible pena capital. Razonar el derecho penal en términos que traiga un corolario así, paréceme cosa de mérito sumo, que acredita de filósofo práctico y de jurisperito excelso á Mancini; pero haberlo cumplido y realizado por sí, le presta una gloria en la cual aventaja y excede á sus grandes competidores y émulos en el derecho penal. Aquellos publicistas, en parte políticos, en parte filósofos, en parte literatos, pertenecientes al siglo último, que propusieron abolir el tormento y la infamia en sus libros, no lo alcanzaron en vida muchos, y ninguno hizo lo que pensaba con su propia mano, y por acción y obra de su propia voluntad: tuvieron que dejar ese legado inmortal á los reyes filósofos y á las revoluciones modernas. Realmente sucédeles á pocos lo que nos ha ocurrido á nosotros con la inolvidable abolición de la esclavitud negra, y á Mancini con la inolvidable abolición de la pena capital: iniciar una idea y realizarla. Nosotros también, frente á un patriciado negrero, cuyo corruptor oro subvencionaba las infames calumnias asestadas á nuestra historia y nombre, comenzamos un apostolado incansable contra el cri-

men, y Dios nos premió, dándonos, honra de nuestra vida y consuelo en nuestra muerte, tras un discurso parlamentario, donde iban encerrados los verbos de la civilización moderna, ver destruirse la ergástula, romperse las cadenas, sumergirse la nave del negrero, acabarse para siempre aquellos mercados de hombres ¡horror! cuyos vapores enturbiaban el claro cielo de América y cuyo peso abrumbaba y destruía todo nuestro sacro suelo nacional.

Á pesar de tantos méritos, yo encuentro que un hombre político, destinado á gobernar un reino como el de Italia, sede y residencia del Pontificado católico, no debía indisponerse como se ha indispuerto Mancini en ese código con el clero é Iglesia de su patria. Siempre recuerdo cómo se molestaba el espiritual fundador de la Italia una, Mazzini, aunque filósofo y republicano, cuando Garibaldi, en sus celos de patriotismo excesivo y en su desahogo de sentimiento necesario á un corazón de tanta grandeza como su corazón, daba tras los curas y ponía-los como digan dueñas. Todas las coacciones y todas las coerciones en materia eclesiástica se despuntan y embotan contra el escudo férreo de la Iglesia, escudo no sólido, no duro, escudo incontrastable por su misma espiritualidad. Así el Papa, indignado por la publicación de ese código, acaba de publicar alocución reciente y amarguísima, concitando contra el reino italiano todas las cóleras eclesiásticas. Y en cuanto el Pontífice publica oraciones de tal transcendencia, extiéndese un rumor que anuncia propósitos en él de remover la cuestión romana y agitar así toda la grey católica europea. León XIII, tan moderado y complaciente con los Gobiernos contemporáneos, deja para los italianos y sus estadistas los rigores extremos. Ha visto con calma entre nosotros á los partidos liberales, aunque ostentaban el propósito firme de ampliar la tolerancia reli-

giosa y convertirla en libertad completa de cultos; ha perdonado á Rusia y su corte la implacable crueldad con Polonia y su clero; ha movido el espíritu de los Obispos irlandeses á favor del Gobierno inglés; ha olvidado las alteraciones profundísimas al concordato austriaco llevadas por los partidos hoy sobre Austria y Hungría dominadores; ha tratado sin acerbidad ni acedia de ánimo con el Gran Turco la gran cuestión de los católicos armenios; ha olvidado las bárbaras leyes eclesiásticas de Bismarck y acorrídole al sacar á luz los terribles septenados militares; ha dejado en libertad á Francia para proceder con el clero como ha procedido, mostrando en su rostro, al par de lágrimas provocadas por los dolores de sus sacerdotes y de sus monjes, sonrisas de benevolencia y amor hacia un Gobierno quien, sea cualquiera su forma y su idea en el tiempo, evoca siempre los fundadores láicos del Pontificado en los siglos medios, los inolvidables carlovingios.

Pero, en tratándose de Italia, pierde toda su tranquilidad. Un furor extraordinario le posee, tan vehemente como el sentido por los levitas, al ver profanado con profanaciones idólatras y extranjeras el templo de Salomón. Las gentes industriadas en los secretos canónicos imputan tal estado externo de nerviosa exaltación en temperamento y natural fríos, como el suyo, á pacto convenido con los cardenales que le nombraran, quienes cayeron todos en inefable unanimidad para su nombramiento, acabado por el impulso conocido allí con el nombre de adoración, y que consiste de inmemorial en ponerse los cardenales todos alrededor del preferido, y proclamarlo de hinojos, á voces, como por una súbita iluminación poseídos; iluminación bajada en aquel minuto de las invisibles alturas. El pacto entre los cardenales y el Papa consistió en compromiso previamente anudado por éste

con aquéllos, prometiendo no salir jamás de su irreconciliable intransigencia, mientras Italia continuara discorde con su Iglesia. La transformación de los bienes adscritos á la obra conocida con el nombre de propaganda Fide, provocó igual protesta contra la política italiana. En estos últimos días habíanse un poco acallado las querellas pontificias; mas el Código penal halas hecho estallar de nuevo. Lo cierto es que, tras las últimas indignaciones, la especie de un abandono del Vaticano ha corrido nuevamente. Unos han dicho que irá el Papa de grado al Tirolo; otros que á Francia; éstos que á Malta; los de más lejos que á Mallorca, sin alcanzar las dificultades, ó mejor dicho, la imposibilidad absoluta de todos estos inverosímiles destierros.

El paso de los Alpes resultaría tan inútil como á sus dos predecesores, el que fué allá en mitad del siglo xv á Constanza, y el que fué, á su vez, en fines del siglo xviii, á Viena. Francia está inundada por el espíritu moderno; y si evoca la donación de Pipino, también evoca en los siglos medios el cautiverio de Avignon, y en éste nuestro siglo el cautiverio de Fontainebleau. Malta pertenece á los ingleses del protestantismo y no á los caballeros de San Juan; por consiguiente, parecería cosa extraña salir de la Scila de un Gobierno liberal para tropezar con la Caribdis de un Gobierno hereje. Nuestra España se halla demasiado sujeta de antiguo á cambios bruscos, los cuales ocasionaron, hace diez y nueve años ahora, el destonamiento político de los pontífices. De territorios asiáticos no hay para qué hablar. En Jerusalén, por un lado, se hallaría como proscripto sobre los desiertos de Oriente, y por otro lado tendría que presidir la especie de confederación espiritual formada por todas las comuniones del tradicional cristianismo á la sombra del Santo Sepul-

cro. No hay en todo nuestro planeta lugar para el catolicismo semejante á Roma, ni que de lejos se le acerque. La gigantesca encina del Pontificado ha cogido con sus raíces aquella tierra sacra, y transformándola, y esparciéndola por los cielos en verdaderas nubes de ideas, ha llenado y henchido con ellas la humana conciencia. En ninguna parte podría tener el Pontificado santuario tan acorde con su grandeza. La solemnidad sublime de aquellas soledades, parecidas á cementerios de razas muertas; el *Miserere*, á las alturas exhalado por los clamores inefables de las ruínas, verdaderos faros de ideas eternas; las Catacumbas, pobladas de mártires allá en los hondos surcos y en los insondables abismos, al par de las rotondas como trofeos de triunfo allá en los aires luminosos; el conjunto de reliquias dejadas por el espíritu allí, á primera vista despojos fríos, y en realidad larvas de nuevos espíritus que animen á muchas generaciones vivientes; los templos levantados á la oración y á la penitencia en los jardines mismos donde se daba Nerón á la sensualidad y á la orgía; el ejército de sombras que vagan por aquellos horizontes, y las bandadas de recuerdos que vuelan hasta por los giros del aire, hacen de la Ciudad Eterna el eterno santuario de la fe católica y el hogar irremplazable de la raza nuestra, pues en Roma se juntan el mundo antiguo y el mundo moderno, por instituciones como el Pontificado y por edades como el Renacimiento, componiendo luminosas síntesis, cuyos términos aún pueden servir, por su vieja solidez, de bases, y por su etéreo esplendor, de coronas á las sociedades modernas. Así, lo que deben hacer el Papa é Italia, puesto que Roma no puede dejar de ser papal é italiana, es reconciliarse y unirse para siempre, renunciando el Pontífice á su poder temporal y desistiendo Italia de toda coacción sobre la Iglesia.

Yo nunca he transigido con el concepto fundamental, así de Mancini como de Crispi, en sus relaciones con la Iglesia católica. Yo he visto á la continua en ellos lo más dañoso á la política: perplejidad é incertidumbre. La posesión del Pontífice presta indudablemente á Italia una primacía eminentísima sobre todas las naciones cristianas, no sólo católicas, griegas y protestantes. Pues á cambio de tal primacía, Italia tiene contraídos con el mundo muchos y muy varios deberes. En su afán por constituir la nacionalidad, como no puede, no, discutirse lo mucho que dañara el cosmopolitismo pontificio á esta Constitución, Italia declaró asunto de mero interés interior el problema de la universalidad del Pontificado católico. Mas, para que fuese una cuestión interior, ó bien debió Italia someterlo hasta en sus labios ahogar todas las quejas con que subleva muchas veces la conciencia de los católicos piadosos, ó bien debió llegar á la separación absoluta entre la Iglesia y el Estado. Partidario yo de tanta separación desde que alborearon las primeras ideas en mi conciencia, créola imposible aquí en España y en la vecina Francia; pero créola necesaria de toda necesidad en Italia. Imposibilitado el Pontífice de recabar la vieja soberanía, necesita de la moderna libertad. Y no solamente ha de tener todas las libertades anejas al hombre social contemporáneo, sino aquellos privilegios congénitos á la incontrastable autoridad espiritual suya. La política no se ajusta de ningún modo á la idea, como á su modelo se ajusta la copia. En ella no reina la pura lógica tanto como en las esferas de lo teórico é ideal. Se dice de la monarquía en Inglaterra que yace prisionera de la libertad británica: pues yo digo que la libertad italiana deberá en la práctica transigir siempre con el Pontificado católico. Sólo á este precio habrán desaparecido en el

mundo los Pontífices monarcas, realizándose la separación entre lo temporal y lo espiritual, entrevista por los estóicos y por los platónicos en el mundo antiguo, consumada por los cristianos en el mundo moderno. Pero no podemos ir con estas cosas á dos repúblicas tan eminentes, pero tan gibelinos, como los dos ilustres amigos míos: Crispi, Mancini. Parece que no; mas el sello de la región se conoce, como en ningunos otros, en los políticos italianos. Mientras los del Norte y del centro, Azeglio, Botta, Mingheti mismo, sin referirme á los tres piemonteses inmortales que se llaman Cavour, Depretis, Rattazzi, tienen indeleble carácter güelfo, los del Mediodía tienen indeleble carácter gibelino. La guerra entre la Italia meridional y el Papa romano, que ha tenido tantas incidencias, dura todavía. Los herederos de Federico, Manfredo, Coradino y Pedro de Aragón, viven todavía. Crispi, como lleva en su inteligencia las grandes contradicciones de Sicilia, lleva en su mente y en sus arterias, por un atavismo indudable, las ideas y las tradiciones verdaderamente sicilianas, que han determinado desde las Vísperas, donde murieran degollados los anjevinos, hasta las guerras de Carlos V y Felipe II con un Caraffa, el Pontífice Paulo IV. ¡Cuán bella y cuán extraña Sicilia!

Su posición entre Italia y Grecia; sus mares tan bellos; sus arrecifes de corales tan relucientes; sus escollos tan arquitectónicos; las hendiduras de sus hondonadas edénicas, donde crecen adelfas y mirtos propicios á los dioses; el Etna, que brama y fulgura enrojeciendo aquellos cielos azules con sus reverberaciones de tempestad, y fecundando aquellas tierras feraces con sus lavas llenas de vida; el incendio ciclópeo en las cumbres de sus montañas, y la paz de idilio en las costas y en los valles, han dado á su tierra y á su raza, que junta los cíclopes con las sirenas, ese ca-

rácter contradictorio y sintético á un mismo tiempo, el cual hace de toda ella en su naturaleza la suma del Paraíso con el infierno, y en su historia la suma del África y del Asia con Europa. Lo cierto es que allí se asentó, allí, tres siglos antes de Lutero, la herejía en el trono con Federico de Suabia. Poeta, filósofo, soldado, sensual en sus placeres, extraviadísimo en sus ideas, amante de las letras y de la música, ligero como un juglar, heróico cual todos los capitanes de aquellos tiempos, ni bien amigo ni bien enemigo de la Iglesia, hereje y piadoso, medio árabe y medio heleno, germánico y siciliano, extrañísima figura nunca estudiada bastante, hay en él todas aquellas contradicciones de Sicilia, helena y semita, provenzal y alemana, de contradicciones bruscas y de síntesis incomprensibles. Ocurriósele á Federico de Suabia lo que no podía ocurrírsele á ningún mortal en su sano juicio: una cruzada herética, ó sea ir á Jerusalén bajo las excomuniones del Pontífice. Así, cuando se presentó en Siria, donde le aclamaban vencedor, llegaronse á él dos monjes franciscanos y le dijeron las pontificias excomuniones, que arrancaban toda fuerza moral á sus intentos. Y viéndose del Papa maldecido, fió su católica empresa, no al valor heróico de los cristianos, á la flexibilidad política de los musulmanes. Aquello no debió llamarse una guerra, sino una negociación. Las plumas sucedieron á las espadas, los pergaminos á las banderas, los misterios á la claridad en las contrarias posiciones, tanto, que mandó el Emperador al Sultán estribos, pieles, armas, caballos de guerra, su armadura propia, y el Sultán, á cambio, elefantes de la India, camellos de la Arabia, esencias del Oriente, cantoras y bailarinas del Nilo, conviniendo en que Jerusalén volvería de nuevo á los cristianos, sin más compromiso de la parte de éstos que tolerar la libertad de cultos en la

Ciudad Santa y comprometerse á no combatir jamás con los poseedores del Egipto. Á la indiferencia religiosa de Federico, á su racionalismo prematuro, á cierto sentimiento pagano que se confundía con su culto del arte, cuadrábanle todas estas amplísimas y desusadas tolerancias, que juntaban en el mismo aire las vibraciones producidas por la lengua de los muecines y las vibraciones producidas por la lengua de los campanarios. Pero esto no podía, no, cuadrar á tal siglo; y los imanes, de un lado, viendo la Ciudad Santa entregada sin remisión á los católicos, y los Obispos, de otro lado, viendo la tolerancia permitida y los nombres de Cristo y de Mahoma confundidos en el mismo cielo, alzáronse á una y obligaron al Califa de Bagdad á que negara la ratificación y al Patriarca de Jerusalén á prohibir la entrada en la iglesia del Santo Sepulcro á los católicos cruzados. En efecto, se grabó sentencia tan terrible á la puerta, y Federico, al verse triunfador y execrado, Rey de Jerusalén y desobedecido, recuperador de Tierra Santa y excomulgado, golpeó á los frailes, injurió á los peregrinos, castigó á los ciudadanos y se volvió irritadísimo, después de haber entrado en el Santo Sepulcro y visto, en cumplimiento del entredicho, sus puertas solitarias, sus espacios desolados, sus altares desnudos, sus lámparas extintas, su clero ausente, sus paredes cubiertas de luto, como si en vez de presentarse un sacro Emperador de los romanos á recoger para la cristiandad el Sepulcro de Cristo, se presentara un demonio de todos los infiernos á injuriar la ciudad de los redentores y de los Profetas. Pues bien: cuando veis el apego de los gobernantes italianos hoy á los Emperadores de Alemania; sus fantasías respecto de la gran Marina y de la extensión colonial; sus empeños por tierras como las desoladas riberas del mar Rojo; su aspiración á Tú-

nez y Trípoli; sus durezas con Grecia; sus rivalidades con Rusia en Bulgaria y hasta en Abisinia; su oposición á Francia, descúbrese mucho de aquella política siciliana, que se inicia en la escuela pitagórica y en los singulares primeros tiranos; trasciende á las guerras médicas; produce los conflictos romano-púnicos; renace con Federico de Suabia, germánico y heleno y asiático á un mismo tiempo; se fija en el sublime Pedro de Aragón, que lleva consigo á Roger de Lauria; continúa en los combates del Gran Capitán español con los Bayardos franceses y del Duque de Alba con los Caraffas parthenopeos, para subir á las cumbres del poder en la persona de un ilustre revolucionario siciliano como Crispi, quien parece haber sumado y reunido todas estas atavistas pasiones seculares, que forman la geología de su tierra y la fisiología de su raza.

Pues idéntico sello de la Italia meridional Mancini llevó á su Gobierno, tanto en las relaciones con el Papa como en las relaciones con el mundo. Entre los muchos encantos que la palabra de Mancini me procuraba, ninguno tan efectivo como escucharle con atención profunda las horas muertas hablar de su historia patria y de los rastros en ella dejados por catalanes, valencianos y aragoneses. Perteneciente yo por los cuatro apellidos á tierras y gentes lemosinas; de origen catalán mi santa madre; de origen aragonés mis abuelos paternos, que habían servido en Cerdeña por mucho tiempo al Gobierno español en compañía de tantos valencianos como llevaran allí sus más ilustres virreyes, holgábame oyendo las claras ideas y los acertados juicios suyos acerca de Aragón y su historia en toda la Italia del Mediodía. Pasóle á España con Sicilia y Nápoles y Cerdeña muy al contrario de aquello que le pasara con el Milanésado y con los domi-

nios del Norte: fuimos en las tierras meridionales puramente libertadores, emancipándolas de anjevinos y francos, mientras fuimos en las tierras del Norte conquistadores, puramente conquistadores, destruyendo en las competencias con Francisco I un Estado independiente, aunque cedido á intervalos entre los rivales por las porfías de Francia con España y Austria; llevamos al Mediodía el régimen de Aragón y sus libertades tradicionales y su espíritu, así municipal como parlamentario, mientras llevamos á Lombardía el régimen absoluto y cortesano de los Austrias, que nos indispuso con toda la tierra, y nos costó la pérdida irreparable de Holanda con la de nuestros derechos históricos y de nuestras instituciones libres así en los Estados de Castilla como en los Estados de Aragón. Mancini contaba, y no acababa de contar, el provecho sacado por todas las regiones meridionales de las instituciones dejadas en el Mediodía por los políticos aragoneses, y las cuales fructificaron en términos de traernos una indisoluble unión moral, heredera de la unión material, y que hoy mismo identifica en una sola, por las ideas y por la historia, las razas ribereñas del Mediterráneo español é italiano. Pero si en esto se le conocía su origen y su atavismo, no se le conocía menos en los dos puntos de las relaciones con el Pontífice romano y de las tendencias coloniales. El silencioso Prócida se levanta en el Mediodía como la personificación de sus libertades, á la manera que Guillermo *el Taciturno* se levanta entre los holandeses. Y Prócida libertó, llamando al inmortal Pedro III nuestro, no tanto del bárbaro Carlos de Anjou á Nápoles y Sicilia, como del Pontífice romano, creído entonces de no ejercer en plena libertad su autoridad espiritual, si no contaba con los feudos del Mediodía, como se cree hoy siervo é incapacitado de cumplir su ministe-

rio religioso, si no cuenta con el viejo patrimonio de San Pedro y no ejerce absolutamente sobre Roma la plena soberanía monárquica. Desde Inocencio III hasta nuestros días ha durado este litigio eterno entre la Sede Pontificia y la corte aragonesa. Los Pontífices del siglo XIII no podían avenirse á que, después del triunfo alcanzado en Provenza, destruyendo las herejías albigenses y reincorporando aquella región á la Francia pontificia, se le huyese y escapase de las manos aquella magna Grecia, indispensable á su poder efectivo y á su esplendor moral. Para mí el tipo de semejante tradición secular se halla en el Pontífice Paulo IV. En sus iras, prefiere los protestantes de Alemania y sus aliados á los ortodoxos españoles de Felipe II, y el elector luterano del Brandemburgo, que le desconocía su teologal autoridad, á un Duque de Alba, que le vedaba su reino de Nápoles. Tenía Paulo IV el orgullo rayano con la soberbia, y la soberbia rayana con la demencia. Sabía odiar, pero no sabía querer. Sus odios le daban ira continua. Parecía su espíritu como un cielo asombrado por tempestades eternas. Nuestro terrible Duque de Alba decía, él, acostumbrado á ver cara á cara los más furiosos enemigos en los más cruentos combates, que jamás el ceño de ningún hombre le aterrara como hasta helarlo de miedo, le aterró el ceño de Paulo IV. En efecto: dada su brutal violencia, hubiera el Papa querido tener un rostro semejante al de aquellos antiguos dioses, que derribaban en tierra muertos á cuantos los miraban. El Vaticano, en su concepto, debía brillar como el alto Sinaí, por sus relámpagos y por sus centellas. Así abofeteó una vez al Gobernador de Roma; dió de puntapiés al Cardenal de San Jacobo; injurió al Embajador de Toscana; llamó, en presencia de quien pudiera contárselo, marrano al Rey de España; mesó las barbas al Embajador de

Ragusa; apodó hijo del diablo al Duque Cosme de Médicis; reivindicó el derecho de hollar con sus plantas á los reyes y príncipes del mundo; reclamó la Gran Bretaña como un feudo del poder pontificio; negóse á reconocer la imperial autoridad de D. Fernando de Castilla en Alemania, por no haberle consultado la cesión de su corona Carlos V, siendo como era el sacro Imperio romano á sus ojos un simple ministerio eclesiástico, y odió á los detentadores de Sicilia y Nápoles, no obstante hallarse nuestro dominio confirmado por cuatro siglos de posesión directa, con odios infernales. Aquel Papa, tan austero y tan ortodoxo, no se curaba del estado á que había ido el alma cristiana de nuestra Europa, importándole un ardite servir á los luteranos de Alemania y á los infieles de Constantinopla, con tal que desirviesen éstos y contrastasen á los españoles y á España. Paulo IV corrió el riesgo de nuevo saco en Roma y de nuevas prosperidades en el protestantisimo por Nápoles y Sicilia. Un combate así entre la Roma católica y la Italia meridional nos da la clave de toda la política observada por Mancini respecto de los Pontífices, como su origen siciliano y su imaginación oriental nos dan la clave de la política observada por Crispi en Túnez, en Trípoli y en Massouah.

Y sin embargo, hay que sostener en teoría muy resueltamente aquellos principios que uno cree justos, y en la práctica también aquellas soluciones políticas que uno cree á la vez en armonía y consonancia con los principios justos. Y la joven Italia necesita para su sér espiritual é interior una reconciliación estrecha con el Pontífice y los católicos, cual para su sér político y económico una reconciliación estrecha con Francia y los franceses. En otros días la intransigencia del poder pontificio podría excusar la intransigencia del poder político; ahora, que la Santa

Sede nos ofrece un varón de las virtudes públicas y de las ideas elevadas por todos reconocidas en el venerable León XIII, no habría excusa de ningún género, y es inútil y aun dañosa tenacidad. En este punto he visto muchas veces el ánimo de Crispi tendiendo hacia saludable propensión al acuerdo. Á la hora del cónclave, cuando parecía la experiencia más peligrosa y la neutralidad en el poder político más difícil, Crispi, Ministro de la Gobernación, mostró su tacto y su inteligencia poniendo cuanto estuvo de su parte para que llegase á persuadirse todo el mundo católico del consorcio entre la Iglesia y la Italia. Estamos en período de reconstitución social. Así como á la crítica del siglo XVIII ha sucedido la síntesis del siglo XIX, á la revolución de comienzos del siglo ha sucedido la evolución del término y final suyos. En cuanto subí yo al poder, entendílo así en seguida, é inicié, con mi nombramiento de obispos y con mi reanudación de relaciones entre la Iglesia católica y el Gobierno republicano, la política de lo porvenir, en que, sin detrimento de la libertad igual para todos, asegurábase la paz interior de la conciencia cristiana, concediéndole cuanto le corresponde por aquella correlación entre las generaciones vivas y las generaciones muertas, á la cual denominamos virtud eficaz del tiempo y de la historia, tan viva en las democracias, no obstante su horror á las castas, como en los demás elementos políticos y sociales. Pues además de la conciliación entre Italia y el Pontificado, se impone la inteligencia entre los pueblos de raza latina, que han elaborado la vida moderna en sus urdimbres más preciosas. Yo en Roma lo dije al cenáculo de representaciones ilustres circunstantes en la sociedad política del Progreso: comprendo que se negara la existencia de una raza latina en todas partes menos en el pueblo-rey, que ha dado á los pueblos occiden-

tales todas las bases de su derecho civil y todos los cánones de su religión espiritual y toda la madre de sus lenguas respectivas. La idea de raza traerá tarde ó temprano una determinación práctica de ella, como, al calor de la idea de nacionalidad, han brotado Grecia, Italia, Rumanía, Servia, Bulgaria, Montenegro, todos los Estados que, ó bien representan ya naciones perfectas, ó bien esbozos de naciones. No desconozco, no, que así como hay dentro de las naciones tanto varias ciudades como varias provincias en competencia y lucha de rivalidad inevitable, hay entre las naciones latinas motivos múltiples de verdadero disentimiento. Yo he comprendido muy bien que Túnez, tan deseada por Italia, quien la cree indispensable á la seguridad completa de Sicilia, traiga dificultades sendas para una reconciliación de dos naciones hermanas hoy reñidas, pero que al cabo habrán de hacerlo que á su naturaleza corresponde y toca: hermanarse. La interrupción de sus relaciones económicas, á pesar del espíritu proteccionista que hoy reina como ráfaga de viento desolador en Europa, gracias á los errores puestos en movimiento y circulación por el Imperio alemán, esa interrupción de relaciones ha mostrado cómo la fuerza intrínseca de los hechos y el movimiento natural de los intereses unen y suman entre sí esos pueblos, á la manera que se hallan unidos en el cuerpo humano y en su vida los fundamentales humores vitales. Registrando mis viejos libros, he topado mil veces en volúmenes de conventos y en escritos de frailes muchas quejas por las rivalidades entre los reyes de Francia y España, tan opuestas al bien del dogma católico y al interés de los pueblos occidentales, como prósperas á las creencias luteranas y á los pueblos protestantes. Pues al modo que la guerra entre Francia y España desde fines del siglo xv hasta fines del siglo xvii

inclinó el eje de nuestra Europa en favor de los pueblos así germánicos como sajones, los cuales se quedaron con extraordinario predominio, sobre todo en los mares, por Inglaterra y por Holanda, el número de dificultades sembradas entre Italia y Francia nos pone á merced y arbitrio por completo ya del Imperio alemán, ya del Imperio ruso, entregando la dirección del planeta, que nos pertenece de derecho al Occidente libre y culto, en manos de nuestros eternos enemigos, germanos y esclavones.

Conozco cuánto Italia teme del pueblo francés una intervención directa en el retroceso á la papal autoridad política, y por qué, á tal temor, se arroja en brazos de un imperio luterano. Mas no debe olvidar Italia que la Santa Alianza, cuya política dió como clave á la reacción universal el restablecimiento de los Estados pontificios, no estaba compuesta de factores católicos, sino herejes y cismáticos de antiguo abolengo. Además, en los pueblos católicos hay un partido liberal muy resuelto á respetar la independencia religiosa de sus cleros, pero muy resuelto también á que sus cleros no tengan poder político de ningún género. Y así como no consentiríamos que ni monjes, ni obispos, ni arzobispos, ni clerecías y prelados recuperaran los poderes coercitivos y las jurisdicciones feudales de otros tiempos, tampoco habríamos de consentir que Roma entrara en instituciones teocráticas, forjadas por la sociedad cuando las necesitó, y derogadas por la sociedad hoy que no las necesita. Precisa confiar en el poder de las ideas, nosotros acostumbrados á ver cómo las ideas han hecho el milagro de penetrar en la tumba donde yacía Grecia y en el tormento donde los verdugos descoyuntaban á Italia, resucitándolas y recomponiéndolas contra los mayores poderes terrestres, conjurados todos á una en su mal. Y así como la generación viviente no ha desistido

del régimen constitucional, que, á pesar de múltiples reacciones surgidas á eclipsarlo, prevalece y predomina, porque lo tenía la sociedad contemporánea en sus entrañas, también prosperará la separación del poder temporal y del poder espiritual, contenida en todos los gérmenes de nuestros progresos y en todos los ideales de nuestra civilización. ¡Oh! Paréceme que todavía estoy hablando en profunda intimidad con el muerto y diciéndole todo aquello que pienso, cual si estuviera vivo y oyéndome. Á la verdad, yo no encuentro una demostración tan palpable de consubstancialidad entre las generaciones pasadas y las generaciones vivas como estos coloquios con los muertos y esta continuación de nuestros diálogos allende la tumba. Mancini, al entrar en otro mundo mejor, habrá podido penetrarse de cómo sirvió con sus maravillosas ideas y con sus justos hechos al mundo inferior, de donde la muerte se lo ha llevado en sus negras alas. Cuantos errores haya podido cometer, diminutos y despreciables en comparación de las grandes verdades por él difundidas, hanse todos á una consumido en la pira de purificadoras llamas que arde sobre las aras de su recién abierto sepulcro. Podrá dudarse de que tengan glorias en lo venidero, cuando la humanidad sea mejor, aquellos genios que, á modo de sangrientos cometas, destrozan y aniquilan á sus semejantes en horrorosas victorias; pero los que han encendido ideas progresivas en la conciencia, esos aparecerán eternamente como estrellas fijas en la humana memoria.

EMILIO CASTELAR.

TRUEBA Y SUS AMIGOS.

I.

AQUE no hay en Madrid una docena de personas que recuerden este nombre, que ha sido, sin embargo, muy popular y en el gremio literario muy conocido y amado, cuando las letras formaban gremio, los escritores una familia y el público un coro de tragedia griega, dispuesto á entristecerse ó á alegrarse á compás del llanto ó de la risa de los actores? ¿Á que se acuerdan pocos de un libro que se vendió por millares en un tiempo en que la naciente *Correspondencia*, con tres ó cuatro mil suscriptores, empezaba á hacer á Santana potentado; parecía un mito la comedia que alcanzaba más de diez representaciones, como *Isabel la Católica*, de Rubí, y Fernández y González era la envidia de los Parnasillos del Príncipe y del café de la Esmeralda, porque tenía más de un editor y cobraba seis duros por cada resma de cuartillas, que componían una entrega de sus novelas?

La de *Antón el de los cantares*, aunque grandísima, fué una popularidad *sui generis*, modesta y pudorosa, como las escasas flores que entonces se cultivaban en los más esca-

sos jardines que en Madrid había, y era preciso ir á buscarla en su escondite para poder gozar de su perfume delicioso. ¡Aún me parece que está penetrando mis sentidos aquella suavidad inexplicable, compenetración exquisita de una ruda naturaleza cántabra, toda ingenuidad, toda sencillez, toda sentimiento, con el picaresco y donairoso naturalismo del pueblo madrileño, todo observación, todo malicia, todo barniz refinado y cortesano; y al considerar que á las orillas del Nervión acaba de abrirse, el 10 de este mes, la tumba que nos ha robado aquel singular poeta y aquel amigo cariñoso, paréceme que el Manzanares debería de lanzar gemidos, aunque el esfuerzo le secara, y que todos los alegres corros de sus visitantes domingueros, con cubrirse de crespón y ahogar sus cantos en lágrimas, no pagarían el amor entrañable que Trueba les tuvo!

Porque de Trueba fué, en efecto, de quien pudo creerse en Madrid, allá por los años del 48 al 54, cuando él se llamaba á sí mismo *Antón el de los cantares*, que era otro *Petrico el Ciego*, un *mestre* y prototipo de los trovadores populares, un cantor plazolero de guitarra y lazarillo, de esos que á trago por hora y á dos cuartos por barba se pasan toda una noche rasgueando en un baile de candil, después de un día de eterna peregrinación por los barrios bajos, pregonando el *Romance nuevo que acaba de salir ahora* ó las *Coplas que cantan los presos al reo que está en capilla*, hasta que, incapaz de engañar á nadie en verso ni en prosa, él mismo se delató en una de sus primeras y más bellas poesías, exclamando:

¡Cantan los ciegos
Y lloramos nosotros
Que la luz vemos!

¡Ah, qué olvidadizos son los pueblos y qué ingratos! Aquel hombre amó á Madrid tanto ó más que á su valle

natal, hasta el punto de haberse más de una vez olvidado (¡cosa verdaderamente increíble!) que era vizcaíno, como cuando cantaba en San Antonio de la Florida:

¡Gloria al Señor, que puso
 Mi pobre cuna
 Donde hay estas estrellas
 Y hay esta luna,
 Y hay estas flores,
 Y hay estas dulces auras
 Y hay estas noches!

Y su único orgullo consistió en parecer un ciego cantador de Madrid, ficción tan bien sostenida y popularizada, que hubo de meterle un niño los dedos por los ojos para convencerse de que no era ciego y decir á su madre:

..... Madre,
 Pues si es un ciego que ve
 Antón el de los cantares.

Conocí á Trueba detrás de un mostrador vendiendo clavos, prosáico oficio, sin duda el más prosáico que puede tener un poeta. No se lo había elegido él, sino la Providencia de Dios y sus buenísimos padres, sacándole á la luz del mundo en el más clásico riñón de la tierra vizcaína, y por eso no le desagradaba totalmente su oficio, ni ocupación alguna que se relacionase con el hierro de aquellas montañas cántabras donde había abierto los ojos, y que desde el tiempo de Plinio da tan vigoroso temple á la naturaleza de sus hijos, que ninguno que lo sea legítimo de las Encartaciones deja de tener algo de herrero; y de aquí que lo mismo sirvan para labrar la tierra en los valles, que para arrancar mineral en Somorrostro, para moldearlo en los altos hornos del Desierto y Portugaete ó, en fin, para esgrimirlo en los campos de batalla, defendiendo por lo común viejos y ferruginosos ideales.

Ansioso el niño Trueba de saber algo más que la *Cartilla* y el *Fleury* de los pobres dómynes de aldea, que ni aun papel pautado gastan por economía, enseñando á veces á los chicos á hacer palotes en omóplatos de buey, como los maestros árabes, y no pudiendo sus padres enviarle siquiera á Bilbao, donde, si no el Instituto monumental de ahora, copia fiel de un palacio veneciano, existían ya excelentes casas de enseñanza, ¿qué hacer sino dedicarle á la profesión de los vizcaínos, y en este Madrid del Rey, que para un muchacho despierto como él podía ser una América sin pasar el charco, pues muchos han venido de allá á vender cerrojos, que á vuelta de poco tiempo se los ponían á sus repletas arcas de tres llaves?

Mejor que yo, como todas las cosas que ambos hemos pensado, ha escrito Trueba esta primera página de su vida, y en el candoroso tono y con la sencillez de estilo incomparable, que ostentó, como nunca, en las notas á la quinta edición del *Libro de los cantares*, costeada por S. M. la Reina en 1862, honor que llenó su alma sencilla de dulces satisfacciones.

«Mi vida—escribía—(y éste es el único arranque de orgullo que cabe en mí), ha sido un modelo de laboriosidad.

»Niño aún, me dijeron mis padres:—«Ve á ganar honradamente tu subsistencia, y no olvides que somos muy pobres los que aquí quedamos.» No sé si he cumplido en todas sus partes este mandato; pero sí que sólo bendiciones han partido de mi aldea para buscarme en mi destierro..... El autor no ha frecuentado más universidades que las de su aldea, donde sólo se aprende á leer y escribir y la doctrina cristiana..... Después de un día de constante y ruda fatiga se le ha dicho todas las noches:—«Duerme y descansa para trabajar mañana;» y en vez de dormir

y descansar, ha velado y estudiado para aprender lo poco que sabe, falto de libros, y temiendo cada instante que se adivinasen sus vigili-
as.»

Así es, en efecto, la verdad, y aún vivimos, aunque pocos, algunos testigos de aquella juventud laboriosa y aperreada, que el pobre poeta soportó con la resignación de un mártir, por no ser gravoso á los dos viejecitos que en las Encartaciones se quedaron, cuyos suspiros, en forma de garabatos para él solo inteligibles, le dejaba el cartero una vez al mes sobre el mostrador de la ferretería. Porque el correo era entonces doble caro que ahora, y un par de cartas mensuales y un par de cajetillas de cigarros hubieran sido lujo excesivo para *el tío Antonio*, como sus amigos le llamábamos, cuya habilidad para las coplas no se cotizaba á ningún precio.

¡Cotizar! Habían de pasarse muchos días detrás del mostrador, y muchas noches en un zaquizamí colgado de las nubes, devorando la *Poética* de Martínez de la Rosa, que yo le había prestado, á la luz de las velas de sebo, que cada una tuvo su historia, y de lágrimas tal vez, hasta que su espíritu adquiriese aquel riego superficial, que no llamaré cultura, necesario para que la poesía que en su alma germinaba desarrollase en la ya próxima primavera sus capullos y sus flores. Los domingos y días santos era inútil buscarle, no ya por estar la tienda cerrada, sino porque la Virgen del Puerto y la Fuente de la Teja le atraían de tal modo, que no dudábamos sus amigos que fuese bailarín de zortzico, á pesar de su gravedad un tanto melancólica. Alguna partidilla de barra, de bolos ó de pelota solía también permitirse los domingos, y así estudiaba las costumbres del pueblo madrileño, sin dejar de ser vizcaíno, vendedor de clavos, ni poeta.

¿Cantaba también coplas en los corros de la Virgen del

Puerto? Motivos hay para presumirlo, por una circunstancia muy singular que él no ha escrito en ninguna parte, pero que á menudo nos contaba, refiriéndola, como todas sus emociones más profundas y sus más tiernos sentimientos, al doble amor de la tierra vizcaína y la madrileña.—«Desde el momento mismo que puse el pie fuera de aquélla (nos decía), yo no sé cómo se me abrió espontáneamente la boca para cantar, y mis pensamientos fueron coplas, y al componerlas ó escribirlas no hago otra cosa que pensar alto.»

Á esta época de su prehistoria literaria, por decirlo así, pertenecen las páginas más espontáneas y candorosas de su *Libro de los cantares*, cuaderno escondido en la trastienda, sin pretensiones ni esperanzas de libro todavía; y sobre todo aquellas seguidillas de *La mancha de la mora*, en cuyo héroe no hay duda para mí que Trueba encarnó alguno de sus amoríos primerizos, porque cantares tan naturales y sonoros no parecen hijos de la musa erudita ya y educada á la luz del cabo de vela, sino de la popular, más espontánea y desenvuelta, de la ferretería:

Vivo en el cuarto bajo,
 Tú en el tercero:
 Que junte nuestros cuartos
 Dile al casero;
 Que estando juntos
 Ya no tendremos miedo
 De los difuntos.

—

Todos los que padezcan
 De mal de amores,
 Busquen buenas muchachas
 Y no doctores,
 Que al fin y al cabo
 Todo clavo se saca
 Con otro clavo.

Muchos hay que defienden
La homeopatía,
Y yo soy uno de ellos,
Morena mía,
Que estando malo
Me curaste con ella.....
¡Ay qué regalo!

—
Cada vez que me acuerdo
De tu hermosura,
Vuelve, morena, á darme
La calentura;
Tómame el pulso,
Tómamele, morena,
Que estoy convulso.

¿No les parece á los lectores, como á mí, haber oído esas coplas un millón de veces por esas plazas y esas calles en todos los corrillos formados alrededor de un ciego, y no como inspiración de éste ó del otro poeta, sino como producto de la musa popular, intangible, innominada, multi-forme, musa, en fin, de todo el mundo? Cuando yo conocí al tío Antonio, tenía ya cierta fama en su barrio, porque á las viejas les escribía las cartas para sus hijos que estaban sirviendo al Rey, á las mozas para sus novios, á los chiquitines les cantaba *La nana*, y más de una vez había puesto paz en matrimonios mal avenidos endilgándoles algún cantar malicioso, picaresco ó simplemente cristiano que la nube de sus disgustos desvanecía. Ni sus prestaciones vecinales eran todas de este orden puramente moral, que también recuerdo haberle visto una mañanita de San Isidro agarrado al asa de un cestón de comestibles, pedestal, basamento y sustentáculo de enorme bota de vino, formándole pareja en la otra asa una muchacha rubia de anaranjado pañuelo á la cabeza..... quizás *la niña de ojos azules*, que anda en sus primeros *Cantares* buscando

novio por San Antonio de la Florida, donde también era fijo siempre como un reloj nuestro vendedor de clavos, probablemente para decirla en voz muy baja:

Un besito apostemos
Á que adivino
Por qué tienes el rostro
Descolorido.....

Ya en aquellas noches que robaba al mostrador y al Argos de la ferretería, se iba haciendo para algunos amigos y aficionados sabrosa lectura la de las coplas, y por ellas la tienda llegó á ser más conocida que por sus productos de Vizcaya, pues huroneando por allí un editor codicioso pensó con 2.000 reales hacer suyo á perpetuidad uno de los libros más bellos que la literatura moderna ha producido; negocio tan redondo, que rodó por sí mismo años y años y sólo pudo pararse en el de 59, merced á un pleito que cuenta la víctima con santa indignación, como si no fueran cosa corriente pleitos tales entre editores y poetas; y en cambio apenas dedica una docena de elogios á escribanos y procuradores que le sirvieron de balde, cuando éstos merecían una estatua con la inscripción *rara avis*, como al editor le ha puesto en la picota..... de que él se reiría seguramente si no hubiera perdido el pleito.

Ya tenemos á Antón el de los cantares bautizado por la publicidad: en la tienda misma empiezan á llamarle Don Antonio, y los vecinos del barrio le miran con respeto porque es un hombre que *saca libros* y que *ha salido en La Correspondencia*, que entonces era el pináculo de las reputaciones. Y no ciertamente que hubiera elogiado el *Libro de los cantares* todo lo que merecía, sino que anunciaba de vez en cuando las entregas que iban saliendo con alguna frase benévola, más hija del editor que del periodista. Dudo que le consagrara nadie un artículo de crítica for-

mal hasta el que apareció con la misma firma del presente en un número de la primera *Ilustración* que hubo en España, fundada por Fernández de los Ríos.

Antes el cebo de los 2.000 reales que afición decidida á la novela, fué el origen de *Las hijas del Cid* y *La paloma y los halcones*, libros de un género á la sazón puesto en moda por Villoslada y Fernández y González, para el cual Trueba carecía de condiciones casi en absoluto. Requiere, en verdad, conocimientos muy extensos en todos los ramos históricos, principalmente en la arqueología, en la indumentaria, en la legislación, en las costumbres y hasta en el pensar y en el sentir de nuestros antepasados, para fundirlo y depurarlo todo en el crisol de esa gigantesca síntesis que se llama filosofía de la historia, sin perjuicio de amoldarlo y reducirlo todo también, que no es la menor de sus dificultades, á una acción limitada y modesta entre personajes que agraden á los lectores presentes, no obstante vivir, sentir y pensar como los hombres pasados. Lo que á esta magna empresa podía Trueba aportar era únicamente algunas dotes naturales de escritor castizo y llano, de colorista no pocas (sobre todo tratándose de personajes de menor cuantía), y una gran dosis de sentimiento, no siempre oportuno en tales narraciones. Cualidades de alto diapasón y transcendencia, de esas que con el estudio se adquieren ó perfeccionan, desgraciadamente no había podido cultivarlas, aunque las tuviese. Así abandonó muy pronto la novela histórica, dedicándose á las costumbres y á los cuentos, en que sólo pudo aventajarle Fernán Caballero. Mayores rivales hubiera tenido en nuestros días en su paisano Pereda y en Pérez Galdós.

Ahora que refresco memorias literarias y que el amor fraternal que profesé á Trueba en mi juventud sube de la esfera de la pasión á la del sentimiento dulce y cristiano,

necesito insistir en este punto por no sé qué escrúpulos intelectuales más poderosos que mi voluntad. ¡Con qué pena considero la satisfacción que nos producía verle llegar por las noches al café de la Esmeralda, restregándose las manos (para lo cual no le estorbaba por cierto su rabicorta y desteñida capa) y diciéndonos entre dientes:—«Ya he ganado mis veinte duritos de este mes.» No le permitía su editor más actividad que cuatro entregas mensuales, y en ellas bien que mal encajaba su presupuesto de gastos el ex-ferretero, ya hecho independiente, feliz y hasta objeto de envidia para otros amigos suyos que no ganábamos á la sazón ni veinte duros ni veinte reales. Y recuerdo, según decía, con pesadumbre aquella satisfacción suya y aquéllas nuestras enhorabuenas, porque los goces que á todos nos proporcionaban, y á él principalmente, el poder enviar algunas letritas á las Encartaciones, el vivir en modesto pupilaje, el tomar alguna taza de café y ciertos despilfarros por el estilo, hálos pagado muy caros la poesía popular, porque ¿quién lee ya aquellas novelas históricas, escritas para ganar dinero y ganarlo pronto? Y en cambio, si hubiera seguido Trueba haciendo coplas y romances cuando estaba en la plenitud de su talento, hoy nuestra gran literatura popular se engalanaría con muchas perlas como *Isabel la Católica*, que cada vez que lo leo me parece más digno de los buenos tiempos del *Romancero*, y si le quitáramos algún diminutivo amanerado é inoportuno, con los más buenos y más viejos romances, incluso los del Cid y Bernardo del Carpio, se igualaría. No sé si podré resistir á la tentación de copiarlo entero.

Esta es la historia, señores,
De la Princesa Isabel;
Esta es la historia que deben
Chicos y grandes saber.

Érase una Princesica
 De las pocas que se ven,
 Que cara y alma tenía
 Más de ángel que de mujer.
 Por verla vino á Castilla
 Un Príncipe aragonés,
 Que enamorado no vino
 Y enamorado se fué.

.....
 Unidos dos corazones
 Se unen dos reinos también,
 Y el moro á la Morería
 Pronto tendrá que volver.

.....
 La corona de dos reinos
 Adorna su hermosa sien;
 La corona de dos mundos
 Merece que Dios la dé.

Y más bello es todavía el segundo romance, en que ciñe á su heroína esa doble corona.

Por el mundo va un marino,
 Un marino genovés,
 Diciendo que dará un mundo
 Al que un barquito le dé.
 Todos le tienen por loco
 Y todos se ríen de él,
 Y á la Reina de Castilla
 Su mundo viene á ofrecer,
 Desgarrados los vestidos
 Y descalcicos los pies.

.....
 Ya cruza la mar salada
 El marino genovés.
 ¡Llorando va de alegría!
 ¡Que Dios le vuelva con bien!
 —Aún manda en España el moro,
 Dice la Reina Isabel;
 Dadme una cota de malla
 Y un caballo cordobés,
 Que de la tropa cristiana

Capitana quiero ser.—
En los templos de Mahoma
La cruz de Cristo se ve,
Y el moro á la Morería
Tiene al cabo que volver.—
¿Qué barquitos son aquéllos
Que entre la niebla se ven,
Dando contentos al aire
Las banderas de Isabel?
En ellos vuelve el marino,
El marino genovés.
¡Llorando vuelve de gozo,
Que Dios le vuelve con bien,
Y la Reina de Castilla
Reina de dos mundos es!

II.

Ningún hombre de corazón llega á la plenitud de la vida sin un cementerio en la memoria, cementerio más grande que el de una ciudad muy grande; y por eso los viejos somos tan tristes, porque no hay en nuestra memoria ni en nuestro corazón un solo pliegue que no guarde una cruz y un nombre. Así como los sepultureros suelen tener sus puntas de filósofos, aunque jueguen al tango con las calaveras y comercien con los sudarios, y pongo por testigo á los de *Hamlet*, así el más indiferente y descreído, el que sólo tiene ojos y sensaciones para la materia, como se pare un minuto á descansar en su camino, mal su grado los vacíos que la muerte va haciendo á su alrededor han de atraer á su espíritu con fuerza misteriosa, y aunque quiera pasar de largo, como cada hueco de materia tiene debajo un vacío muy hondo de espíritu, espíritu que parece más palpable cuando está en una tumba que cuan-

do vive en un sér igual á nosotros, en vano cerrará sus oídos al lenguaje de los muertos, que su aterradora elocuencia ha de obligarle á detenerse en medio de la vida á meditar sobre el fin. ¡Dichoso el que lo hace de buena gana y por espontáneo impulso, que ese visitará, con dulce y cristiana melancolía, el cementerio de su memoria; pero ay de aquél á quien sólo el dolor ó el miedo enseñan á traducir el lenguaje del vacío, que ese no tendrá con qué llenar el de su propio corazón, imagen tremebunda del otro vacío que con la muerte le espera!

Cuando yo pienso en los alegres compañeros de mi juventud, entre los cuales era Trueba el más campechano, el más alegre, el más pintoresco, aunque no el más ático, porque esta palma nadie se la disputó desde el primer día á Castro y Serrano, ni tampoco el más inocente y crédulo, que donde estaba Gasset con su uniforme de sanjuanista y su educación gallega, las mismas víctimas de Herodes le abrían paso, me llaman tantas voces cariñosas desde el otro mundo, que me dan ganas de contestar: «Espera un poco,» porque la dulce melancolía de que antes hablaba llena todos los vacíos de mi corazón como si me estuviesen embalsamando vivo. Si cierro los ojos, pienso encontrarme en aquel gabinetito de la travesía de Trujillos, que dos estudiantes jerezanos llamados Luis Eguílaz y Diego Luque habían elegido cerca de la Universidad para no ir á ella, y tan lejos de la calle, que empezando á subir de día era preciso encender fósforos á media escalera, por lo cual entre todos compusimos aquella ramplona redondilla, que luego Luis acomodó en su comedia *Las prohibiciones*:

En tan elevada altura
El genio escondido escribe:
¡Jesucristo, qué alta vive
La baja literatura!

Allí, alrededor de una camilla, donde el fuego de las imaginaciones excusaba el del clásico brasero, paréceme ver primeramente al dueño de la casa, que como fueran las dos de la tarde ya había sacudido las sábanas perezosas, para tener el gusto de decir que él no hacía novillos á la Universidad, sino que le echaba la manta. Más madrugador su inseparable Luque, copiaba las cuartillas que Luis había escrito por la noche, aderezando con cartón de cajas de fósforos ó naipes desechados sendas tramoyas y decoraciones, con sus bambalinas y todo, para las comedias que entre manos traían, con tanta habilidad y tan buen perjeño, que le pronosticábamos grandes triunfos y ganancias cuando fuese empresario de teatros, ó siquiera director de escena; ambición inocente de nuestra juventud para no tener que luchar con aquellos descontentadizos cómicos y aquellos empresarios inciviles que tenían inéditas nuestras primeras obras dramáticas, haciéndonos ¡cruelles! pasar muchas humillaciones y muchos berrinches por contadurías y saloncillos. En cuanto daban punto á las cátedras, allí venían á descansar un poco de sus fatigas otros dos estudiantes de Jerez de la Frontera, Diego Parada y Francisco Dasti, que el uno iba para médico y el otro para ingeniero con buen paso, grandes apasionados de Eguílaz, de quien habían sido camaradas en la Academia jerezana de D. Juan Capitán, amigo y discípulo de D. Alberto Lista. Ni olvidaré, por cierto, á Antonio Arnao, puntualísimo estudiante de jurisprudencia, y puntualísimo visitante de la tertulia al volver de la calle Ancha, quizás el más atildado y guapo mozo de cuantos entraban entonces por las puertas de la Universidad, cuyos versos dulcísimos nos consolaban mucho de nuestras cuitas, porque todos olían á rosas y destilaban miel hiblea. Pongo el último al andaluz más ilustre de los que

sobreviven de aquella tertulia, porque me parece que llegó el postrero, si la memoria no me engaña: llamábase Pepe Castro y Serrano; era la sal de las conversaciones, y además nuestro Consejo de Estado, pues ya tenía en su juventud ¡cosa extraña! tan grave y profundo talento como ahora, y le consultábamos á porfía cuantos casos difíciles nos iba presentando la vida práctica, que no eran pocos, principalmente en materias de Hacienda y de Fomento. ¡Si todos los demás imberbes de la cuadrilla vivíamos en el Limbo! Eguílaz sólo servía para escribir comedias y más comedias, y hacer como los murciélagos, de la noche día; Luque para ponerlas en limpio con muy buena letra, y forjarse y recortar decoraciones de cartón; á Trueba no había que hablarle de otra cosa que de sus cantares, de las Provincias Vascongadas y de los fueros, que por cierto para los demás eran gringo; Arnao, en sacándole de sus Campos Elíseos, sus flores y sus mariposas, hombre al agua; Dasti y Parada, los otros dos estudiantes jerezanos, harto mareo traían con su medicina y sus matemáticas, y aun así pensaba ya el segundo en un *Diccionario de hijos ilustres* de su tierra; y el pecador que está aquí presente registrando su memoria, como la tiene tan cerca de la conciencia, debe confesar en puridad que si en todos los tiempos ha valido para poco, en aquél valía para menos, pues sobre escribir más que estudiar, y eso desalentado y sin rumbo fijo, tentábanle además loca y constantemente los diablillos con faldas, siendo su vida un continuo pirateo por esas calles de Dios, imagen de aquella zarzuela, su contemporánea, *Por seguir á una mujer*.

Sin embargo, ¡oh poder de la asociación, de la fraternidad y..... de los pocos años! Á pesar de nuestras escaseces y de nuestros contratiempos, que Dios sólo sabe cuántos y cuán frecuentes eran, manteníamos entre todos el

fuego sagrado de las ilusiones, echando en la hoguera pedazos de alma cuando iba á extinguirse, y ofreciéndonos unos á otros la seguridad de ser grandes hombres en vista de las grandes dificultades que el mundo nos ofrecía. Pocas veces llegamos á desconfiar de nuestras fuerzas y nuestro porvenir, diferenciándonos de la juventud que hoy nos reemplaza, en la alegre conformidad con que, asidos de las manos, marchábamos á tropezones por la vida, sin acusar á la sociedad ni á la Providencia por no habernos abierto un camino ancho y sin zarzas. Si alguno pecó ¡Dios le perdone! haciéndose un tanto descreído y revolucionario, fué después, cuando empezó á darle el aire á nuestros manuscritos, y los inteseses y las pasiones de hombre entraron en juego, enturbiando las fuentes poéticas.

Otro pecadillo debo confesar ahora, en que los más impecables fueron los peores. Aquella famosa masonería de *la gacetilla*, primer vagido de la que hoy perfeccionada y aquilatada existe de mil maneras, y es ocasión de muchas especulaciones, no todas lícitas, con los nombres de *bombo*, *reclamo*, *mutualidad de alabanzas*, etc., etc., la fundamos nosotros mucho antes que la criticara Eguílaz, por vía de disimulo y coartada, en su primera obra; con la inocentísima diferencia de que nuestras gacetillas, pura fáfara y mero palique, no se publicaban ni tomaban forma bajo la careta de los periódicos para engañar al público bonachón, consistiendo pura y simplemente el *quid* de la cosa en habernos juramentado para no desperdiciar ocasión alguna de elogiarnos los unos á los otros. Incurría por ejemplo en el desagrado social aquél de los contertulios en cuya presencia se hablase de medicina y no saltara al punto exclamando:—«*Para* médicos un muchacho que yo conozco y se llama Diego Parada. No ha acabado

la carrera todavía y ya ha hecho curas maravillosas. Le llaman sus profesores la perla de San Carlos.» Tampoco hay que añadir que en tratándose de poetas, la ley social exigía que *Antón el de los cantares* fuera puesto en los cuernos de la misma luna, y de los prosistas, Castro y Serrano por modelo á presentes y futuros. Lo único que tenía de pecaminoso este infantil procedimiento era la segunda parte del compromiso, con que se prueba que nunca segundas partes fueron buenas: consistía, pues, en no alabar á ningún escritor ajeno á nuestra pandilla, convirtiendo así la literatura militante en coto cerrado, y concediéndonos *gratis et amore* á nosotros mismos el privilegio de la caza.

Caza que, á pesar de todo, no acudía al reclamo ni de pluma ni de pelo, y el nuestro andaba como Dios quería, greñoso y melenudo. Cerrados los teatros para los poetas y las redacciones para los prosistas, nuestra reputación..... inédita se apolillaba. El tío Antón era el único que hubiese recibido ya el bautismo de la publicidad, y acaso acaso también Arnao, que esto no lo recuerdo muy á conciencia; pero él era tan asiduo estudiante como incansable versificador, y paréceme que en la Universidad había adquirido amistades más substanciosas que las nuestras, con que pudo abrirse camino á algunas tertulias de medio pelo, donde leía sus composiciones sentimentales, que quizás le publicaba algún periódico del género *Lira* ó *Violeta*.

Como son tan estrechos y cariñosos los lazos que se forman en la primera juventud, máxime si los anuda y ata el hilo de oro de la poesía, no contentos con vernos casi todos una y más veces por la tarde, á boca de noche nos congregábamos en cierto café de la calle de la Montería, llamado de la Esmeralda, cuyo bondadoso dueño era

poco mayor que nosotros, y grande amigo del florido Arnao por su nombre de Narciso. De aquel café se han escrito bastantes cosas; pero aún quedan muchas por decir, que ni el curioso libro de Trueba *El gabán y la chaqueta* ha agotado la materia.

Por allí fué pasando, con más ó menos intimidad y frecuencia, la mayor parte de los escritores novatos de aquel tiempo, y yo no diré que el Parnasillo del café del Príncipe, con sus canas venerables y sus tradiciones de Moratín, llegara á tener celos del de la Esmeralda; pero nosotros así nos lo figurábamos, y por rivales de la vieja aristocracia literaria nos teníamos. El único lazo que á unos y otros nos acercaba era el aprecio al Conde de San Luis, Presidente del Consejo, porque estaba reformando el teatro español con medidas que entrañaban garantías y porvenir para los autores dramáticos.

Uno de los primeros que pasaron por allí fué un meteoro, no diré siniestro, pero sí lúgubre, pues pocos días después se suicidaba arrojándose al Canal entre las alegres mascaradas de un Miércoles de Ceniza. Era un joven guipuzcoano amigo de Trueba, que en tres meses había conseguido hacerse notable, publicando un periódico llamado *La Avispa*, donde ponía á los santones literarios como digan dueñas, no sin donaire y aticismo. Algo nos escocía á Trueba y á mí que tratase mal al autor de la única *Poética* que nosotros soportábamos, pues había llegado á decir en *La Avispa*:

Hay un escritor perverso
(No es Martínez de la Rosa),
Que hace sus dramas en prosa
Y sus discursos en verso;

pero se lo perdonábamos en gracia de lo bien que vapuleaba á otros que nos eran menos simpáticos. Hombre de

grandes ambiciones y de pequeño corazón, el desgraciado Pepe Iza no tuvo paciencia para esperar la bonanza y se lo llevó la tempestad. Nunca olvidaré el inmundo zaquizamí donde vivía y escribía en el ex-convento de los Basillos, ya medio derribado, para convertirse luego en teatro de Lope de Vega.

Otro meteoro presentó Arnao, que era paisano suyo, para deslumbrarnos y enloquecernos de emulación. Llamábase Pepe Selgas, y había sido traído á Madrid por el Conde de San Luis, costeando la edición de sus primeros versos, en un arranque de magnate á la antigua, digno de los Lemos, los Osunas y los Sesas. Fué la publicación de *La Primavera* un regocijo de las Musas y una fiesta del Parnaso, así por la delicadeza de aquellas composiciones inimitables, como por el ingenio y la donosura del autor, cuyos labios, raudal de chistes y sentencias, no supieron por su desgracia aplicarse después á la política, único mercado donde se paga bien ese género. Selgas frecuentó muy poco el café de la Esmeralda, porque desde el primer día fué aristocracia y niño mimado del Príncipe. Además tenía un empleo en Gobernación, que el Conde de San Luis no hacía las cosas á medias.

Yo era el que aportaba mayor contingente á la tertulia, ya por ser, como he dicho, un trota-calles sempiterno, ya por haberme granjeado la amistad del inolvidable Fernández de los Ríos, el editor más atrevido y laborioso que había entonces en Madrid, cuyas innumerables empresas llamaban la atención extraordinariamente. Dióme á conocer del público en *La Ilustración*, por virtud de unos artículos de crítica dramática, donde había algo picante que escoció á la gente vieja del Príncipe y dió que hablar en los cuartos de Matilde y Romea, y desde entonces fuí el más asiduo colaborador de todas sus publicaciones, prin-

principalmente del venerable *Semanario pintoresco*, de *La Ilustración* y poco después de *Las Novedades*, periódico político que se hizo muy popular. Con esto los amigos nuevos me bullían entre los dedos, y pude envanecerme con algunos que han justificado por todo estilo el amor que les profesé y para los que viven todavía conservo. Perdónenme los más ilustres si pongo por delante á mis paisanos los extremeños, que son mi debilidad, y no he de cambiar de genio cuando estoy ya cerca de la sepultura y removiéndome tantas y tantas.

Diré, pues, que dos jóvenes poetas de la provincia de Cáceres, tipos enteramente opuestos, sesudo y grave Antonio Hurtado, ligero y aturdido Luis Rivera, venían á menudo á nuestra reunión cuando se hallaban en la corte, que no era cosa frecuente, pues el primero, empleado á veces en Gobiernos de provincia, se dedicaba con afán á altos estudios administrativos, que le llevaron bastante pronto al Consejo de Estado, no sin muchas y muy brillantes coronas literarias, que para todo tuvo tiempo; y el segundo, más desgraciado y más humilde, hacía frecuentes viajes á las provincias en calidad de cómico ambulante los inviernos y de postulador de estudiantina los veranos. ¡Ojalá tenga yo algún día el tiempo y el humor necesarios para dedicar á mi pobre amigo Luis Rivera el elogio necrológico que merece por su gran carácter y su malogrado talento! Hizo el partido republicano poco aprecio del antiguo redactor de *La Discusión* y director de *El Gil Blas*, que ha muerto después de la revolución de 1868 sin ser diputado ni siquiera Gobernador, cuando lo fueron tantos *sansculottes* que valían mucho menos que él y no habían pensado en la república hasta que ella pudo pagarles sus servicios. Igualmente introduje más de una vez en el círculo de la Esmeralda á otro entrañable paisano mío, ya en-

tonces medio abogado, pero muy entero poeta, que en el teatro de la Cruz preparaba una ó dos comedias, tenía otras tantas en cartera y pensadas un millar, amén de poemas, romances y leyendas, pues era su imaginación una catarata poética. Todavía afortunadamente puedo saludar desde aquí, de pie sobre la tierra donde quedamos tan pocos, á mi amigo Antonio Cortijo, que en su bufete de Villanueva de la Serena consagra afanoso á Temis el amor que en aquel tiempo consagró á Talía. ¿Ha ganado él en el cambio? ¿Ha perdido la sociedad? *Ecco il problema.*

Y pues de amores se trata, como anillo al dedo me viene ahora el recuerdo de otro poeta casi niño, á quien conocí en una situación psicológica tan extraña, que sólo se explica por la herencia, según los fisiólogos modernos. Enamorado perdidamente de la hija de un actor del Príncipe, mucho más granada que él y que por ende no le hacía caso, hallábase en tal estado de sobreexcitación nerviosa, que se me desmayaba en los brazos cuando pasábamos por su calle y al balcón no la veía..... Oír pronunciar el nombre de la dama de sus pensamientos, aunque fuera en la iglesia, sin ponerse convulso, desencajado y darle al fin el patatús, era cosa imposible. En la *Gaceta de Madrid*, donde estaba empleado, estábalo también un viejecito setentón, cuyo nombre no recuerdo, que había sido grande amigo de Moratín y de Forner, y sentía paternal atracción hacia los escritores principiantes. ¡Cuántos y cuán ingeniosos remedios inventó aquel hombre para curar á mi amigo! ¡Qué buenos consejos le dió! ¡Qué observaciones tan curiosas nos hizo acerca de la vida y los achaques de los escritores! Por él y por la madre del inolvidable *Fígaro*, que aún vivía muy anciana en la calle de Cervantes, supe multitud de secretos peregrinos y curiosas anécdotas de las dos generaciones literarias que nos han precedido,

que irán saliendo á luz, si Dios me lo permite, cuando trate de Forner, Gallardo y Espronceda en trabajo de más empeño que el presente. Y por si el lector desea conocer el desenlace de aquel romántico enamoramiento, le diré que se curó mi amigo radicalmente colaborando con Eguílaz en alguna comedia, y quizás con la mancha de la mora verde, que Trueba supo cantarle mejor que el viejo de la *Gaceta*.

No se extrañará que el amor tome ya mucha parte en nuestras aventuras, que no en vano empezaba el bozo á sombrearnos la cara; y así digo que un día me fué presentado por Fernández de los Ríos un apuesto mozalbete, cuyos constantes paseos por la calle de la Montera me habían llamado la atención más de una vez. Allí tenía, en efecto, su novia, lindísima hija del juez del distrito de Palacio, D. Juan Chinchilla. Mi galán rondador, con quien muy pronto entablé amistad íntima, hasta el punto de llamarnos hermanos, andaba pensando en escribir algo por lo administrativo, á causa de hallarse empleado en el Banco, y tener ya cierto carácter, pues era caballero de San Juan de Jerusalén, con cuyo uniforme colorado, que le sentaba lindamente, solía pasear la calle de la Montera los días de besamano. Á modo de ensayo de su grande obra hizo..... algunas seguidillas, que le publiqué en el *Semanario*, y fueron muy aplaudidas en nuestra tertulia, donde se le recibió con los brazos abiertos, pues estábamos ya muy necesitados de un hacendista..... moralmente, y Eduardo Gasset daba muestras de llamarle Dios por ese fecundo camino, á pesar de su carácter, entonces tan cándido y tan inocentón como si acabara de salir de la escuela.

Pruebas fehacientes necesitaría este aserto, sin duda, tratándose de aquél que después hizo tanta figura en el

partido democrático, y fué ministro ultramarino, y fundó *El Imparcial*, que todavía escribe su nombre á la cabeza del periódico. Ahora mismo se me acuerda una muy terminante prueba que yo podría dar de su candidez, recordando cierta aventura que le aconteció en su casa de huéspedes de la calle de Valverde; pero me apremia el decir que allí vivía también un estudiante malagueño, que á la sazón era rey de todos los bailes por sus incansables piernas, y empezaba á ser ¿qué digo rey? dictador y César de las tertulias y círculos literarios, por su grandísimo ingenio, sus vastos conocimientos y su avasalladora elocuencia, un tanto ceceosa y tartamuda, lo que añadía muchos quilates al gracioso timbre de su voz juvenil. Casi creo innecesario decir, tras estas señas, que se llamaba Antonio Cánovas del Castillo, que estudiaba leyes y escribía ya artículos de fondo en *La Patria*, órgano de los moderados puritanos, en cuya redacción de la calle de la Ballesta se hombreaba con Pacheco, Ríos Rosas y Pastor Díaz. Hicimos grandes amigos, y por él conocí á muchos hombres ilustres de aquel tiempo, aficionándome á la política, en que había pensado muy poco hasta entonces, y preparándome á las peripecias de la ya próxima revolución de 1854, de que podría escribir capítulo aparte muy curioso, si fuera ocasión oportuna para ello. También me proporcionó la amistad de Cánovas algunas lecciones de su tío y maestro, D. Serafín Estébanez Calderón, conocido en la república de las letras por *El Solitario*; maestro he dicho, y lo era de muchas ciencias y cosas, así graves como picarescas, personaje además por todo estilo merecedor del profundo estudio que su sobrino le ha consagrado en dos volúmenes de la *Colección de escritores castellanos* (1883), á los cuales podría yo también añadir algún capítulo nada soso.

Otra aparición muy singular hubo una noche en la Esmeralda. Cierta joven de quien se hablaba mucho en los círculos estudiantiles por sus ideas y por la gallarda manera de expresarlas, fué á llevarme para los periódicos de Fernández de los Ríos una novela, que no recuerdo bien si se publicó: lo que sí recuerdo es que, por intuición sin duda, guardé la carpeta en que iba envainada, que hoy figura en mi curiosa colección de autógrafos, y dice así: «*Ernesto*, novela de costumbres, por *Emilio Castelar*.»

Antes que por agotamiento de tan sabrosa materia, por no agotar la paciencia del lector y las páginas de esta Revista, voy ligeramente á pasarla á los comensales más ó menos asiduos del famoso velador de la Esmeralda, que presidía Trueba como patriarca y tertuliente menos movidizo, pues todos los demás entrábamos y salíamos al compás que iban menudeando nuestras ocupaciones y nuestros devaneos, como quien se acercaba á la crisis de su porvenir. El círculo se iba ensanchando hasta hacerse el velador una tabla redonda. Á Eguílaz, Luque, Gasset, Dasti, Parada, Castro y Serrano (que ya hacía una publicación satírica bajo el pseudónimo del *barón de Parla-verdades*), el festivo poeta Santisteban, Villanueva (gaceti-llero chispeante de *El Occidente*, diario que fundó nuestro actual embajador en Roma), Carlos Pravia, Mariano Larra, Luis Rivera, vinieron á agregarse, amén de algunos cómicos que ya olfateaban buenos beneficios y estrenos, Sidro y Surga, Pérez Rubio, excelente pintor que acaba de morir á consecuencia de la caída de un tranvía; Germán Hernández, otro pintor por quien dimos una famosa batalla contra la Academia de San Fernando, vera efigie de la que por Galdós acaban de dar á la Española otros círculos semejantes, *nihil novum sub sole*; Pizarro, dibujante no menos distinguido; Marín Baldo, joven murcia-

no que iba á recibir el título de arquitecto y con él la facultad de enseñar al público su gigantesco proyecto de monumento á Colón, que en otro país se hubiera adelantado treinta años á la colosal estatua de la Libertad y á la babilónica torre Eiffel; y por haber allí de todo, hasta un músico, mi paisano Cristóbal Oudrid, iba muchas noches á buscarme como compañero y copartícipe en ciertas aventuras amorosas, que no harían poco novelesco este relato si en él tuvieran cabida. Hasta un niño, que tampoco pronunciaré su nombre, se había hecho nuestro amigo, porque le atestábamos diariamente la gorrita con el azúcar sobrante de nuestro café. Era hijo de un oficial retirado, muy puntual asistente con su señora á una mesa inmediata á la nuestra. Viuda aquella señora andando el tiempo, es hoy una de las que hacen más viso en Madrid por sus trenes, sus riquezas y su posición social.

Aquella bandada de palominos volanderos solía recibir de cuando en cuando impresiones y sacudidas nerviosas que les hacían batir las alas y remontarse á otros espacios menos imaginarios. Cierta noche se anunció á son de bocina que un Académico, nada menos que un Académico llamado D. Eugenio de Ochoa, se había dignado leer la comedia de Eguílaz *Verdades amargas*, la tomaba debajo de su protección y haría que se representase muy pronto. Otra vez era un ex-Ministro vascongado, por nombre Don Pedro Egaña, que se apasionaba de Trueba, llamábale á trabajar en su periódico *La España*, y recuperando la poltrona poco después, repartía algunos destinos de Gobernación al gremio literario, de que tocaba al café de la Esmeralda alguna tajadilla. ¡Aquí fué Troya y aquí empezaron las pasiones de hombre á hacer su natural *vazzia!* Las discusiones previas duraron una semana, la marejada un mes y los disgustos y las enemistades quizás duran to-

avía. Por si á Eguílaz le dieron 8.000 reales, mientras á Cazorro, Cea y quizás á algún otro menos poeta ó menos simpático 10 ó 12.000, todos nos creímos desairados y tenidos en menos, acordándose por unanimidad rechazar humillación tan insufrible. ¿Por unanimidad he dicho? Pensándolo mejor, caigo en la cuenta, de que hubo dos votos en contra, es decir, dos que opinaron que se tomase aquel turruncillo y se callara: los dos Antonios, el Trueba y el Arnao; el primero, como protegido del Ministro Egaña, y el segundo, porque obtenía por mediación de Selgas su parte en el botín (creo que 6.000 reales). Por la mía, no sólo fuí de la oposición más intransigente, sino muy cabildero y revoltoso, así por haberme quedado sin vela en aquel entierro, á causa quizá de mis frecuentes disputas con el patriarca sobre los fueros vascos, sino también porque la víbora política me iba picando y dejábame yo atrás entonces, no digo á Cánovas, sino al mismo Fernández de los Ríos.

Verdades amargas se representó con el éxito piramidal que todos saben, y el hielo estaba roto, como dicen los franceses. ¡Qué noche aquélla! Capaces estábamos todos de pegarle un tiro al que no aplaudiese. Á la verdad, había muy pocos rehacios. Los defectos mayores de la comedia, que justamente nacían de su carácter político, pasaron desapercibidos á los Ministros y á los prohombres de aquel tiempo, como los de éste se tragan las enormidades psicológicas de Echegaray. Un Presidente del Consejo de Ministros que, sin hacer dimisión, anunciaba á su familia que

Derrotado en las secciones
En las Cortes lo seré;

que ponía el grito en el cielo porque su rival

..... Con datos inexactos
Quiere acusarme y perderme.
—¿Qué dices?
—Que quiere hacerme
Responsable de mis actos,

como si la responsabilidad ministerial no fuera una de las piedras angulares del sistema parlamentario, aunque fantasmagoría pura, como tantas otras; aquel jefe del Gobierno, en fin, que no puede obtener de la Corona la disolución de las Cortes y se da por muerto con justísima razón, cuando viene su suegro, un caballero particular, y le salva dándole el papelito, sería una creación inocente, en realidad infantil, si no se la hubieran tragado como confites las eminencias de aquel tiempo: los Pachecos, los Olózagas, los Heros, los Sartorius, los González Brabos, los Ríos Rosas, los Egañas, la flor y nata, en fin, de los partidos, que se tenían por padres y maestros del parlamentarismo español. Por lo menos yo no recuerdo que un solo crítico hiciese esas observaciones, que á un estudiante de derecho político se le ocurren ahora.

Desde aquel día todo fué corrosivo y disolvente para la tertulia de la Esmeralda, que de estante pasó á trashumante, dejándose mucha lana entre las zarzas. La vida teatral desordenada y aventurera, la revolución de 1854, las catástrofes y los casamientos fueron, hoy uno, mañana otro, dispersándonos á todos. El famoso *Ministerio-metralla* (Córdoba-Ríos Rosas) nos quitó á Paco Dasti de la manera más cruel. Terminada la brega, quiso á las doce de la noche atravesar la Puerta del Sol, y un centinela del Ministerio de la Gobernación le metió un tiro por la espalda. Á pesar de sus ayes de agonía, hasta el amanecer no fué recogido por los dependientes del Hospital del Buen Suceso, que entonces estaba á la entrada de la calle

de Alcalá, y enterrado anónimo, costó mucho trabajo identificar su cadáver algunos días después, que vino su familia á reclamarlo. En estos mismos y críticos momentos preparaba Gasset su boda, y así tuvimos en breve tiempo dos bajas de sangre. Los que habían asistido con escopeta, ó siquiera con gorra de miliciano, á recibir á Espartero, pescaron su huesecillo y se fueron á roerlo por esos mundos. El pobre Antón el de los cantares se quedó sin sombra. No gustaba de buscar á Eguílaz y Luque por los cuartos de los cómicos, y los demás no teníamos paradero fijo. Cuando alguna noche nos dábamos una vuelta por la Esmeralda, solía decirnos el mozo: «Aquí ha estado el Sr. de Trueba, y viendo que no venía nadie ni siquiera quiso tomar café.» Por no mentir, añadiré que también empezaban ya sus amores con aquel manojito de rosas y azucenas, como él á su Teresa llamaba (que por cierto le ha precedido poco en la tumba).

Santana completó la obra haciéndole redactor de *La Correspondencia*, y siendo poco después padrino de su casamiento. La iglesia de San Sebastián fué seguramente el último sitio donde se reunió en pleno la tertulia de la travesía de Trujillos y del café de la Esmeralda. ¿Quién no había de participar de la inmensa, de la contagiosa alegría del tío Antonio? ¡Cómo le hacía olvidar el amor sus amarguras y sus trabajos! No olvidaremos sus amigos que Santana se dió aquel día una satisfacción de príncipe..... ó de poeta, que viene á ser una misma cosa. Al salir de la iglesia, metiendo á los recién casados en su propio coche, nos anunció que aumentaba el sueldo de Trueba para que viviese más tranquilo. Todos llorábamos de alegría y Santana también.

Al propietario de *La Correspondencia* le salió un rival poco después, que tampoco merece olvido, con tanta más

razón cuanto que ya habita el mismo mundo que Trueba. D. Pedro Egaña obtuvo de las tres provincias del *Iruracbat* que creasen para él la plaza de cronista y archivero, con que ha podido pasar sus últimos años en su querida Vizcaya, entre Bilbao y las Encartaciones, y visitar y besar mil veces su querido árbol de Guernica, de que me dió un ramo, que conservo religiosamente, cuando le ví por última vez en 1876. Estaba fresca todavía la sangre de la guerra civil y también la última poda del árbol. ¡Si yo pudiera contar las peripecias de ésta nuestra última entrevista, el estado de su espíritu, las tristes reflexiones que la política le inspiraba, cuando visitábamos juntos Nuestra Señora de Begoña, Somorrostro, San Pedro Abanto, y sobre todo aquella casita blanca de las Encartaciones, donde había nacido, y cuyos recuerdos iba evocando para mí como una maga que golpea las piedras con su varita para que broten tesoros de luz y de poesía!....

Pero ni eso ni copiar alguno de los muchos é interesantes autógrafos suyos que poseo me es ya permitido, máxime habiéndome sólo propuesto acompañar á la sepultura el cadáver de Trueba, evocando á mi vez la sombra de nuestros amigos..... ¡sombras ya casi todos! para que le acompañen á él y nos acompañen á los que por ahora quedamos en esta espantosa soledad del mundo, donde los vacíos que hace la muerte alrededor nuestro sólo se llenan para el espíritu y para el alma, diciendo á cada una de esas queridas sombras:—«Espera un poco, hermano, y duerme en paz.»

V. BARRANTES.

CUENTOS PEQUEÑITOS.

CABECITA Á PÁJAROS.

Á mi querido amigo Federico Urrecha.

I.

HAY gentes enfermas de una manía de pensamiento, las cuales, sin duda porque de muy antiguo se viene diciendo que los niños y los pájaros son muy semejantes en gracia y movilidad, miran á un pájaro con el gozo con que se mira á un niño, y así á los niños les aman y acarician con mimos y cuidados que dedicarían á un pájaro: de aquí que unas veces aprisionen á los pequeños en jaula como á los pajarillos, ó bien les concedan una desmedida libertad. En la rapidez de sus movimientos, en la vivacidad de sus miradas, en aquella alegría bulliciosa de que se hallan dotados los niños, claramente se descubre un gran parecido con la soltura y ligereza, el cántico, algarabía y la finura de sensibilidad de los pajaritos.

Buen pájaro era á la verdad Manolito, el niño de mi cuento: era de tan vivo espíritu, que cogía las cosas al vue-

lo; y corría con sus piernecillas tan listo, que se hubiera podido decir que tenía alas, y además era muy picotero, esto es, muy parlanchín y cantarín; sus rizos tenían la dorada brillantez, la suavidad y la gracia aérea de un lindo plumaje; ¡y qué ojos de más pronta y fogosa mirada!.... había algo en ellos de ese brillo de luminosa alegría, que es en los pajaritos un reflejo del cielo y una chispa del rayo del sol.

De dichos y donaires que le acreditasen como inteligente y ocurrente, tantos tenía, que sería cuento de no acabar el referirlos; y si algunos decimos, dispénsennos los graves y concienzudos hombres prácticos ó filósofos que aprecian en poco las nimiedades infantiles y las ternezas femeninas de esta literatura de juguete, á la cual yo, hombre barbado, me dedico, para divertir á las señoras mujeres y á los niños.

Cierto día preguntaron á Manolito acerca de esa bobería tan eterna como el sol, el cual ya se pasa de pesado con esto de salir todos los días desde hace tantos siglos por el Oriente y marcharse por Occidente: tratábase de que Manolito dijese á quién quería más en el mundo.

—Á mamá es á la que quiero más,—replicó el niño.

—Pues ¿y á tu padre?

—Á mi papá le quiero más de más.

Lo cual tenía un doble sentido: primero, porque podía referirse á la mal enunciada idea de un mayor cariño al padre; y después, á que siendo este hombre huraño, frío y despegadote, tal el niño creyese que todo cariño estaba de más.

Otra mañana llevábanle á bañar á la playa, cosa que él no veía con gusto, y á la cual oponía rebelde y descomedida resistencia.

—¡Ah! ya verás—decíale su madre por seducirle,—ya

verás los pececitos de lindos colores: ¿tú no has visto los pececitos?

—Yo he visto los pececitos—replicaba el niño protestando lamentoso y con un fingido lloro,—sí he visto los pececitos, y me decían ¡no te bañes, Manolito!

¡Habría tunante! Él sentía cierto pavor ante el mar, tanto como gozo ante el ambiente aéreo y por el libre espacio. Habiéndosele preguntado qué profesión elegiría él en el mundo, contestó que deseaba ser arquitecto.

—Arquitecto; ¿y para qué?

—Para coger nidos,—contestó Manolito, comprendiendo, sin duda, que como los arquitectos dirigen las edificaciones de las casas, iglesias y palacios, y los pájaros suelen anidar en los tejados, ninguna profesión resultaba de mayor provecho que el trabajo de la arquitectura.

No se enojen, por Dios, esos gravipensantes, que nada de cuanto va en este cuento se les dedica, ni pretendemos interrumpir el curso de sus prácticas calculaciones ó el profundo y frío proceso de sus metafísicas con estas delicadas niñerías.

La afición de Manolito á los pájaros era apasionada, y para éstos origen de temibles peligros, causa de sobresaltos y motivo de temores incesantes. El chicuelo, por amor ó por simpática influencia no más, llevaba su afición hasta el extremo de desear la posesión de cuantos pajarillos pían en los nidos ó vuelan por el aire. Así su alma mudaba de pensamientos con volubilidad extraordinaria, picando ora aquí, ora allá; y en rebusca continua de novedades, echábase á volar la imaginación de Manolillo. ¿Y quién detenía aquel vuelo tendido y largo, ó á quién le sería dado seguir los giros y revoloteos de la infantil fantasía? Por parecerse á los pájaros, no había mañana que él no se despertase parloteando, al par que bu-

llangueros aturdían con sus píos los gorriones de los tejados, y los verderones, jilgueros, pardillos, ruiseñores y alondras, con toda la infinita familia menuda de los pájaros, trinaban y gorjeaban en los árboles, haciendo de cada uno un arpa sonora, ó cantaban en los campos embriagándose ante la lozanía del florido suelo y en el tibio espacio iluminado por ese viejo: el sol.

Era cosa perdida aquel Manolito: las personas sesudas que miden la anchura de sus babuchas, y con sentido práctico á lo holgado y cómodo ajustan sus patosos pies, temían seriamente que no parase en bien aquel diablejo de muchacho, y le miraban recelosos, cual si se les fuera, alado y fugitivo, á escapar de entre las manos, volandero por los espacios. Más aún les acobardaba el bullicioso hervor de ideas y de llamaradas de aquella cabecita descompuesta, la charla de su lengua, la movilidad acobardadora de todo su cuerpo.

Ya la soberana profecía de la vieja crítica, representada por los padres, los maestros, los tíos y los abuelos, había lanzado sobre Manolín furibunda sentencia:

—Este chico acabará mal: es una cabeza alocada; una cabecita á pájaros.

Á veces el serio y pomposo senado reía á su pesar ante aquel diablillo decidor y gracioso; pero bien pronto la sabiduría de los ceños y la mudez pensaba seriamente en disponer los hierros y medir el espacio para encarcelar al niño-pájaro dentro de la saludable y discreta región de los mañosos convencionalismos.

Entre tanto, el espíritu de Manolo era libre: el niño alocado era todavía bastante pequeño para escurrirse por cualquier resquicio, y sobrado grande para alarmar demasiado á las personas formales.

II.

El mayor gozo de Manolín era la caza con red ó con liga; de poco servían las licencias ó concesiones, si no resultaban como para dar visos de legalidad á los hechos inevitables ó ya realizados.

En Cabecita á pájaros la distracción resultaba un fenómeno constante, y cuántas veces con el libro abierto y los ojos en el libro, lejos de ver las letras negras y las bárbaras palabras latinas salmodiadas por las declinaciones y conjugaciones, veía entre las líneas espacios de cielo azul en que vagamente se mecían, hechas girones, nubes blancas; y así muchas veces, cual si los viese allí en el libro pintados, tenía ante sí campos de trigo en vaivén dulce al soplo del viento, y detalles pintorescos: ya un pajarillo puesto de patitas sobre un canto rodado y bebiendo en alguna pozuela del valle; bien en el ramaje de un árbol de frondoso vestimiento algún jilguero cantarín, y en tanto el niño, rutinaria y maquinalmente, repetía con la misma inconsciente manera de un rezador automático:

«Los en *um*, sin excepción,
Del género neutro son.»

Allí, en aquélla su cabecita á pájaros, se sucedían prodigiosamente reflejos de la gran luz del cielo, tumultuosa variedad de accidentes y de contrastes, pedazos del inmenso universo; y con tal pujanza como en la tierra, por la lluvia que cae, el viento que transporta el polvillo vegetal, el sol que ilumina y caldea, se da la rica y desordenada fertilidad, en la mente de Manolín había múlti-

ples y diversos gérmenes de ideas prontas á romper con energía vivificadora. Pero el maestro daba un tremendo palmetazo en el ennegrecido pupitre, ara de los sacrificios de la espontaneidad por el culto á la rutina académica, y Manolín se estremecía por sus nervios sensibles, como un pájaro al oír un disparo, y hubiera huído por la puerta del aula, si esto le hubiera sido posible. Á los ojos del maestro, Manolín era un petirrojo examinado artera y friamente por un buho: aquella gracia era un gran delito; reír, moverse, hablar, sentir la fatiga por estarse quieto y clavado en un banco, ó el abrumamiento que produce la enseñanza clásica..... eran circunstancias de criminalidad.

¡Pobre Cabecita á pájaros! á quien unos tenían por alocado, éstos por tonto, los otros por malvado, y todos por peligroso y feroz..... No le quedaba, como se verá, sino una alegre revancha: huir de la jaula, hacer novillos, buscar á Lucas.

Todo esto bien merece párrafo aparte, para que así, dividiendo con la vista lo impreso, queden bien separados los puntos que forman este cuento; y así ahora se sabrá quién era Lucas, y además daremos noticia de las novilladas de nuestro héroe, así como de otros curiosos sucesos que importan al relato y aun á la filosofía del mismo, si alguna puedo aplicarle, para que no se me tenga á mí por hombre de cabeza á pájaros, sino que se me considere y aprecie poco menos que á un filósofo de punta.

III.

Algunos días Manolín se escapaba, y ¡alza! ¿para qué os quiero, piernas? Huía, no sólo de la escuela, sino de la ciudad, llevando en su cartapacio de escolar todos los

instrumentos y mañerías de la caza, como liga, redes y reclamos, y así se iba á buscar á Lucas.

Fué cierta mañana á buscarle, y curándose con el gozo de la travesura emprendida del remordimiento que picaba en su corazón de escolar novillero, salió de la ciudad y emprendió el camino que conducía al Pinar de *Las Gordillas*, que era donde vivía Lucas, hijo del guarda de aquella dehesa.

Odisea heroica del niño: aquel arriesgo de su alma aventurera, aquella salvaje rebeldía, aquel deseo de verla y de aspirar aire purísimo, aquel gozo ante la hermosura que Dios ha vertido en los campos, suponían el ardimiento y el valor de un pajarillo. Anda que te andarás, salvó el camino; echóse por atajos; triscó por riscos, empavesados de zarzales y rebordeados de romero, tomillo, cantueso y mejorana; á brincos como vuelos pasó los arroyos, y afanado y contento, llegó al fin á los primeros picos y subió hasta la blanca y pequeña casa de la guardería.

Vibraban sus nervios, recorridos por fluídica entonación, la fuerza que impulsa el ánimo de todos los grandes emprendedores; circulaba apresuradamente la sangre por sus venas; sus ojos brillaban, y el corazón latía con fuerza, como si á su vez quisiera, oxigenado y ebrio, escapársele del pecho, que es también una estrecha jaula.

—Lucas, Lucas.....—gritó con voz que hubieron de ahogar las agitaciones de la fatigadora y rápida marcha.

—¡Lucaas!—gritó después de haberse detenido un instante como para tomar aliento.

Nada, Lucas no parecía: oyóse ladrar furiosamente á un perro, y luego apareció éste amenazador y terrible por entre los jarales, y al ver al niño atenuó el ladrido, como si hubiera dicho:

—¡Vaya, eres tú..... pues me he llevado chasco!

Y humildoso y acariciador, con mucho meneo de rabo y abatimiento de orejas, el enorme perrazo fué á recibir al novillero.

Por fin Lucas se hizo ver en lo alto del cerro.

Era Lucas un muchacho colorado, con cara de hogaza triguera acentenada, y bajo, rechoncho, vestido á la campesina, de andar más lento, y menos vivo en todo que en andares y ademanes era Manolito.

—¿Has hecho *novilláa*?.... Pues *güeno* te va á poner el cuerpo el señor maestro. ¿*Pa* qué has *veníó*? Padre me echa á mí las culpas y *asina* pago yo por el señorito. Vuélvete á casa, muchacho,—dijo Lucas.

—Sí, volverme; al *instantito* estoy yo volviéndome. He traído la red y mucha liga: con que anda, *escúrrrete* y vamos á la fuente *la Mojilla*, que habrá verderones.

—¿De ganas!—replicó Lucas con el tono despreciativo de las personas que entienden y dominan algún arte y en él son prácticos hasta el acierto y diestros hasta la maestría.

—¿De ganas? Pues yo te pongo lo que quieras á que hay allí *sinfinidá* de verderones: acuérdate de la otra vez, que cogimos veintisiete.

—Pues por eso ya no hay verderones, que son *endinos* y *burnustan* la liga.

Tuvieron entre sí una larga discusión los dos camaradas cazadores, y á la postre Manolín convenció á Lucas, si no de que en la fuente referida habría verderones, de que era aquél un delicioso día para impregnar varetillas y tender las redes. Antes se detuvieron los ornitólogos en rebuscar mimbres largos, gruesos y no muy flexibles, y en apedrear á una lagartija parda de rayas grises que se había detenido á mirar con sus ojillos brillantes á los dos muchachos, asomando por la grieta de un peñasco su angu-

losa cabeza. Fué inútil el ataque: el bicho se escurrió como una centella.

—*Hamos*, tú, señoritingo—decía brutalmente Lucas,— camina, camina y vamos á *la Salera*, que por el arroyo hay pájaros en grande.

Lucas era muy abrutado y zafote: lo que Manolín había tomado de frescura y de color, de agilidad y de gracia en los campos, como asemejándose en brillo y movilidad al arroyo, á las florecillas, á los pájaros y al mismo cielo, Lucas tenía de la dureza y pesantez de las rocas, de la tosquedad de los troncos, del estático arraigo y mudo reposo de los bosques.

Al fin, y no sin embadurnar de moras las caras, parándose á buscarlas en las zarzuelas picudas y detenerse á apedrear á un gigantesco peral cargado de sazonados frutos, llegaron al arroyo: allí dispusieron astutamente las varetillas, y luego, ocultos en un escondite tras unos arbustos, guardando silencio y avivando por el acecho sus ojos, esperaron.

Ya sobre una rama se posó un pajarillo: miró abajo, miró al cielo, cautela de quien, como todas las criaturas menuditas y libres, ha de temer la artería del lobo ó la acometida fiera de las águilas tiranas; lanzó dos ó tres píos, adelgazó y esponjó su cuerpo, ajustándose á él sus plumas, y abriéndolas después hizo una viva sacudida de cabeza, y extendiendo de pronto sus alas se tiró al arroyo.....

—¡Ay! ¡ay! Ya cayó uno,—dijo á media voz, pero enloquecido de contento, el ferviente Manolín, comido de impaciencia.

—Cállate..... ó te pego una *trompá*,—le dijo Lucas.

—¿Tú á mí?.... Vamos, mejor es que te calles.

—El que se ha de callar eres tú, *conchis*: no *arreparas*

que si nos oyen no baja ni uno más; levántate con *cuidio* y recoge ese, que ya no se va.

Manolín así lo hizo, y tornó al escondite llevando en su mano al agitado pajarillo, que en los ojos expresaba una medrosa tristeza. Y así, porque uno llegaba sin que se le hubiese visto llegar; porque otro, sin más recelo, descendía como un rayo al traidor arroyo, ó bien porque algunos otros pajarillos miraban y remiraban desde una piedra, un árbol ó un arbusto las márgenes y aquellas sospechosas varillas, cayeron muchos verderones, pardillos, jilgueros, moñudos y otros pájaros.

Manolín admiraba á Lucas: éste era un maestro, y Lucas trataba á Manolín como á un mal ayudante; ya entre aquellos chicuelos se daban esas marcadas diferencias de carácter que son los más sólidos lazos de las amistades y voluntarias asociaciones humanas.

En tanto que Lucas miraba friamente el provecho de la caza y la preparaba y realizaba sin entusiasmos, poniendo en ello sus malicias y su fría y socarrona astucia de campesino, Manolín era vehementísimo en deseos, entusiasta por la caza misma, durante la cual, compadeciéndose al pajarillo, se apoderaba de él con mucha alegría; Lucas cazaba pensando en la cazuela, Manolín pensando en la jaula; el uno quería los pájaros para saborearlos, el otro para contemplarlos; lo que en Lucas era apetito, en Manolín era..... ¡quién sabe! un gozo, un placer extraño, un gusto de admirar aquella gracia viviente de sus preciosos prisioneros, á quienes luego cuidaba y amaba.

Á la caída de la tarde volvióse Manolín á la ciudad: los montes se habían sombreado; la franja zodiacal servía de fondo á los recortados, picudos y curvos perfiles de la tierra; el arroyo seguía aportando al valle el nutrimento calizo robado á las rocas lentamente, modos de ahorro na-

tural; subía en vapores lo que volvería en lluvia ó rocío; la naturaleza trabajaba, y tal vez en aquel trabajo hubiese dejado algo del germen creador en el ánimo sutil é impresionable del atrevido novillero Cabecita á pájaros.

IV.

Aventuras como la anterior le habían ocasionado á Manolín reprimendas rudísimas, castigos como los de acortar un poco el *menú* de la comida ó suprimir la merienda, y algunas veces hubo de purgar arrodillado y con los brazos en cruz su apasionado amor por el campo y la caza de pajarillos; pero la última escapatoria le valió el verse encerrado en un cuarto, ni más ni menos que un pájaro en la jaula.

Primero se sublevó contra el castigo; sintió en su alma una furiosa energía, y golpeando contra la puerta de su prisión hubo de exacerbarse colérico, ni más ni menos que hace el fiero ruiñón cuando se ve privado de su querida libertad. Después fué y vino paseándose muy agitado por el estrecho y semi-oscuro cuarto, y, por último, la privación de un ancho é ilimitado espacio donde correr, privado de la contemplación de la hermosa luz del sol, le sumieron y postraron en una profunda melancolía; quedóse silencioso, cabizbajo y quieto en un rincón, y sintiendo algo así como si le faltasen las fuerzas de la vida.

Caso bien curioso por cierto. Manolín había quedado en su cárcel tal y como suelen quedar en la jaula algunos verderones, ruiñones y jilgueros, que á veces se tornan de altivos é insurreccionados en melancólicos y abatidos, por manera que en semejante estado les sorprende la muerte.

No le fué posible en mucho tiempo intentar nueva correría, puesto que después que hubo salido del encierro se redoblaron contra él la vigilancia y represión de los padres y de los maestros.

No se le quitaba de la cabeza el recuerdo de su camarada Lucas ni el de los paisajes de *Las Gordillas*: aquellos bosquecillos y aquellas fuentes, la tierra pedregosa llena de hierbas aromáticas, el cielo y la luz, que allí le parecían luces brillantes y esplendorosas. ¡Qué afortunada existencia la de Lucas! Manolín le envidiaba: vivir siempre en el monte y en el valle, como Lucas vivía, era en verdad cosa digna de ser envidiada.

No tuvo durante largo tiempo otro consuelo sino el de cuidar celosamente á sus pajarillos, que los tenía en grandes jaulas y las colgaba en un alta solana de la casa.

Al fin un día pudo arriesgarse de nuevo á realizar otra novillada. La tarde del día anterior á aquél en que se dispuso á su aventura, había visto al padre de Lucas en la plaza de la ciudad; pero no se había atrevido á hablarle: el guarda llevaba en la mano un botecito de cristal, é iba muy pensativo y caminaba con gran priesa.

—De hablarle, sería para que avisase á Lucas de que mañana voy por allá; y si lo digo es capaz de ir á contarles á mis padres el caso..... así es que mejor es hacer como que no le visto,—se dijo Manolín.

Y al día siguiente, muy de mañana, escapó de su casa, emprendiendo por vericuetos y atajos el camino de la dehesa de *Las Gordillas*.

¡Qué ajeno estaba él, al subir, como siempre, afanoso y contento el cerrillo, á cuyo extremo empinado se veía la casa del guarda; qué ajeno estaba de hallar silenciosos aquellos sitios, y de que ni aun el perro saliera á recibirle!

Llegó á la casa é iba á llamar á la puerta, cuando resonaron unos dolorosos lamentos, y el niño vió ante sí á la tía Camila, desgñada, roja la faz y con los ojos saliéndose de las órbitas. Tendió á Manolín los brazos gritando con furiosa desesperación:

—¡Mi hijo, mi hijo de mi alma! ¿Buscas á mi hijo? ¿buscas á mi hijo? Ya no le verás, ya no le veremos, no le veremos..... Pasa, niño, pasa; despídete de él, porque Dios nos le quitó para siempre.....

¡Dios mío! ¿Cómo había sido aquello? Nadie acertaba á explicárselo: días antes Lucas había aborrecido la comida; luego se sintió abrasado por la fiebre; la cabeza le pesaba y le dolía; quedóse como amodorrado..... y el día anterior, cuando fué el cirujano, recetó: el padre se dirigió á la ciudad á comprar la medicina..... pero el remedio resultó tardío: Lucas, aquel muchachote antes robusto y fuerte, había espirado.

Manolín estuvo extático, pálido, sintiendo un pavor y una tristeza como hasta entonces no había sentido, mirando el cadáver cetrino y amoratado de su amigo; aquella rigidez y aquella inmovilidad impresionaron á Manolín, al cual le parecía increíble que si él llamaba á Lucas éste no se despertase de su sueño, y saltando del tablado no escapara con su amigo á emprender alegres correrías.

Manolín, llorando y aterrado, volvió á la ciudad y á su casa en compañía del guarda del monte, el padre de Lucas, que, silencioso y ensimismado, no hacía más que suspirar con profunda pena.

La tristeza de Cabecita á pájaros duró mucho tiempo; la impresión no se le borró jamás de la mente, y á los pocos días de ocurrir el triste suceso, Manolín hizo una cosa por demás extraña: dió libertad á todos los pájaros que tenía encerrados en sus jaulas. Vaya usted á saber el por qué

de esta determinación. ¿Fué por la pena que sentía al tener él un gozo que ya no podía compartir con su amigo Lucas? ¿Fué porque creyese que era una crueldad privar del breve tiempo de libertad á unas avecillas que al fin habrían de quedar sin libertad ni movimiento por la muerte? ¿Quién puede saberlo? ¿Cómo averiguar cuáles eran las ideas de un niño con la cabeza á pájaros? Lo que sí es cierto es que dejó para siempre la caza, y si iba al campo solía verse sorprendido por una tristeza pensadora; pero alegre ó triste, el bullicio y tumulto de sus pensamientos siguieron justificando el sobrenombre de Manolín, Cabecita á pájaros.

Y aquí acaba el cuento.

¡Qué digo, Dios mío! También yo tengo á pájaros la cabeza; pues qué, ¿había de dejarle al lector sin noticia de lo que hubo de ser después Cabecita á pájaros?

Fué un hombre extraño, vehemente; su espíritu revoló con avidez por las altas regiones de las ideas; su corazón y su cerebro, servidos por nervios muy sensibles, reflejaron las ideas y los pensamientos más varios y los sentimientos más encontrados; pero ha de decirse que por aquélla su naturaleza voluble y revoltosa, pero inocente, como ha de ser el alma de los pajarillos, propendía á lo noble y se elevaba á admirar lo grandioso.

Se hizo cantarín, se hizo poeta.

Pasó terribles inviernos de soledad, de hambre y de frío, durante los cuales hubiera aceptado la esclavitud de la jaula en cambio de algunas migajas y de algún amor; pero bastaba el aparecer de la aurora para que él se animase con vivo entusiasmo en admiración y regocijo productores.

Así es que de su mente salían al propio tiempo ideas que él fijaba en volanderas hojas de papel esparcidas á los vai-

venes del viento: en muchas de ellas podía descubrirse el asombro que sentía Cabeza á pájaros por la naturaleza, y aquella triste impresión que le había producido la muerte de Lucas, aquel revuelto acometimiento de ideas sombrías, germen de la íntima tristeza del poeta, árbol de frutos sabrosos, pero de raíz y de médula amargas.

Cabecita á pájaros no tiene cura, y con sus locos desvaríos, explotando laboriosamente su dolencia de alma, mantiene á su mujer y á sus cuatro hermosos hijuelos, sonrosados y lindos pajarillos del nido que ama y sustenta el aturdido soñador, el revoltoso inspirado Cabecita á pájaros.

JOSÉ ZAHONERO.

ALGUNOS SECRETOS DEL LENGUAJE Y ESTILO

DEL

DON QUIJOTE.



Señor Director de LA ESPAÑA MODERNA.

DUEÑO y señor mío: En un libro, de cuyo nombre no me olvidaré jamás, se hicieron no há mucho tiempo tantos y tales elogios del que esto escribe, que, por lo inmerecido de la alabanza que en ellos resplandece y por el tono ditirámico de los mismos, muestran á tiro de ballesta ser hijos, no de un ánimo desapasionado y sereno, mas de amigo á quien el cariño pone una venda en los ojos para juzgar como discreciones y lindezas las que bien examinadas no levantan una línea de lo puramente ordinario y vulgar. Sin duda hubo V. de leer en el sobredicho libro que yo había juntado hasta 230 ejemplares de otras tantas ediciones, nacionales y extranjeras, del *Don Quijote*, económicas unas, y de *gran lujo*, como en mal castellano dicen los editores, otras; cuáles enriquecidas por el saber de curiosos comentadores, cuáles ilustradas por el buril y el pincel, y algunas (codicia de los libreros piratas) que guardo, hablando á lo vulgar, como oro en paño. Supo V. además que iba yo añadiendo á esta colección

otra: la de los comentarios, glosas, continuaciones, imitaciones y la de cuantos papeles volantes caen en mis manos, si es que tocan, aunque sea de lejos, al argumento de la inmortal novela, y esto ha bastado para que sin reparar en lo difícil del caso me pidiese nada menos que un artículo *original*, á fin de que aparezca precisamente en el mes consagrado al rey de los novelistas. Así el error de V., como el de mi amigo el Dr. D. Emilio Pí y Molist, procede de que entre ambos me tienen por cervantista desde que ciertas gentes dieron en tildarme por andar enamorado de la novela príncipe. *Yo soy enamorado*, es verdad, *no más de porque es forzoso* que los maestros de literatura lo sean de alguna obra principal, y *siéndolo, no soy de los enamorados viciosos*, de los que osan imponer leyes, enmendar y corregir los dichos y hechos de la obra que escogieron para objeto de sus amores, *sino de los platónicos continentes*, de los que guardan toda suerte de miramientos á la producción literaria que rinden culto. El *Don Quijote*, como decía el buen hidalgo hablando á Cardenio de los libros de caballerías, *es el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida*; pero entienda V., vuelvo á repetir, que mi amor á él es puramente contemplativo, y aun he de confesar que si alguna vez tuve tentación de escribir algo sobre esta materia fué en mí eficazísimo remedio para desecharla el considerar que todos los temas están ya apurados, de tal forma que se hace punto menos que imposible decir nada nuevo acerca de la ingeniosa fábula y de las cuestiones que á ella le atañen y tocan.

Aquí llegaba yo, señor Director de mi alma, y aquí pensé hacer punto final, cuando á deshora, ó para que me entiendan los muchos extranjeros que hay en lengua castellana, de improviso se entró por las puertas de mi casa un amigo que el cielo me deparó en ésta, amigo á quien amo

más que á las entretelas de mi corazón, el cual, viendo que notaba una carta y que algo anejo á ella me traía pensativo y malhumorado, hubo de preguntarme la causa, y no encubriéndosela yo, le dije que por la buena que-
rencia de V. estaba comprometido á escribir algo sobre el *Don Quijote*; pero que el no ser cervantista y el ignorar cómo se adoba un artículo sobre cualquier asunto, me tenía de suerte que ni quería hacerlo ni menos estampar mi nombre en una *Revista madrileña*, y que así había resuelto quedarme sepultado en los abismos del olvido. Porque ¿cómo escribir nada nuevo, nada que tenga erudición y doctrina después de críticos tan sutiles, que bebiendo los alientos á Cervantes se han entrado bonitamente hasta lo más secreto de su alma y nos la han pintado tal como era, á saber: racionalista é incrédula? Pues ¿qué responder á esos hombres leídos y elocuentes, cuando hasta han averiguado que D. Quijote, *con ser loco y todo*, no oía misa? ¡Pues qué, cuando describen á Cervantes hecho un maestro de cocina y le dan otros títulos que el oirlo es ya un regalo y un contento! De todo esto ha de carecer mi artículo, porque ni conozco la filosofía de la Reforma religiosa, ni menos aprendí si hemos de contar al discreto complutense entre los administradores militares ó bien entre los cocineros insignes del siglo xvii.

Además, ¿cómo defender al famoso *manco* de los tajos y mandobles que contra él descarga el gramático formalista D. Diego Clemencín, por haber plagado nada menos que de mil y tantas frases incorrectas la hermosa lengua castellana!

En fin, señor y amigo mío, proseguí diciendo, mire vuesa merced si puede remediar por sí mismo esta necesidad, que yo, por mi insuficiencia y pocas letras, me hallo incapaz de complacer como quisiera al fundador de la

Revista intitulada LA ESPAÑA MODERNA. Oyendo lo cual, respondió mi amigo: semejantes escrúpulos son de niño que anda aún con la leche de la retórica en los labios, y así voy á desatar en un abrir y cerrar de ojos las dificultades que os suspenden y acobardan. Con caudal de vuestra propia hacienda, sin tildar opiniones ajenas, sin poner la vuestra por cima de la de todos, podéis muy bien presentar las cosas, no *bajo* otros puntos de vista, pues que sería imposible verlas, sino *desde* otros puntos de vista, para que contempladas por nuevos aspectos y visos diferentes aparezca más clara y brillante la hermosura del objeto de nuestro común amor.

Con paz sea dicho, el toque para dar con el secreto que guarda las maravillas del más prodigioso de los libros modernos, está todo él, no en la averiguación de que su autor fuese psicólogo, político, médico, jurista ó teólogo, sino más bien en lo que pide y exige la novísima crítica para llamar de buena voluntad *interesante y grande* á una obra de entretenimiento.

No seré yo ciertamente quien niegue de plano que pueda haber en el *Don Quijote* ésta ó aquella alusión á sucesos contemporáneos, si bien no tantas como imaginan los inquisidores de vidas ajenas; quizá se encuentre escondido en algún rinconcito de la novela su poco de simbolismo; mas no se ha de buscar ahí lo que la realza á los ojos del lector, sino en ser una obra *humana y universal*, como ahora dicen. No parece sino que Cervantes quiso satisfacer á críticos descontentadizos y cumplir el canon más difícil, aun antes que se promulgase, de la estética moderna.

Con profundo silencio estuve escuchando todas y cada una de las razones de mi amigo; y viendo que ya callaba le invité, tanto era el placer que en ello recibía, á pro-

seguir la comenzada plática, el cual la continuó de esta suerte:

Digo, pues, que los admiradores de Cervantes, quizá sin percatarse de ello, le han hecho el más grande de los desfavores, porque si les diésemos crédito fuera preciso imaginárnosle disparando el dardo de la sátira ó de la injuria, no en cada capítulo, mas en todas las páginas del asendereado libro, lo cual contradicen á una aquella condición mansa y humilde de su alma, y aquel singularísimo toque de belleza ó de bondad que con tanta complacencia pone siempre aun en los personajes más feos y ruines que intervienen en la acción de la ingeniosa fábula.

¡Bien haya, pues, esotra crítica *humana, transcendental*, ó como os plazca llamarla, que, ocultando á nuestras miradas el fementido lecho en que se revuelcan el pesimismo y la desventurada envidia, nos abre camino, si la traemos en apoyo de lo que voy diciendo, para concluir que lo que nos enamora, lo que pone á nuestros ojos en gran predicamento á la primera entre las obras de imaginación, es que en ella luce, perfumándola y llenándola de magnificencia, una significación *altamente humana*, pues que, conteniéndose y cerrándose su autor en los estrechos límites que le ofrece la seca y descolorida historia de D. Quijote y Sancho, *trató con habilidad, suficiencia y entendimiento de todo el universo* (parte II, cap. 44), y llevó, al compás que la voz de su siglo, la de los tiempos venideros, con la cual industria le fué dado tener la dicha, á muy pocos concedida, de hacer pensar y sentir á los demás, al través del tiempo y la distancia, lo que él pensaba y sentía; de arrancar lágrimas y aplausos, no á ésta ni á aquella otra, mas á todas las generaciones y á cada uno de nosotros, obligándonos á vivir la vida de su espíritu y forzándonos á decir tras la lectura de este libro: en verdad, en verdad, las consecuen-

cias de los sucesos que aquí se narran me tocan de cerca; y siendo cierto como lo es que todos los hombres nacemos hermanos, debo de hoy en más tener á D. Quijote como objeto de amor y respetuosa compasión, no que de burla y escarnio, según con torpeza presume la gente de condición apicarada y maleante!

Por Dios, hermano, hube de replicar maravillado del profundo sentido que encierra tan hermosa crítica: ahora acabo de conocer la buena ventura mía al hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, pues sólo ahora es cuando comienzo á ver clara y distintamente la grandeza de ese prodigio de los partos del ingenio; pero como el resolverse á entrar de lleno en semejante campo pide más espacio y otro vagar del que nosotros disponemos, querría yo, puesto que sois cariñoso y bien entendido, que, abatiendo un poco el vuelo, me hiciéreis la merced de resolver ciertas dudas que há tiempo roban el sueño á mis ojos, pues bien que sean, como lo son, nacidas de cosas humildes, todavía tienen poder bastante para suspender y admirar á cuantos se paran á contemplarlas. Dígolo, porque algo maravilloso debe de haber en lo que atañe al estilo de tan singular novela cuando por ello ha merecido su autor que á la muy rica y gallarda lengua de Castilla se le dé, siempre que hablamos con novedad y elegancia, el claro y dulcísimo nombre de *la lengua de Cervantes*.

De ella fué y es el Secretario perpetuo; y ya que secretario (*minister à secretis*, decían los latinos) vale tanto como *el que está en los secretos*, sería bien me digáis cuáles sean los que se guardan y esconden en libro tan portentoso.

Rem difficilem postulasti, respondió mi carísimo amigo. Las prendas, añadió, que hermocean el estilo de Cervantes, tocan en cierto modo con lo misterioso é indescifrable, de lo cual tenéis una prueba en que hasta el presente

sólo un crítico, D. Gregorio Garcés, se atrevió á levantar una punta del velo que las cubre; y salvo censuras tan impertinentes como las de Avellaneda, que le tacha de humilde; las de Villegas, Foronda y algunas de Clemencín, todos á porfía se extienden, pero vagamente, en su elogio, y el raudal de las alabanzas, como si saliera de fuente inagotable, jamás se disminuye. Mas nadie ha intentado probar cómo se pueda compadecer el que teniendo como tenemos á Cervantes por *ingenio casi lego*, por uno de los escritores menos académicos y uno de aquéllos en quienes las reglas de la gramática sufren más excepciones, sea con todo eso su *Don Quijote* el mejor y más único dechado de nuestra prosa, luz y espejo de la lengua castellana; obra que vence en autoridad, porque en ella están cifradas todas las gracias del bien decir, á las de los cultivadores más ilustres del idioma patrio, y, en suma, desde que Apolo fué Apolo, el poema más divino que ha salido á la luz del mundo, ya que á su ejecución presidieron, llenas del mayor entusiasmo, las Gracias y las Musas.

Cogido le tengo, como en cierta ocasión decía Sancho á su amo. Si Cervantes, desdeñando los fríos retoques de la lima, escribió sólo á impulsos del arrobo mental, no acierto á explicarme cómo pueda ir junto este escribir *á vuela pluma* con el encanto y la magia de su estilo, con el peregrino y gustoso modo de decir que tanto nos enamora, ni con que á él se acuda en última apelación para dirimir los pleitos sobre puntos de lenguaje. Aunque venga toda la Orden de Predicadores con el Clemencín en la mano y me eche un sermón por cada uno de los descuidos, contradicciones y abominables pecados contra una sintaxis que no se había formado aún, no será parte á convencerme de que se escribiese al correr de la pluma el primer libro de las literaturas modernas. Y si no, dígame: ¿quién

será tan simple que vaya á creer pudieran salir, como Minerva del cerebro de Júpiter, herloseados con afeites retóricos y dijes del aula, no sólo la manoseada pintura de la *edad de oro* (con la que no pueden entrar en competencia ni la descripción del Paraíso, que se lee en el poema de San Avito, ni el trozo que, á imitación de Plutarco, pone Rousseau en su Emilio contra el uso de comer carne de animales) y el curioso *Discurso sobre las armas y las letras*, mil veces citado en los manuales de Retórica, mas también aquella prefación ó introducción del libro, que tanto trabajo le costó; aquel comenzar «*En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, etc.....*» (parte I, cap. 33), y aquel otro: «*En un lugar de las montañas de León tuvo principio mi linaje, etc.....*» (Idem, cap. 39.)

Y si me decís que este artificio se debe á que de antemano había escrito las novelas del *Curioso impertinente* y la del *Capitán cautivo*, he de preguntaros si también había cortado ya, para coserlos á su narración, el elocuentísimo trozo (parte II, cap. 32) en el que D. Quijote se defiende de las reprensiones que le dió el capellán de los Duques, y el no menos patético de Sancho Panza, al confesar (idem, cap. 33) por qué seguía á un mentecato y loco como lo era su señor. Ni valga aquí el decir que todos somos elocuentes en ciertos momentos de la vida, pues nada le iba en estos ataques á la honra del novelista, ni es dable presumir tan encendido fuego por seres que tienen tanto de reales, *objetivos*, diría un hegeliano, como el *ave fénix*; y si todavía insistís en sostener que no es de maravillar se descubra en estos dos últimos pasajes al escritor, ya que tocan á lo más vivo del alma de la historia, os volveré á preguntar si está en igual caso y si pudo componerse en cinco minutos esta cláusula perfectamente torneada:

«En esto ya comenzaban á gorjear en los árboles mil

suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la enhorabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor, bañándose las yerbas, parecía asimismo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófara. Los sauces destilaban maná sabroso; reíanse las fuentes; murmuraban los arroyos; alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida.» (Parte II, capítulo 14.)

¿Y qué me responderéis después de examinar esotra en la que resplandece el *ne quid nimis*, no ya de Horacio, sino del más engomado de los retóricos y clasicón á lo Hermosilla?

«Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la obscuridad de la noche; gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos.» (Parte II, cap. 67.)

Ahora bien, ¿qué reparos ó tachas pueden ponerse á la belleza, á la redondez de este período, á la exactitud de sus ideas, á la armonía y perfección de su lenguaje y estilo? Los mismos que á esotra, por no fatigaros con trozos de más extensión:

«¿Has leído en las historias otro que tenga ni haya tenido más brío en el acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar?» (Parte I, cap. 10.)

Pues á esta carga cerrada que me hacéis con citas muy pertinentes al asunto, no hay otra respuesta, algo descortés, lo confieso, de que osaré jurar no habéis entendido mi anterior razonamiento.

Yo no he dicho, ni lo diré jamás, que Cervantes escribiese de priesa y sin detenerse en retocar y limar sus obras, en lo cual estoy conforme con vos: en lo que me separo, en lo que aparezco *discrepante*, es en sostener que no siendo nuestro escritor *académico* á lo Fr. Luis de León, gramático á la manera de Quevedo, ni *estilista*, paso al vocablo, al modo de Solís, tiene con todo eso el mérito de ser, en lenguaje y estilo, único.

No entro yo en el número de los ciegos panegiristas que, empeñados en sacarle airoso siempre y en todo momento, y cerrándose de campiña, juzgan por lindezas y primores el pecado, aunque no sea sino venial, de la distracción, y otros contra los fueros de la buena gramática y sana retórica, que, por su reconocida gravedad, no los pueden absolver ni los maestros más indulgentes en punto á deslices técnicos; pero tampoco quiero irme con la corriente de lo que han sentido algunos, al sostener que fué un escritor profano en este linaje de conocimientos, pues ahí está para desmentirlo el empeño mostrado varias veces de que algo se le alcanzaba en lo que atañe á disquisiciones lingüísticas. Y si no, véase cómo discurre en materia tan delicada y sutil cual la de voces sinónimas:

«..... porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia, como mejor vuestra excelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hacer y la hace y la sustenta; el agravio puede venir de cualquier parte sin que afrente. Sea ejemplo: está uno en la calle descuidado; llegan diez con mano armada, y dándole de palos, pone mano á la espada y hace su deber; pero la muchedumbre de

los contrarios se le opone y no le deja salir con su intención, que es de vengarse: este tal queda agraviado, pero no afrentado; y lo mismo confirmará otro ejemplo: está uno vuelto de espaldas, llega otro y dale de palos, y en dándoselos, huye y no espera, y el otro le sigue y no le alcanza: éste que recibió los palos recibió agravio, mas no afrenta, porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió á hurta cordel, pusiera mano á su espada y se estuviera quedo haciendo rostro á su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente: agraviado, porque le dieron á traición; afrentado, porque el que le dió sustentó lo que había hecho sin volver las espaldas y á pie quedo.» (Parte II, cap. 32.)

Y para mayor abundamiento, será bien recordar aquella pesadez de D. Quijote en hacerse maestro de niños, que á esto equivale la continua reprensión á Sancho por los vocablos corrompidos y estropeados que inoportunamente amontona no pocas veces en la conversación. He aquí cómo moteja de grosero y torpe al verbo *regoldar*: «Ten cuenta (dice al ya electo Gobernador de la ínsula Barataria) de no mascar á dos carrillos ni de *erutar* delante de nadie..... *erutar* quiere decir *regoldar*; y éste es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo, y así la gente curiosa se ha acogido al latín.» (Parte II, cap. 43.)

¿Se había publicado por aquellos días alguna gramática en la que se consignase la minuciosa observación de que el verbo *deber* seguido de la preposición *de* significa *duda, probabilidad, presunción ó sospecha*, y usado sin la dicha preposición tiene el valor de una afirmación *categorica y absoluta*? Pues el muy desenfadado de Clarín, que no há mucho tiempo sentó tan buen palmetazo á un cierto novelista, premiado y todo, por mostrar que desconoce esta

reglilla, esta nonada, tendría que quedarse con las ganas de descargarlo sobre la mano de Cervantes, porque este otro, novelista también, desdeñado *de ó por* sus contemporáneos, mas agasajado por nosotros, lleva muy bien la cuenta de entrambas significaciones y cuida no incurrir en muchos de esos *peccata minuta* que prestan tan buenos servicios á Clarín y á Escalada siempre que, movidos por la intención más sana del mundo, tratan de sonrojar á los escritorzuelos que corren ahora por esta España de mis pecados.

Y para que veáis que no me voy con esos atrevidillos que están muy ufanos porque son los únicos en gozar el prestigio de la afirmación sin pruebas, os leeré unos cuantos ejemplos que vienen como anillo al dedo. Claramente se verá en ellos el cumplimiento de una y otra regla.

1.^a «..... que me parece que *debe de* estar demasíadamente cansado, si ya no es que está mal ferido.» (Parte I, cap. 7.^o)

«Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa, y tales *debieron de* arder que merecían guardarse en perpetuos archivos.» (Parte I, cap. 7.^o)

«..... por lo que creo que *debe de* estar su ánima á la hora de ahora, gozando de Dios en el otro mundo.» (Parte I, cap. 12.)

«..... mas ellas, que á lo que parece *debían de* tener más ganas de pacer que de al.....» (Parte I, cap. 15.)

«Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced *debe de* ser menguado.» (Parte II, cap. 41.)

«..... sólo sé decir que si la señora Magallanes ó Magalona se contentó destas ancas, que no *debía de* ser muy tierna de carnes.» (Parte II, cap. 41.)

2.^a «..... y fué que le vino á la memoria que no era

armado caballero, y que conforme á la ley de caballería no podía ni *debía* tomar armas con ningún caballero.» (Parte I, cap. 2.º)

«..... y así como á único de su arte se *debe* perdonar.» (Parte I, cap. 6.º)

«..... cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y *debiendo* ser los historiadores puntuales, etc.» (Parte I, capítulo 9.º)

«..... así que no *debes* congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte de ellas.» (Parte I, cap. 18.)

«El señor mi amo sí que es parte suya, pues la llama á cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo suyo; se puede y *debe* azotar por ella.» (Parte II, cap. 35.)

«..... no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes. Así es verdad, replicó D. Quijote, por lo cual los de no principios nobles *deben* acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad.» (Parte II, capítulo 42.)

Centenares de textos pudiera añadir á los ya citados, y aún me fuera fácil echar aquí un sermoncico á los autorzuelos que andan en tratos ilícitos con Madama la lengua francesa, la cual les trae á tan mal traer y les pone tan anémicos, y les deja tan sin gota de sangre española y tan cargados de deudas, que parte el alma de pena verles y oírles repetir sin ruborizarse: *yo debo, yo debo, yo debo; nosotros debemos, nosotros debemos, nosotros debemos.*

No estaría de más exhortar á estos menguados ingenios poniéndoles ante los ojos el dechado de virtud que nos dejó Cervantes. Fué pobre, convendría decirles; hubo de mendigar el sustento, y hasta recibirlo de mano de los criados de sus protectores acaso con aspereza y vilipendio; pero al mismo tiempo mostró tal repugnancia á las

deudas, que huía con gracioso modo de afrontarse con el verbo *deber* en las mil y mil ocasiones en que los escritores incipientes confiesan no podérselo sacudir de la pluma.

Los vocablos que á continuación me voy á *tomar la libertad* de subrayar, porque el *permitirme* á mí mismo sería archi-necio, os dirán elocuentemente el recurso de que se valió nuestro novelista para no encontrarse con ese cara de herejote que llamamos el verbo *deber*.

«Primeramente, oh hijo, *has de* temer á Dios;» «lo segundo *has de* poner los ojos en quien eres.» «*Haz gala*, Sancho, de la humildad de tu linaje.» (Parte II, cap. 42.)

«Lo primero que te encargo es que *seas* limpio.» «No *andes*, Sancho, desceñido y flojo.» «No *comas* ajos ni cebollas.» «*Sé templado* en el beber.» «*Ten cuenta*, Sancho, de no mascar á dos carrillos.» «Cuando subieres á caballo, *no vayas* echando el cuerpo sobre el arzón.» «Jamás *te pongas* á disputar de linajes.» (Parte II, cap. 3.º)

Á este tenor sería bien ir notando los desaires que tales escribidores hacen á esta honestísima matrona que decimos lengua castellana, los cuales, por vivir muy engañados, cuentan rendirla á los primeros encuentros que á ellos les plazca, como si fuera una vil y desvergonzada mujerzuela; mas quédese esto para cuando el cielo permita que salga á luz cierta *Guía de pecadores..... iliteratos*, que há tiempo estoy componiendo, y valga lo que últimamente se ha dicho para convencernos de que sabía sentar la pluma el que de tal suerte ameniza y engalana su estilo. Pormenores son éstos en los que ningún comentador ha cargado hasta el presente su consideración, sin duda por imaginarse que el oficio de artista no comienza por la elección del vocablo y por el giro particular que á la frase da cada uno de los escritores. Mas yo, que entiendo ser estas menudencias el primer fundamento del estilo, afir-

mo que no gastó pluma tan mal tajada quien haciendo de crítico se encara con el autor *tordesillesco* y le reprende porque la usó de *avestruz*, *grosera* y *mal adeliñada*, por no ser carga para sus hombros ni asunto para su resfriado ingenio el narrar las hazañas del muy valeroso D. Quijote de la Mancha.

Pero dejando estos sermones para otra clase de oyentes, vengamos al punto culminante de los secretos que se hallan en el estilo de la tan repetida novela.

Tengo para mí que si bien las ideas son de todo el mundo, de tal suerte se las apropian y transforman los grandes ingenios, que llegan á mirarlas como si fueran hijas de su entendimiento. En ellas ponen los artistas el abrasado amor de su corazón, y no les permiten que salgan á conquistar la tierra y desafiar á los siglos hasta que las han vestido y adornado con la única armadura que puede ser parte á conseguir, junto con la victoria, el don de la inmortalidad.

Que Cervantes no se eximiese, como ligeramente juzgan muchos, de este amor á la mejor creación de su fecundo ingenio, nos lo persuaden á una los ejemplos que vos mismo habéis recordado, y el dicho de Sansón Carrasco cuando afirmó que «la tal historia es del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto.» (Parte II, cap. 3.º)

El que aprendió de memoria algún capítulo del *Quijote*, al leerlo nuevamente no puede recibir este gusto y placer de que habla el amigo del andante manchego, porque el texto no le dice más de lo que aquélla le recuerda; pero el que no lo tomó de coro, aunque tenga presentes los lances y pormenores de todas y cada una de las aventuras, y aunque las haya leído centenares de veces, siempre encuentra en la narración algo que le admira y suspende.

Luego el mérito de este libro ha de buscarse, no ya sólo en la gracia de las escenas, en el embeleso de las descripciones, en lo bien sostenido de los caracteres y en la naturalidad con que hablan los personajes, sino además en lo escogido de las palabras y en su artística colocación, esto es, en esós *peccata minuta* que damos al olvido los que aún ignoramos cómo se ha de tomar la pluma cuando se escribe para el público.

Con cuánta complacencia leemos todos los españoles aquel pasaje del *Ingenioso hidalgo*: «El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada le dejó ir á la buena hora.

»CAPÍTULO IV.

»*De lo que sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.*

»La del alba sería cuando D. Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado, por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo.» (Parte I.)

Pues la concisión y donaire de esta graciosa elipsis no ha de tenerse por casual. ¿Y cómo podrá serlo si de este género las hallaréis esparcidas á centenares en el discurso de la obra? D. Vicente Salvá, aunque con otro objeto, recogió unas cuantas, de las que á fin de no copiarle os hago gracia; mas no tengo fuerzas para resistir á la tentación de leeros éstas que há días llevo anotadas en mi Quijotín de batalla:

ELIPSIS.

«Pidiéronle de lo caro. Respondió que su señor no lo tenía; pero que si querían agua barata, que se la daría de

muy buena gana. Si yo *la tuviera* de agua, respondió Sancho, pozos hay en el camino donde la hubiera satisfecho.» (Parte II, cap. 24.)

«..... pero el Duque no lo consintió en ninguna manera; antes, apeándose de su caballo, fué á abrazar á D. Quijote, diciéndole: Á mí me pesa, señor Caballero de la Triste figura, que *la primera* que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto.» (Parte II, cap. 30.)

«Á lo que respondió Sancho: Querría que vuesa merced *me la hiciese* de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mío.» (Parte II, cap. 31.)

«..... advertid, Sancho amigo, que Doña Rodríguez es muy moza, y que aquellas tocas más las trae por autoridad y por la usanza de los años. *Malos sean* los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dije por tanto.» (Parte II, cap. 31.)

«No ha de acortar tal, dijo la Duquesa, por hacerme á mí placer; antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis días, que *si tantos* fuesen, serían para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida.» (Parte II, cap. 31.)

«..... quien no puede recibir afrenta, menos la puede dar, por las cuales razones yo no debo sentir ni siento *las* que aquel buen hombre me ha dicho.» (Parte II, cap. 32.)

«..... se fué á hincar las rodillas ante la Duquesa, y dijo: De grandes señoras, grandes mercedes se esperan: *ésta* que la vuestra merced hoy me ha fecho.» (Parte II, capítulo 33.)

«Á estas razones, sin responder con *alguna*, se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado y el dedo puesto sobre los labios, anduvo por toda la sala levantando los doseles.» (Parte II, cap. 33.)

«..... ya sabe el buen Sancho que lo que una vez promete un caballero procura cumplirlo, aunque le cueste la vida. El Duque, mi señor y marido, aunque no es de *los andantes*, no por eso deja de ser caballero.» (Parte II, cap. 33.)

«..... que le esperes en el mismo lugar que te topare, á causa que trae consigo á la que llaman Dulcinea del Toboso, con orden de darte *la* que es menester para desencantarla.» (Parte II, cap. 34.)

«..... acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos y hizo que un paje hiciese de Dulcinea. Finalmente, con intervención de sus señores, ordenó *otra* del más gracioso y extraño artificio que puede imaginarse.» (Parte II, cap. 36.)

«..... así que, por una vía ó por otra, tú has de ser rica y de buena ventura. Dios te *la dé* como puede, y á mí me guarde para servirte.» (Parte II, cap. 36.)

«Sosegados todos y puestos en silencio, estaban esperando quién *le* había de romper, y fué la Dueña Dolorida con estas palabras.....» (Parte II, cap. 38.)

«..... y si por el señor D. Quijote no somos remedios, con barbas nos llevarán á la sepultura. Yo me pelaría *las mías*, dijo D. Quijote, en tierra de moros, si no mediase las vuestras.» (Parte II, cap. 40.)

«..... vuesa merced, señor D. Quijote, suba sin pavor alguno, y á mi daño si *alguno* le sucediere.» (Parte II, cap. 41.)

«..... y que por huir de ese inconveniente había usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del *Curioso impertinente* y la del *Capitán cautivo*, que están como separadas de la historia, puesto que *las demás* que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo D. Quijote, que no podían dejar de escribirse.» (Parte II, cap. 44.)

«..... de los muchos ofrecimientos que vuestra excelencia me hace, solamente acepto y escojo *el* de la voluntad con que se me hacen.» (Parte II, cap. 44.)

«..... según se me ha traslucido, la que más campea entre sus muchas virtudes es *la* de la honestidad.» (Parte II, cap. 44.)

«Á lo cual dijo D. Quijote: Vuestra altitud ha hablado como quien es, que en boca de las buenas señoras no ha de haber *ninguna* (*palabra*) que sea mala.» (Parte II, capítulo 44.)

«..... con lo que quedaron D. Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración y no mostrara claro la diferencia de los dos D. Quijotes y la de los dos Sanchos, sus obras y sus palabras. *Muchas* de cortesías y ofrecimientos pasaron entre D. Álvaro y D. Quijote.» (Parte II, cap. 72.)

Bien se me alcanza que harto os habréis fatigado en oír la lectura de tan continuadas elipsis; mas con todo eso no me era fácil pasarlas en silencio, queriendo, como quiero, sacar á las barbas del mundo esa gran mentira de que el *Don Quijote* se escribió de prisa, sin reflexión alguna, é ignorando Cervantes lo que se hacía en todo lo que toca á pormenores de lenguaje y estilo. Son ellas de tal condición, que se bastan y sobran para dejarnos entrever el *espontáneo artificio*, si vale la paradoja, que usó siempre el que con ésta ó parecida industria ha llegado á enseñorearse cual ningún otro de la lengua patria.

Pero si no os satisfacen por entero las dichas razones, sabed que me ampara en este juicio una autoridad como no podía acertar á desearla.

«..... el que más ha mostrado desearle ha sido el grande Emperador de la China, pues en lengua chinesca habló un mes que me escribió una carta con un propio, pi-

diéndome, ó por mejor decir, suplicándome se le enviase, porque quería fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana, y quería que el libro que se leyese fuese el de la historia de *Don Quijote*.» (Parte II, Dedicatoria.)

Nunca me persuadiré, en vista de tales palabras, de que se burlara de su misma obra el gran novelador al proponerla como único modelo de lengua castellana; antes me doy á entender que la tenía por tan buena y bizarra como el mejor libro de nuestros clásicos, y aun dos deditos más.

Que se le entendía muy mucho en achaque de estilo (sin que vayáis á imaginar que desconozco las imperfecciones nacidas en horas de desaliento), os lo mostraré un determinado secreto, quizá el mayor, que aún no he revelado á nadie. Ya tarda vuesa merced en manifestarlo, dije á esta sazón. No querría yo, repuso él, que lo que ahora me place declarar en el seno de la confianza, amaneciese á otro día en las páginas de esa Revista que intituláis ESPAÑA MODERNA, y se llevase algún curioso las albricias que por la tal nueva se me deben. Os prometo por mi vida que lo guardaré en lo más íntimo y reservado de mi alma. Bajo ese presupuesto, y á condición de que nadie nos oiga, voy á decirlo; mas antes querría yo tener por unos momentos el buen donaire y la gracia de un cierto andaluz, para contaros, pues aunque no lo parezca viene aquí como de molde, el caso que él me refirió.

Es, pues, de saber que allá en Granada, por los años de 1870, había un famoso orador sagrado, tan único y singular, que con su *piquito* de oro, con su elocuencia esplendorosa y de suavísima delectación, traía enamoradas y se llevaba tras sí las gentes, no sólo de la hermosa ciudad que bañan el Darro y el Genil, sino también las de toda la región andaluza. Como por aquellos días hubiese llegado hasta mí la fama que el insigne predicador se había

granjeado, hube de preguntar al primer granadino que topé si corrían ya impresos los sermones de B. C. Á lo que respondió con mucha desenvoltura: Aún no los ha dado á la estampa, hermano y señor; pero no se aflija por eso, pues quiero decirle ahora el artificio y la traza de que se vale para componerlos. Estéme vuesa merced atento y vaya conmigo. Cuando se le confía un sermón á este tal orador, toma bonitamente, junto con unas cuartillas en blanco, el *Diccionario de la lengua*, y á medida que recorre sus páginas va *cogiendo* las palabras más bellas, las más dulces, suaves y deleitosas, y sembrándolas al acaso en las cuartillas que tiene delante, cátese compuesto con vocablos pulidos, elegantes, y tocado con esa elocuencia de *cold-cream* que Dios le dió, un discurso, una verdadera pieza oratoria, por la que diríase que corren arroyos de leche y miel.

Esto es lo que yo, continuó diciendo mi discreto amigo, no podía dejar de contaros, para que esculpiéndose en vuestra memoria sea parte, supuesta la antítesis que nos ofrece, á poner de resalto el mérito que se encierra en el estilo de la muy celebrada y sin par novela.

Después de esto, que más se parece á una historia *verdadera* que á un cuento andaluz, no hay sino decir: pues lo que al *Don Quijote*, cuya belleza se deja atrás las mayores que encarecerse pueden, le ha hecho famoso y estimado, lo que en él más nos admira y suspende, lo que en gran manera realza á los ojos de los españoles su muy galano y vistoso lenguaje, es, para encerrarlo en breves términos, el que, junto con el mal cariño que siempre mostró su autor á las palabras estiradas, resplandece y se hace ver en todas las páginas del libro una cierta novedad, gentileza y gallardía (que no se advierte en el mismo grado en ninguna otra obra castellana), nacidas de

amor generoso y expansivo, y, si me permitís hablar á lo moderno, de una muy singular efusión de simpatía, bien por las voces desgastadas ya á fuerza del continuo uso, bien por los vocablos más humildes, bajos, ruines y feos que hay en el idioma.

No sé si he dicho otra vez, y si lo he dicho lo vuelvo á sostener, que el primer escalón para subir á la cumbre del estilo comienza en la ingeniosa elección de los vocablos, y que, por tanto, caen dentro de su jurisdicción, ya que de todas estas grandes y mínimas partes se compone, así las imágenes y demás afeites retóricos, como las mismas palabras de que ellos se sirven. Y aun cuando esto no fuera verdad, lo sería siempre el que en estricto derecho á él pertenecen casi todos los ejemplos que ahora quiero leer; supuesto que en la mayoría descubriréis regaladas imágenes, personificaciones y arreo de figuras elegantísimas que roban la atención y el aplauso de cuantos se pararán á contemplarlas.

Mucho me holgaría en que viéseis el fruto que nace de comparar estos modos de decir con los que se leen en el Mtro. León, en el P. Márquez y en otros clarísimos prosistas; pero iríamos tan lejos en este camino, que será forzoso no emprenderlo hasta que haya más comodidad y espacio del que hoy se nos consiente.

Es el verbo el rey de la oración, y como á señor de la misma festejan y agasajan las otras partes que entran á componerla. Por ello, y por el temor de no fatigaros más, me propongo que únicamente salgan á lucir en este sitio unos cuantos verbos que muestren la gala, la riqueza y agraciados giros que están escondidos en ese tesoro de lengua llamado, como muy bien sabéis, el *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Sospechando piadosamente que no andáis enamorado

de la didáctica ni de su ceñuda hija la sequedad, he traído conmigo, para que nos acompañe durante esta conversación, á vuestra dulce amiga la amenidad.

Quisiera yo que no se marchase hasta dar por terminada nuestra plática, aunque, si bien se mira, no habemos ya menester de su presencia, siendo Cervantes, que tiene más gracias que llovidas, el que comienza á hablar desde este momento:

Abrir.—«..... si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mías, por la integridad de vuestra justicia, pueden *abrir* puertas á la misericordia, usadla con nosotros.» (Parte II, cap. 73.)

Andar.—«..... y porque naturalmente soy poltrón y perezoso de *andarme* buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos.» (Parte I, Prólogo.)

«..... *anduvo enamorado*, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cata dello.» (Parte I, cap. 1.º)

«..... señor D. Quijote, perdóneme vuesa merced, que yo confieso que *anduve* mal, y no dije bien en decir que apenas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma.» (Parte II, cap. 23.)

«..... decidme, hermano escudero, ¿éste vuestro señor no es uno de quien *anda* impresa una historia que se llama del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha?*» (Parte II, cap. 30.)

«..... *andar*á el tiempo, y según las ocasiones así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares.» (Parte II, cap. 43.)

Apretar.—«..... *apretándole* á ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar y abusos que mejorar y deudas que satisfacer.» (Parte I, cap. 2.º)

«Requebrábanle como á hurto las damiselas, y él también como á hurto las desdeñaba; pero viéndose *apretar* de requiebros, alzó la voz y dijo.....» (Parte II, cap. 62.)

Atenuar.—«..... ni la amarillez de mi rostro ni mi *atenuada* flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesión que hago.» (Parte II, cap. 16.)

Arrimar.—«..... sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrara bien al descubierto cuando por sí solas (las novelas del *Curioso impertinente* y la del *Capitán cautivo*), sin *arrimarse* á las locuras de D. Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz.» (Parte II, cap. 44.)

Atar.—«Finalmente, tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de *atarles* las lenguas y temprarles la sed, que quitársela fuera imposible.» (Parte II, cap. 14.)

Atravesar.—«Plega al cielo que los jueces que os quitaran el premio primero, Febo los asaetee y las Musas jamás *atraviesen* los umbrales de sus casas.» (Parte II, cap. 18.)

Besar.—«..... el río Tajo fué así dicho por un Rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano, *besando* los muros de la famosa ciudad de Lisboa.» (Parte I, Prólogo.)

«Al cabo y fin de las hileras venía una señora, que en la gravedad lo parecía, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas, que *besaban* la tierra.» (Parte II, cap. 23.)

«Quedó D. Quijote, después de desarmado en sus estrechos gregüescos y en su jubón de camuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por dentro se *besaba* la una con la otra.» (Parte II, cap. 31.)

Cobrar.—«..... pues estaba muy puesto en razón que,

mudando su señor estado, mudase él también el nombre y le *cobrase* famoso y de estruendo.» (Parte I, cap. 1.º)

«Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimación de los que saben dónde se *cobraron*.»

«Visto lo cual por el hidalgo, le preguntó: ¿Qué hacéis, hermano? ¿qué besos son éstos? Déjeme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer Santo á la jineta que he visto en todos los días de mi vida. No soy Santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debéis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Volvió Sancho á *cobrar* la albarda, habiendo sacado á plaza la risa de la profunda melancolía de su amo y causado nueva admiración á D. Diego.» (Parte II, cap. 16.)

Colgar.—«..... estaba yo *colgado* de sus palabras.» (Parte I, cap. 27.)

«Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como *colgados* todos los criados de casa y todos cuantos le oían.» (Parte II, cap. 62.)

Correr.—«..... sólo me contento con advertirle á vuesa merced que siendo poeta podrá ser famoso si se guía más por el parecer ajeno que por el propio, porque no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento *corre* más este engaño.» (Parte II, cap. 18.)

Dar.—«Y Plutarco os *dará* mil Alejandro.» (Parte I, Prólogo.)

«Se *daba* (D. Quijote) á leer libros de caballerías.» (Parte I, cap. 1.º)

«..... y que él asimismo en los años de su mocedad se había *dado* á aquel honroso ejercicio.» (Parte I, cap. 3.º)

«Y *dió* con ellos por la ventana abajo.» (Parte I, cap. 6.º)

«*Dió* en sustentarse de sabrosas memorias.» (Parte I, cap. 8.º)

«Que ya *daba* al diablo el tanto hablar del cabrero.» (Parte I, cap. 12.)

«Y cuál hay que sin *dar* vado ni tregua á sus suspiros.....» (Parte I, cap. 12.)

«*Dió* voces á la soledad.» (Parte I, cap. 13.)

«Pero á él le *dieron* vislumbres de preciosas perlas orientales.» (Parte I, cap. 16.)

«Y se *dió* á esperar á su puntualísima Maritornes.» (Parte I, cap. 16.)

«Que no se *daban* punto de reposo.» (Parte I, cap. 16.)

«Y cada uno se *dé* una vuelta á la redonda.» (Parte I, cap. 22.)

«Que no se *daba* manos á cubrirse con la rodela.» (Parte I, cap. 22.)

«No era Luscinda mujer para tomarse ni *darse* á hurto.» (Parte I, cap. 24.)

«A lo que Sancho respondió: Después que tengo humos de gobernador, se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me *da* por cuantas dueñas hay un cabrahigo.» (Parte II, cap. 38.)

«..... muchos, llevados de la atención que piden las hazañas de D. Quijote, no la *darían* á las novelas, y pasarían por ellas apriesa ó con enfado.» (Parte II, cap. 44.)

Deber.—«Á vuesa merced suplico, por lo que *debe* á ser caballero, sea servido de hacer una declaración ante el Alcalde deste lugar.» (Parte II, cap. 72.)

Dormir.—«Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y antes que vuesa merced llegue á despertarme la cólera, haré yo *dormir* á garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en el otro mundo, en el cual se sabe que no

soy yo hombre que me dejo manosear el rostro de nadie.» (Parte II, cap. 14.)

Entrar.—«..... la valentía que se *entra* en la jurisdicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza.» (Parte II, cap. 17.)

Estar.—«No *estaba* muy bien con las heridas que Don Belianís daba y recibía.» (Parte I, cap. 1.º)

«Pero sobre todos *estaba* bien con Reinaldos de Montalbán.» (Parte I, cap. 1.º)

«Mejor *estaba* con Bernardo del Carpió.» (Parte I, capítulo 1.º)

«..... que á él le parecieron dos hermosas doncellas, ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se *estaban* solazando.» (Parte I, cap. 2.º)

«Las mozas, que no *estaban* hechas á oír semejantes retóricas.....» (Parte I, cap. 2.º)

«..... que muchas veces le aconteció á mi señor tío *estarse* leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos días con sus noches.» (Parte I, cap. 5.º)

«..... que me sabrá dar todo aquello que me *esté* bien y yo pueda llevar.» (Parte I, cap. 7.º)

«Bien parece, respondió D. Quijote, que no *estás* cursado en esto de las aventuras.» (Parte I, cap. 8.º)

«Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia *estuviese* entregada á las leyes del olvido.» (Parte I, cap. 8.º)

«No *estaba* en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo.....» (Parte I, cap. 11.)

«..... y cuán á pique *están* los que en cualquiera ministerio della se ejercitan.» (Parte I, cap. 11.)

«..... y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les *estaban* convidando con su dulce y sazonado fruto.» (Parte I, cap. 11.)

«La justicia se *estaba* en sus propios términos.» (Parte I, cap. 11.)

«Ahí *está* el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada.....» (Parte I, cap. 16.)

«Toda la venta *estaba* en silencio.» (Parte I, cap. 16.)

«..... y *estúvose* quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podía entender.» (Parte I, cap. 16.)

«..... yo soy aquél para quien *estaban* guardados los peligros.» (Parte I, cap. 20.)

«..... el pobre escudero se podía *estar* á diente en esto de las mercedes.» (Parte I, cap. 21.)

«..... si aún no *está* acabada mi vida?» (Parte I, capítulo 22.)

«..... bueno *está* el donaire con que ha salido á cabo de rato.» (Parte I, cap. 22.)

«..... y era cuál sería mejor y le *estaría* más á cuento.» (Parte I, cap. 26.)

«..... de quien *estaba* enamorado hasta los hígados.» (Parte I, cap. 26.)

«Cardenio, de boda *estoy* vestida; ya me *están* aguardando en la sala.» (Parte I, cap. 27.)

«..... si como *estoy*, señor, en tus brazos, *estuviera* en los de un león fiero.» (Parte I, cap. 28.)

«..... pareciéndome que aún no *estaba* del todo cerrada la puerta á mi remedio.» (Parte I, cap. 28.)

«..... que no me *está* bien que mi amo sea arzobispo.» (Parte I, cap. 29.)

«..... ella *estaba* en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenía en la criba.» (Parte I, cap. 31.)

«..... y *estábale* abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano.» (Parte I, cap. 31.)

«..... y que se *está* una dueña haciéndoles la guarda.» (Parte I, cap. 32.)

«..... que *está* colmo el vacío de mis deseos.» (Parte I, cap. 33.)

«..... quieres revolver los humores que ahora *están* sosegados en el lecho de tu casta esposa.» (Parte I, cap. 33.)

«..... que Camila *estaba* tan entera á las dádivas y promesas como á las palabras.» (Parte I, cap. 33.)

«..... porque he oído decir á un boticario toledano, que hablaba como un *silguero*, que donde interviniesen dueñas no podía suceder cosa buena. ¡Válame Dios, y qué mal *estaba* con ellas el tal boticario!» (Parte II, cap. 37.)

Fatigar.—«Yo, señor Barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo: sólo me *fatigo* por dar á entender al mundo en el error.» (Parte II, cap. 1.º)

Guardarse.—«..... y si esto es así, se podía echar de ver, para universal admiración, cuán firme debió ser la amistad destos dos pacíficos animales, y para confusión de los hombres, que tan mal saben *guardarse* amistad los unos á los otros.» (Parte II, cap. 12.)

Al llegar á este punto hube de decir: Suplico á vuesa merced que me dé licencia para hablarle de un escrúpulo que me anda brincando en el alma desde que comenzó la lectura de tan innumerables pasajes. Aconsejaríale yo, repuso mi amigo, que no interrumpiese á mi señor Cervantes, pues siendo suyo lo que se lee, es igual que si estuviese entre nosotros. De ello me holgara yo mucho para decirle en sus mismas barbas: No se fatigue en traer nuevas citas, porque primero háseme de probar que esto tiene verdadera novedad, y tal que excede, como el sol á cuantos planetas y cometas van girando en torno de él, á las obras que se han escrito antes y después en lengua castellana. Pues yo os contestaré lo que Cervantes, para no pecar contra la modestia, se callaría á buen seguro,

respondió entonces mi amigo, dando muestras de grande enojo.

Si se me arguye, prosiguió diciendo, que el «*solas y señeras*» lo había usado ya Berceo; que el truhanesco del «*oh, hi de puta*» lo dijo Valdés y cien mil escritores más; que el «*buscar pan de trastrigo*» lo tomé de un cierto refrán; que esto «*de las razones que pasaron entre amo y escudero*» está copiado de un romance; que el «*ó habéis de conceder esto, ó sobre eso morena,*» se lee ya en cierto novelista anterior á mí; que el *Aldonza*, como afirma D. A. Sánchez, era nombre muy usado desde el siglo XIII; que Zapata había comparado bellamente á los *malos traductores con los tapices vueltos del revés*; que el «*fué rodando una buena pieza*» lo usó en la misma significación el antiguo romance del Marqués de Mantua; que no pocas de las significaciones en que tomo los verbos aquí citados no son singulares de mi pluma, porque también los traen en el mismo sentido los escritores que fueron mis contemporáneos; si á estas tachas que ponen al *Don Quijote*, confesadas por mí, juntas ahora los mil hurtos que me achacan los Clemencines y compañía, ciertos en lo que atañe á palabras y frases robadas en los dominios caballerescos; y si, para más abatir mi orgullo, se ponen junto á los que llamáis lunares unas cuantas páginas elegantes de Francisco de Medina y de Márquez, por ejemplo; y si concedo ser verdad cuantos defectos me han notado (que acaso hayan de juzgarse algunos como primores que acrecientan la hermosa de mi historia), todavía estoy tentado á defender que el lenguaje y estilo de esta hija, la más hermosa de mi entendimiento, se engrandece y levanta por su belleza sobre el de todos los libros dados á la estampa en la rica habla de Castilla.

Es tan verdad, que tengo para mí haberse granjeado

fama duradera no pocas veces y giros merced á la buena acogida que yo les hice. Si aún viven entre la gente no académica; si se recuerdan y citan con no poca complacencia; si muchos los oyen con la veneración debida á lo más selecto de la antigüedad; si todavía andan en labios del pueblo ciertas frases castizas por sus cuatro costados, gloria es que sólo á mí pertenece; yo solo he prolongado los días de su hermosa y amada vejez; sólo el aliento de mi buen donaire ha podido ser parte á que lleguen con toda felicidad hasta vosotros después de tan largo y penoso viaje, que de no haber logrado esta dicha allá se estarían guardaditos en libros que apenas leen dos docenas de españoles; allá se estarían sin que á nadie se le ocurriese preguntar qué se había hecho de ellos; en resolución, allá se estarían oxidando y pudriendo por faltalles el aire y la comunicación, sin lo que nada puede vivir ni durar en esta tierra hecha para morada temporal del hombre.

Pues si es que se anda á decir verdades, holgaríame yo muy mucho de que no se les hubiese olvidado á estos detractores míos el añadir los mil donaires que tiene aquella plegaria del buen escudero «*Señor, quien quiera que seáis;*» aquella linda expresión «*cogióle la razón de la boca,*» que representa al vivo la acción de quien continúa el discurso que ha comenzado otro; aquél «*que entre y se hincó de rodillas ante mi DULCE señora;*» la gracia que con mis variantes recibieron no pocos romances, como el «*Ya me comen, ya me comen,—Por do más pecado había,*» y «*Ni con la reina folgare,*» sales que no se encuentran en el Romancero; el «*se gallardeó en su silla,*» inventado por mí; el enfático «*y no digo más;*» el «*poeta consumado y peor es consumido;*» «*meneallo,*» junto con otras gracias que no cito, pero que por sí solas bastan á sacar la risa del seno de la misma

tristeza y de su hija, no sé si mayor ó menor, la melancolía. Pero sigan leyendo. *Hacer* (1).

Ir.—«..... y quédese esto aquí, que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar á entender á vuesa merced que ha hecho muy mal en *irse* con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas.» (Parte II, capítulo 16.)

Leer.—«Notó bien D. Quijote la atención con que el caminante le miraba, y *leyóle* en la suspensión su deseo; y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto á todos, antes que le preguntase nada le salió al camino diciéndole.....» (Parte II, cap. 16.)

Llevar.—«Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y *lleva* camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia.» (Parte II, cap. 16.)

Manosear.—«..... pero esta tal doncella (la poesía) no quiere ser *manoseada*, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios.» (Parte II, cap. 16.)

Mover.—«..... y *muéveme* á ser deste parecer hallar en la historia donde se hace mención particular de sus hazañas, que muchas veces dormía debajo de techo.» (Parte II, cap. 1.º)

Padecer.—«..... que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de *padecer* excepción esta regla.» (Parte II, Prólogo.)

Parecer.—«..... ellos mismos (los caballeros andantes) lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se *parecían* á las ancas del caballo.» (Parte I, cap. 30.)

(1) No se citan aquí los hermosos giros y las graciosas imágenes que formó Cervantes con este verbo, porque son tantos y tantas que piden más espacio del que ahora se nos concede: piden una monografía, para la que tenemos recogidas más de 2.000 notas.

Poner.—«Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos á quien los antiguos *pusieron* el nombre de dorados.» (Parte I, cap. 11.)

«De la cual lamentable historia se puede sacar cuánta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Crisóstomo, la fe de la amistad vuestra con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos *pone.*» (Parte I, cap. 13.)

«..... en lo que me tengo por más dichoso y más rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiese *puesto* en su cumbre.» (Parte II, Prólogo.)

«..... entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo, y él, *puesto* el pecho á la incontrastable borrasca, cuando menos se cata se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó.» (Parte II, cap. 1.º)

Recibir.—«..... de lo cual *recibieron* los dos gran contento por parecerles.....» (Parte II, cap. 1.º)

Reñir.—«Eso Dios lo puede remediar, respondió Sancho, porque sé más refranes que un libro, y viénense me tantos juntos á la boca cuando hablo, que *riñen* por salir unos con otros.» (Parte II, cap. 43.)

Quebrar.—«Yo, señora de mi alma, estoy determinado, con licencia de vuesa merced, de meter este buen día en mi casa, yéndome á la corte á tenderme en un coche, para *quebrar* los ojos á mil envidiosos que ya tengo.» (Parte II, cap. 52.)

Quitar.—«..... acertaste, señor caballero, á conocer por mi suspensión mi deseo; pero no habéis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto.» (Parte II, cap. 16.)

Salir.—«..... y no te *salga* á la boca el temor que tienes.» (Parte II, cap. 41.)

Saltear.—«..... y sin procurarlo me *salteó* un sueño profundísimo y cuando menos lo pensaba.» (Parte II, cap. 23.)

«..... y en diciendo esto, se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les *salteó* el sueño.» (Parte II, cap. 14.)

Sepultar.—«Finalmente, sin hablarse palabra, se pusieron á caballo y se apartaron del famoso río: D. Quijote *sepultado* en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento.» (Parte II, cap. 30.)

«..... y dándole en un lado, le *sepultó* dos costillas en el cuerpo.» (Parte I, cap. 18.)

Sustentar.—«..... pero algunas veces no he salido con mi intención, y otras sí, *sustentándola* sobre los hombros de la verdad.» (Parte II, cap. 1.º)

Tener.—«Bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad *tiene* su asiento.» (Parte I, Prólogo.)

«Bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte *tener* sujeto y rendido é talante.....» (Parte I, cap. 2.º)

Tocar.—«..... y habló D. Quijote con tanta discreción en todas las materias que se *tocaron*, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio.» (Parte II, cap. 1.º)

Tomar.—«..... más despacio y no en pie se ha de *tomar* el cuento de mis maravillas.» (Parte II, cap. 25.)

Usar.—«Ofreciéronsele en esto á la vista de D. Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho, tanto que le juzgó por algún monstruo ó por hombre nuevo y de aquéllos que no se *usan* en el mundo.» (Parte II, cap. 14.)

«..... para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que *use* blandamente de la gloria del vencimiento.» (Parte II, cap. 14.)

Venir.—«Y muchas veces le *vino* el deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra.» (Parte I, cap. 1.º)

«En efecto, rematado ya su juicio, *vino* á dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo.» (Parte I, cap. 1.º)

«Y apeándose de una sierpe en que *venía* caballero, entró en el aposento y no sé lo que se hizo dentro.» (Parte I, cap. 7.º)

«La vuestra fermosura, señora mía, puede facer de su persona lo que más le *viniere* en talante, porque ya la soberbia.....» (Parte I, cap. 8.º)

«Que se traban palabras entre dos caballeros andantes, y de una en otra se les *viene* á encender la cólera.» (Parte I, cap. 13.)

«Lo cual, visto por D. Quijote, pareciéndole que allí *venía* bien usar de su caballería.....» (Parte I, cap. 14.)

«En esto parece ser, ó que el frío de la mañana que ya *venía*, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas (que es lo que más se debe creer), á él le *vino* en voluntad y deseo de hacer lo que otro.....» (Parte I, cap. 20.)

«Mas viendo Sancho que á más andar *venía* la mañana, con mucho tiento desligó á.....» (Parte I, cap. 20.)

«..... que *viene* aquí como anillo al dedo para que.....» (Parte I, cap. 20.)

«Así que, yendo días y *viniendo* días, el diablo que no duerme y que todo.....» (Parte I, cap. 20.)

«Mas *vínosele* á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad de ella (risa).» (Parte I, cap. 21.)

«Que los usos no *vinieron* todos juntos ni se inventaron á una.» (Parte I, cap. 21.)

«La Infanta *viene* á ser su esposa, y su padre lo *viene* á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal.....» (Parte I, cap. 21.)

«*Venida* la noche, cenará con el Rey, Reina é Infanta.» (Parte I, cap. 21.)

«Pareciéndome que llevaba razón en lo que decía y que mi padre *vendría* en ello como yo se lo dijese.» (Parte I, cap. 24.)

«Porque departiera yo con mi jumento lo que me *viniese* en grana, y con esto.....» (Parte I, cap. 25.)

«Hágalas vestido, breves, y las que le *vinieren* más á cuento.....» (Parte I, cap. 25.)

«Ea, pues, manos á la obra; *venid* á mi memoria, cosas de Amadís, y enseñadme.....» (Parte I, cap. 26.)

«Pues es cosa cierta que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto á bajo, despeñándose con furor y con violencia.....» (Parte I, capítulo 27.)

«El día que se sucedió á la noche de mi desgracia se *venía* aún no tan apriesa como yo pienso que D. Fernando deseaba, porque después de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede *venir* es apartarse de donde le alcanzaron.» (Parte I, cap. 28.)

«Y advierta que yo tengo edad para dar consejos, y que éste que le doy *viene* de molde.» (Parte I, cap. 31.)

«Y jamás podía sacar della una pequeña muestra de *venir* en ninguna cosa que mala fuese.» (Parte I, cap. 33.)

«Que aunque Camila fuera toda de bronce, *viniera* al suelo.» (Parte I, cap. 34.)

Estos son los ejemplos que he querido traer en confirmación de la idea que arriba apunté, los cuales, como se echa de ver, dan largo espacio y campo vastísimo á no pocas observaciones por todo extremo curiosas, las que, juntas con un estudio sobre el lugar de la oración en que Cervantes coloca el verbo, y con otro por lo que atañe al sitio en que pone el adjetivo, pueden servir de tema para

una larga plática, que la tendremos, no hoy ni mañana, sino cuando Dios quiera. Si os place más, ya que no es asunto enfadoso, podremos platicar sobre traductores y ediciones del *Don Quijote*; pero repito que esto será cuando el cielo se muestre propicio y cuando tengamos la holgura que para tratar de ello se requiere, y quedaos con Dios, que ya es tarde.

Ahora, señor Director, quiérame bien ó quiérame mal por haber usado el artificio de ir copiando lo que dijo y leyó mi discreto y excelente amigo, el caso de ello es que sólo merced á esta industria podrá publicarse en LA ESPAÑA MODERNA el artículo que V. pedía á fin de que saliera á luz en el mes de Abril, ó sea en el mes de Cervantes; por más que yo, que apenas si he puesto algo en este trabajo, como V. ha visto, pueda y deba decir allá para mis adentros: Esta función la hace un devoto á costa de otro.

Viva mil años por lo que me honra, y mande á éste su amigo que tiene deseo de complacerle, y pide al Señor que prospere la persona de V. y la vida de su amada Revista.

CLEMENTE CORTEJÓN,

Presbítero.

BARCELONA, 15 de Marzo de 1889.

POST SCRIPTUM.—¿Están en algún Diccionario de la lengua castellana todas y cada una de las significaciones en que toma Cervantes los antedichos verbos? Díganlo los entendidos en estas pequeñeces.

EL LIBERALISMO DEL PADRE MARIANA.



No se sabe por qué; pero es lo cierto que la Revolución ha querido apropiarse al ilustre jesuita Juan de Mariana, presentarle como monárquico rebelde y católico mal convencido, darle á conocer como religioso levantisco y casi ingobernable, descubridor de los supuestos secretos políticos y de las supuestas conspiraciones tenebrosas de la Orden, hacerle pasar por liberal y revolucionario de corazón, si bien un tanto cohibido por las conveniencias de su estado; en una palabra, arrancársele á la Compañía y á la Iglesia y hacerle suyo.

He dicho que no se sabe por qué, y ha de entenderse que lo que se ignora es el motivo de la preferencia dada por los revolucionarios y liberales á este preclaro hijo de Loyola sobre cualquier otro, pues, por lo demás, el móvil de la Revolución al querer hacer partidario suyo á un religioso universalmente reputado por sabio salta á la vista desde luego, y no puede ser otro que el de sostenerse y dar autoridad á sus perniciosas doctrinas.

¡Ahí es nada! ¡Un jesuita liberal! ¡Una especie de mirlo blanco por el que ofrece todos los días el capricho sumas fabulosas y no parece nunca! ¡Un jesuita de gran talento, de vastísima instrucción, de intachables costumbres, y que,

sin embargo, dentro de su celda, y cuando no, dentro de su sotana, rinde ferviente culto á las ideas nuevas de protesta y de rebeldía y tasca el freno de la tiranía religiosa, siempre mal avenido con los tapujos y nebulosidades de sus hermanos, siempre impaciente por revelar al vulgo las paparruchas con que la teocracia le entretiene y le explota!.... ¿No era esto verdaderamente un hallazgo?

Yo no sé quién de entre los liberales tendrá mejor derecho para atribuírsele; no sé á quién de entre los liberales corresponderá el privilegio de invención en esto del liberalismo del P. Mariana; pero el que ha tomado la cosa con más formalidad y más la ha divulgado ha sido un antiguo demócrata, acérrimo propagandista de sus ideas, y de los pocos que no han renegado de ellas después que las llevaron, siquiera fuese por muy breve tiempo, á la práctica. El Sr. D. Francisco Pí y Margall, que siendo todavía joven, en 1854, al publicarse en la *Biblioteca de autores españoles*, de Rivadeneyra, las obras del P. Mariana, fué encargado de escribir el *Discurso preliminar*, hizo un P. Mariana á su imagen y semejanza, un P. Mariana liberal, y como liberal descreído, y como descreído demagogo; un P. Mariana que no le conocería ni la madre que le parió, como suele decirse, ni la Compañía de Jesús que le crió á sus pechos y le nutrió en la virtud y la ciencia, ni los sabios de su tiempo que le trataron, ni las personas de buen sentido que en siglos posteriores han leído y leen sus obras.

Otro demócrata, D. Eduardo Chao, que también llegó como el Sr. Pí á Ministro de la República, y con el señor Pí formó parte de aquel Ministerio famoso que, por los sonidos raros de los apellidos de sus miembros, *Oreiro, Sorní, Chao, Pí, Tutau*..... se llamó el *Ministerio-pajarera*, encargado hace muchos años por la casa editorial de Gas-

par y Roig de completar la *Historia general de España* después de las continuaciones de Miñana y Toreno, hizo también su poco de biografía del P. Mariana, y nos le pintó igualmente *adelantándose á su tiempo*, liberal, anti-monárquico, defensor de la soberanía nacional y del derecho de insurrección y del regicidio. Después los periódicos liberales, que con su maligno y constante trabajo de un día y de otro día son las gotas de agua que van horadando y destruyendo poco á poco la piedra del antiguo fundamento social, continuaron la obra, y un día echaron á volar la idea de levantarle al P. Mariana..... no un falso testimonio, que ese ya se le habían levantado, sino una estatua en el pueblo de su nacimiento. Y fueron tan afortunados que, aquí donde todo se queda en proyecto, la estatua del P. Mariana se hizo y se colocó en Talavera de la Reina, sirviendo el solemne suceso de ocasión para que el Sr. Pí y Margall publicara en folleto una refundición de su *Discurso preliminar* del año 54, y para que los periódicos liberales dieran á luz en honor del P. Mariana artículos, versos, majaderías y hasta blasfemias.

No podían seguir así las cosas. Era necesario desvanecer la falsa atmósfera que se había creado alrededor de la estatua de Talavera. Había que hacer callar la gritería de los liberales, cada vez más envalentonados con la posesión del P. Mariana. Era menester reivindicar, por decirlo así, esta gloria literaria y científica para la Compañía de Jesús y para la Iglesia católica.

Así debió comprenderlo la Compañía, por cuanto uno de sus dignos miembros, el P. Francisco de Paula Garzón, acaba de publicar un libro titulado *El P. Mariana y las escuelas liberales*, que responde admirablemente á la necesidad indicada, y resuelve la cuestión con fallo inapelable. Cerca de 700 páginas tiene el libro, y no huelga ninguna:

todas mantienen viva la atención del lector, que, en premio de la buena fe con que va buscando la verdad, encuentra al cabo la satisfacción que da el convencimiento.

El P. Garzón no es escritor, pero es jesuita, y su libro tiene ese sello especial, cada vez más raro y por ende más apreciable, que suelen tener las obras de los hijos de la Compañía, el de estar hecho á conciencia; porque en ésta y en las demás congregaciones religiosas se conserva todavía la vieja y casi desusada costumbre de estudiar el asunto antes de tratarle. El P. Garzón, que tenía ya profundos conocimientos en metafísica y en teología y no vulgares en historia, se conoce que ha hecho, antes de ponerse á escribir su libro, un estudio formal y concienzudo de todas las obras del P. Mariana, y especialmente de aquellas de que los liberales se han valido, si no leyéndolas, por lo menos citándolas, para exhibir al mundo un P. Mariana falsificado. Por eso cita con tal oportunidad y precisión sus textos, que siempre resulta probada la falsificación liberal, pues siempre estos textos, relacionados con antecedentes y consiguientes y conforme á la recta razón y sana crítica entendidos, dicen lo contrario de lo que los liberales, por ignorancia ó por mala fe ó por un poco de cada cosa, les atribuyen. Por eso el libro, aun cuando, á la verdad, pudiera estar escrito con mayor elegancia, más soltura, más naturalidad, menos sumisión á los preceptos de la Academia y menos apego á las extravagancias de algunos escritores ingeniosos, pero demasiado amigos de distinguirse, presenta el asunto tan magistralmente desarrollado, tiene tal claridad en el método, y despierta en el lector tan vivo interés y tanta simpatía por lo bien que demuestra cuantas tesis enuncia, que en abriéndole y empezando á leerle no se acierta á cerrarle. Y si bien parece un libro de actualidad, y lo es en efecto, puede

asegurarse que, aun pasadas estas circunstancias que le habían hecho necesario, no ha de caer en el olvido; porque á mayor abundamiento, y fuera de que la vindicación del P. Mariana ya por sí no es asunto efímero, no sirve sólo para conocer al P. Mariana, sino también para conocer la filosofía y la teología escolásticas, los delirios de los filósofos modernos y la política cristiana, ó sea la aplicación de los antiguos y sanos principios filosóficos y teológicos á la gobernación de las naciones.

Es imposible analizar todo el libro en un artículo; mas para dar de él idea adecuada, expondré en resumen y como muestra un par de capítulos, el segundo y el tercero, que son en realidad los dos primeros de la materia, pues el señalado con el número I contiene la biografía del P. Mariana.

Titúlase el capítulo II *El P. Juan de Mariana y la soberanía nacional*, y por sólo el título se comprende que su objeto ha de ser la demostración de que el sabio autor de la *Historia general de España* ni creyó ni enseñó jamás ese dogma satánico que arroja á Dios de la sociedad y le priva del imperio del mundo creado por Él para su gloria. En el preámbulo de este capítulo se ponen de manifiesto las contradicciones en que incurren los liberalizadores del P. Mariana; se consigna cómo el Sr. Chao, después de hacer al P. Mariana reformador, y después de hablar de la osadía de su pensamiento planteado y desenvuelto en los capítulos del libro *De Rege et Regis institutione*, en que trata de si la potestad del Rey es mayor que la de la República y de si el Príncipe está sujeto á las leyes, le convierte en un hipócrita vulgar, diciendo de él que «acaso por respeto á la época se pronunció en favor de lo que repugnan sus más íntimas convicciones»; se consigna cómo el Sr. Pí y Margall, á renglón seguido de decir que el P. Mariana «fué

indudablemente audaz al sentar el principio de la soberanía del pueblo», reconoce que «sus ideas son las de su época» y que era «conservador y eco fiel de las ideas de su tiempo»; y se consignan, finalmente, otra sarta de contradicciones en que, á la zaga de los Sres. Pí y Margall y Chao, patriarcas de la secta, han incurrido otros escritores y periodistas de menos viso, á los que donosamente llama el P. Garzón profetas menores de la democracia.

Después, en el cuerpo del capítulo y en tres artículos diferentes, expone el P. Garzón, en el primero, las doctrinas escolásticas, las doctrinas de los teólogos y filósofos cristianos acerca del origen de la autoridad civil; en el segundo, las doctrinas de los racionalistas sobre el mismo punto, ó sea el sistema liberal y revolucionario, y en el tercero, la doctrina del P. Mariana sobre la misma materia, doctrina sacada de sus textos originales. El resultado de esta exposición y de esta comparación es el convencimiento plenísimo que el lector adquiere de que, lejos de ser el P. Mariana partidario ni defensor de la soberanía nacional, como han dicho los escritores liberales, es defensor decidido de la soberanía de Dios en el mundo, lo mismo que su maestro el Dr. Angélico, y que sus hermanos en religión Suárez y Belarmino; de que no hay diferencia ninguna entre la doctrina que sobre el origen del poder expone el P. Mariana en su libro *De Rege* y la que expone el eximio Suárez en su *Defensio fidei catolicæ*; de que la supuesta *osadía* del P. Mariana en proclamar la mayor importancia del pueblo sobre la persona del Rey, y decir que no es el pueblo para el Rey, sino el Rey para el pueblo, la tuvieron, lo mismo que el P. Mariana, Suárez y Belarmino y todos los escolásticos, y antes Santo Tomás, y antes San Pablo (Rom., XIII, 4), que dice al pueblo, hablándole del Rey, que es ministro de Dios PARA ÉL, *Dei*

enim minister est tibi in bonum; y por último, de que no hay ni jamás hubo tal proclamación del dogma liberal de la soberanía del pueblo por parte del P. Mariana, que defendió, sí, como otros muchos teólogos de su tiempo, la transmisión del poder de Dios al Rey por medio del pueblo, pero siempre confesando y predicando que el poder no le tiene el pueblo por sí, sino que le viene de Dios, y en este sentido glosó las palabras de San Pablo (AD ROM., XIII, 1) *Non est enim potestas nisi a Deo; quæ autem sunt, a Deo ordinatæ sunt*, diciendo: «Los poderes ordenados ó legítimos que haya en el mundo son de Dios.» ¿Es ésta por ventura la soberanía nacional que proclaman los liberales? ¿Es esto acaso liberalismo?

En el capítulo III, que se titula *El P. Juan de Mariana y la institución monárquica*, comienza el P. Garzón por maravillarse del aplomo, verdaderamente maravilloso, con que los liberales llaman suyo á Mariana, por haber defendido doctrinas que eran corrientes en su época, y que distan tanto de la Revolución como del despotismo. Si porque luchó el P. Mariana por los fueros de la santa libertad de la cristiana monarquía, es partidario del liberalismo, viene á preguntar el P. Garzón: ¿cómo pone el liberalismo en la lista de sus enemigos á los que pelean por lo mismo que peleó el P. Mariana, y piensan igual que él y emplean los mismos argumentos para sostener la misma doctrina? Pregunta es ésta á la que nunca podrán los liberales dar contestación satisfactoria.

Maravíllase también y con motivo el P. Garzón del candor, ó lo que sea, del Sr. Pí y Margall, que, tomando por una novedad de la invención exclusiva del P. Mariana el aforismo excelente de que «no es el pueblo para el Rey, sino el Rey para el pueblo,» filosofa en seguida un rato sobre el valor ó la *audacia* que se necesitaba para de-

cir estas cosas en pleno reinado de Felipe II. Es verdaderamente desconsolador habérselas con adversarios de esta índole; porque ¿qué idea puede tener del asunto que trata, ni qué pasos puede dar en el terreno de la filosofía política, quien toma por singularidad de un autor lo que es de todos los tratadistas y general y rudimentario en esta ciencia? *Regnum nos et propter Regem, sed Rex propter regnum*, dijo ya Santo Tomás en el capítulo II de su obra *De Regimine Principum*, y una de dos: ó el Sr. Pí y Margall no había leído á Santo Tomás, y en este caso carecía de la necesaria instrucción para tratar del libro *De Rege* y de la monarquía cristiana, ó habrá leído á Santo Tomás, y en este caso carece de la necesaria buena fe para tratar de cualquier cosa.

«Los reyes, había dicho también Santo Tomás, son pastores; pero no para esquilmar su grey y chuparla la sangre y la leche, sino para cuidarla y apacentarla, y en caso necesario, morir por ella. El gobierno de Dios sobre el mundo, añadía, debe ser el modelo del poder político. Dios, que es Rey de reyes y Señor de los que dominan, y en cuya virtud legislan las potestades terrenas, nos rige y gobierna, no por su propio interés y provecho, sino por el nuestro, y lo mismo deben hacer los soberanos de la tierra. De otro modo, si miran á su provecho é interés, no son reyes, sino tiranos.» ¿Qué más ha podido decir el P. Mariana, ni qué más ha dicho? Y si ésta, que es la doctrina del P. Mariana sobre los deberes de los reyes en la gobernación de los pueblos, había sido asentada por Santo Tomás, y antes por San Basilio (1) y por otros Padres, y defendida luego por todos los teólogos católicos, ¿es se-

(1) *Propter quod recte dixit Basilius in hoc differre tyrannum a Rege, quod ille propriam, hic communem utilitatem..... quærit.* Suárez, *De legibus*, lib. I, cap. VII.

rio, es ni siquiera honrado afirmar que la doctrina católica defiende el despotismo, y que el P. Mariana fué un novador y un reformista porque habló de los deberes de los reyes?

Tampoco es honrado ni serio atribuir al P. Mariana doctrinas que nunca enseñó, y, por medio de citas truncadas y mal traducidas, hacerle decir raso por corriente, como le hace decir el Sr. Pí y Margall, que «la autoridad de la nación es superior á la del Rey», de lo cual, así sencillamente enunciado, á la liberal teoría de que el Rey es un funcionario asalariado de la nación y separable poco menos que *ad nutum*, no hay gran diferencia. Pero la hay grandísima, eso sí, entre la doctrina que el Sr. Pí atribuye al P. Mariana y la que éste realmente profesa, cuando sobre esta cuestión, que él mismo llama grave y enmarañada, escribe: «Convengo en que el poder real debe ser absoluto para todo aquello que la ley ó la costumbre han dejado al arbitrio del Príncipe, como hacer la guerra, administrar justicia, nombrar magistrados. En esto su poder es superior, no sólo al de cada ciudadano en particular, sino al de toda la nación, y no hay derecho *ni para resistirle ni para pedirle cuenta* de sus determinaciones, cuanto menos para revocar lo hecho por el soberano.» ¿Es éste el Rey inferior á la nación, tal como le quieren los liberales? ¿Es liberal el autor que tal doctrina proclama?

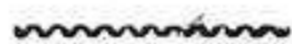
No, sino monárquico-católico, tan enemigo de la Revolución como del cesarismo, y verdaderamente tradicionalista, puesto que el Rey del P. Mariana es el Rey de la tradición española, y la monarquía del P. Mariana es la cristiana institución arraigada en nuestras costumbres y en nuestras leyes. Por eso el libro *De Rege*, que los liberalizadores del P. Mariana quieren pintar como una novedad escandalosa, no escandalizó á nadie, porque nadie ha-

bía que no conociera ser aquél el derecho político reinante, consignado casi con las mismas palabras en las Partidas. «Vicarios de Dios son los reyes, se dice en la Partida II, puestos sobre las gentes para mantenerlas en justicia et en verdad cuanto en lo temporal. Tiene el Rey lugar de Dios para facer justicia é derecho..... Los subditos no pueden dejar al Principe facer cosa á sabiendas porque pierda el ánima..... Onde aquellos que destas cosas le pudiesen guardar é non lo quisiesen facer dexandolo errar á sabiendas farian traicion conocida..... Tirano tanto quiere decir como señor que es apoderado de algun regno ó tierra por fuerza ó por enganno ó por traicion. E estos atales..... aman mas facer su pro, magüer sea danno de la tierra, que la pro comunal de todos..... Otrosí decimos que magüer alguno oviese ganado señorío del regno por alguna de las derechas razones que diximos en la ley ante desta, *que si el usase mal de su poderio.....* quel pueden decir las gentes tirano é tornarse el señorío, que era derecho, en torticero.»—¿Qué diferencia hay entre esta doctrina de las Partidas y la del P. Mariana? Y si en realidad no hay ninguna, ¿por qué llaman los liberales al P. Mariana tradista revolucionario y liberal, y á las Partidas código teocrático?

Por lo que hacen los liberales todas las cosas: porque quieren. Conste así para concluir, y conste que toda la algarada liberal contra el P. Mariana, queriendo hacerle pasar por partidario de eso que pomposamente llaman *derecho nuevo*, no tiene otro fundamento ni otro origen que el de que los liberales inventores y propagadores de la especie, ó van contra la verdad á sabiendas, ó no han leído al P. Mariana, ó no le han entendido.

ANTONIO DE VALBUENA.

NO HAY HOMBRE SIN HOMBRE.



MUCHAS, muy diversas y asaz dignas de estudio son las causas á que debe la generalidad de los hombres mecidos en humilde cuna la posición más ó menos desahogada, ó ya el puesto más ó menos encumbrado que ocuparan en la sociedad.

Preciso, cuanto doloroso, nos es comenzar diciendo, en honor á la justicia, que no siempre á la *idem* es deudora dicha porción de la humanidad de haber alcanzado semejante celsitud ó tan elevado encumbramiento.

En efecto: tal general, que empezó su carrera por ran- chero, debió sus continuados ascensos á una serie de pronunciamientos no interrumpida; pronunciamientos de los cuales, como podía haber sacado unas cuantas almendras de plomo hirviendo incrustadas en el cráneo, sacó uno ó más entorchados en el uniforme, *lo cual que*, como dijo el otro, varía de especie con respecto á la joven de quien se cuenta que, *como podía haberle salido un novio, le salió un golondrino.*

Tal clerizonte, que no inventó la pólvora, entró con el cargo de ayo en casa de alguno de los muchos *grandes* con

que se honra nuestra España; y *cátate á Periquito hecho..... no fraile, sino canónigo, ó aínda mais.*

Tal capitalista llegó á serlo mediante la virtud de la caridad empleada con el prójimo en beneficio de la usura, y la virtud de la moderación y templanza practicadas respectivamente en lo raído de su vestidura, que compró en una prendería, y en lo grosero y parco de su alimentación, reducida á tronchos y berzas ó á mondongos guisados en una taberna, no obstante contar por talegas el total de su hacienda, cada una de las cuales, á poder ser exprimidas, chorrearían sangre.

En suma: unas veces, la osadía; otras, la casualidad; no pocas, el favoritismo, el espíritu de partido, ó ya el de paisanaje; aquí, el puñal ó el veneno; allí, el compadrazgo; acullá, las faldas; de esta parte, la vil ingratitude, ó la traición, todavía más vil; de ese lado, la hipocresía más refinada; de esotro, el soborno; más allá.....

En cuanto á los medios justamente puestos en acción para adquirir esa holgura ó dicha elevada posición social, son también diversos, pero muy contados en número, cual sucede regularmente con el de las virtudes al ser parangonadas con los vicios; así, puede asegurarse, en tesis general, que al trabajo, á la moralidad y á la carencia de ambiciones, puede reducirse el guarismo de los verdaderos factores de una vida tranquila, feliz y ejemplar, tanto más envidiable cuanto menos común.

Bien es verdad que existe, además, en el mundo eso á que el vulgo llama *tener estrella, haber nacido de pies, ser el hijo de la dicha*, por aquello de

*Fortuna te dé Dios, hijo,
Que el saber, poco te basta:*

modos de decir todos éstos que convienen con lo que los

romanos decían, y dicen hoy, á ejemplo suyo, nuestros vecinos de allende los Pirineos: *Ser el hijo de la gallina blanca* (1); pero la realización de semejantes acontecimientos se funda, lo más comunmente, en aquel otro dicho vulgar, y exacto, si los hay, de que *no hay hombre sin hombre*; di-

(1) *Gallinæ albæ filius* y *le fils de la poule blanche*, respectivamente. He aquí el origen de semejante locución proverbial:

Refiere Suetonio, al principio de la *Vida de Galba*, como cierto día en que Livia, recién casada con Augusto, giró una visita á su casa de campo, sita en los alrededores de Veyos, recibió en el pecho el golpe de una *gallina blanca*, todavía con señales de vida, que llevaba una rama de laurel en el pico, y la cual pudo desprenderse, desde bastante altura, de las garras de un águila que acababa de arrebatársela: suceso harto extraño de que hubieron de formar los augures presagio sumamente favorable. Acaricióla la Emperatriz; devolvióle al afortunado animal la serenidad perdida, y, ordenando que se reverenciara en Roma al par de los pollos sagrados, una vez puesta á buen recaudo, empolló sus huevos con toda tranquilidad y sosiego, de donde salieron infinidad de hijuelos que, criados en una quinta especial, dieron nombre á la propiedad conocida después, por tal motivo, con el título de *Villa ad gallinas*. Aludiendo á semejante próspero acontecimiento, dijo Juvenal:

*Te nunc, delicias! extra communia censes
Ponendum? quia tu Gallinæ filius Albæ,
Nos viles pulli nati infelicibus ovis.*

(¿Crees tú, ¡inocente! que, porque *eres el hijo de la dicha*, vas á ser exceptuado de la ley común que nos alcanza á nosotros, como polluelos nacidos de huevos desgraciados?)

Y fundado en semejante supuesto, pudo decir igualmente Regnier (sátira 3.^a):

*Du siècle les mignons, fils de la poule blanche,
Ils tiennent à leur gré la fortune en leur manche;
En crédit élevés, ils disposent de tout,
Et n'entreprennent rien qu'ils n'en viennent à bout.*

(Como *han nacido de pies* los favoritos del siglo, á donde quiera que van llevan siempre consigo la fortuna en el bolsillo; en alza su crédito, disponen de todo á su antojo, y no acometen empresa alguna en que no se salgan con la suya.)

cho tanto más respetable, cuanto que halla su razón de ser, así como su forma, nada menos que en las páginas sacrosantas del Evangelio.

Con efecto: refiere el evangelista San Juan (cap. V) como «está en Jerusalén la Piscina Probática, denominada en hebreo Betsaida, la cual consta de cinco pórticos. En éstos yacía gran número de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, que aguardaban á que se moviese el agua por impulso de un ángel que á dicho efecto enviaba el Señor de vez en cuando; y el que tenía la suerte de ser el primero en aprovechar aquel movimiento, quedaba sano y salvo de cualquiera enfermedad que le aquejase. Hallábase entre los pacientes un tullido que contaba treinta y ocho años de experimentar semejante dolencia, y al verlo postergado al cabo de tanto tiempo el Divino Salvador, le dice: —¿Quieres sanar?— Señor, le responde el paralítico, *no tengo hombre* que me sumerja en la Piscina inmediatamente después de agitada el agua, por cuya causa otro de miembros más expeditos me toma la delantera.—Entonces repuso el Salvador:—Levántate, toma tu camilla y échate á andar.—Y, en efecto, aquel hombre sanó, y cargó á costas con su lecho, y se puso acto continuo en movimiento. Y era sábado aquel día.»

He copiado del sagrado texto hasta la circunstancia inclusive de que *era sábado aquel día*, por hacer no poco á mi intento dicha circunstancia. Y á la verdad, millares de millares de ejemplos patentizan en el gran teatro social, no sólo el principio de que *no hay hombre sin hombre*, sino también el supuesto de que cuando surge un hombre para crear de la nada y levantar del polvo de la nada á otro hombre, llega á veces hasta á atropellar por principios de equidad, cuando no de justicia; á tergiversar ciertas leyes, cuando no á derogar otras en favor del protegido; á

postergar á sujetos beneméritos por más de un concepto, ó á conculcar derechos legítima y notoriamente adquiridos; en resolución, á obrar inicualemente en cualquiera día de la semana, lo cual está prohibido por derecho natural y divino, en contraposición de lo que hacía el Divino Salvador, que era obrar bien y caritativamente, lo cual puede y debe hacerse en cualquier tiempo, lugar y sazón, aun cuando sea día de fiesta, sin dar ocasión por ello á escándalo de ningún linaje, como no sea el farisáico, por desgracia harto renovado en la triste era que alcanzamos.

No vamos á señalar aquí ni uno siquiera de tanto infausto caso práctico de este último género como deplora la sociedad, quizás hoy más que en los tiempos pasados, por efecto, ya de los adelantos hechos en nuestros días merced á las teorías materialistas, ya del mal ejemplo dado por las clases más influyentes y elevadas de la sociedad, ora del espíritu de partido ó pandillaje, y, en suma, del rebajamiento general de caracteres: recordando que nuestro Divino Maestro escogió á doce humildes é ignotos pescadores para hacer de ellos otros tantos predicadores de su celestial doctrina, siendo Él verdadero *hombre* de aquellos *hombres*, vamos á fijar ahora nuestra consideración en otro pescador que, como los Apóstoles, no hubiera llegado á ser *hombre* si no le hubiera salido al paso otro *hombre*. Trátase de un obispo que ocupó la silla de mi patria, pastor dechado de virtudes, por lo cual, así como por lo providencial de su encumbramiento desde el punto de partida más humilde, me huelgo en consignar aquí semejante notable suceso.

Corrían los últimos meses del año de 1663 cuando, de padres pobres y modestos, como dedicados al oficio de la pesca, por nombre José Armengual y Josefa del Pino, nació en Málaga, á 5 de Noviembre, un niño, á quien im-

pusieron en las aguas regeneradoras del Bautismo el de Lorenzo. Pocos abriles contaba el rapaz y ya ayudaba en lo posible á sus padres, cuando una tarde hubo de pararse el canónigo magistral de aquella Catedral, D. Antonio Ibáñez de la Riva Herrera, á orillas del mar, con objeto de ver sacar las redes á unos pescadores, parte de cuya extracción compró el prebendado, siéndole llevada á su casa por el chico Lorenzo. Repitió éste igual encargo en diferentes ocasiones, continuando su mensaje con alguna mayor molestia, á causa de haber pasado una larga temporada el Sr. Ibáñez en la hacienda de los clérigos reglares de San Felipe, algo distante de la ciudad, hasta que aficionándose al mancebo, y penetrando, sin duda con la previsión de un sabio, el alma sublime que aquellos andrajos y aquel tostado cutis encubrían, lo llamó á su inmediato servicio y le puso maestros que se encargasen de su educación y enseñanza.

Grato nos sería el circunstanciar los adelantos que hizo en su brillante carrera; pero nos es forzoso el tener que limitarnos á narrar las escasas noticias que de la tradición hemos podido recoger. Según ésta, cursó ambos Derechos, si bien no falta quien asegure que á los principios de sus estudios se mostraba algo torpe y un tanto desaplicado, como quien, criado en el barrio del Perchel, no había conocido hasta entonces más cátedra que la del copo; pero, estimulado continua y eficazmente por su bienhechor, que nunca le hizo perder de vista lo humilde de su cuna, llegó por fin á vencer los hábitos de rudeza y desidia que le eran connaturales. Con el propósito que anteriormente hemos indicado, esto es, para que jamás ni por motivo alguno pudiera llegar un día á engrairse de su elevación, aseguróse que su protector lo hizo retratar, conservando además en un arca especial la miserable ropilla que llevaba puesta

al entrar en su servicio, como testimonio el más fehaciente que pudiera deponer á favor de sus antecedentes sociales.

Llegó el caso de ser electo el Sr. Ibáñez obispo de Ceuta, y más adelante el de ser ascendido á la metropolitana de Zaragoza, donde ordenó de presbítero á su protegido, nombrándolo después visitador general y vicario; destinos que desempeñó con notable acierto por espacio de más de diez y ocho años. Obtuvo después éste una canongía en la metropolitana de Santiago de Compostela, de donde volvió á Zaragoza para ser consagrado obispo auxiliar. Allí permaneció hasta el año de 1705, cumpliendo con las tareas que le imponía su sagrado ministerio, en medio de la aprobación general, época en que pasó á Madrid con el objeto de desempeñar la plaza de gobernador del Real Consejo de Hacienda con que lo agraciara el Rey, quien á poco lo nombró consejero y camarista del Supremo de Castilla, con retención del primer destino, como igualmente director general de toda su Real Hacienda, con intervención en todas las comisiones de gran importancia que estaban afectas á varios ministros por aquella época.

En 1714, habiendo elegido Felipe V cuatro secretarios para el Despacho universal, que debían desempeñar el cargo á presencia de S. M. y en su propio gabinete, fué uno de ellos el Sr. Armengual, á quien se mandó conservar la citada presidencia del Consejo de Hacienda, en prueba de lo satisfecho que el Rey se hallaba por el celo, probidad é inteligencia con que ejercía su destino, y en premio de su relevante mérito lo presentó para la mitra de Cádiz, que Su Santidad confirmó en Mayo de 1715; agraciólo además con el título de Castilla de marqués de Campoalegre, sin abandonar por eso la corte, donde continuó cumpliendo asiduamente en todos los cargos susodichos, hasta que en 22 de Febrero de 1717 pasó á tomar posesión

personal de su silla gaditana, siendo el 34.º obispo de dicha ciudad, y nombrado además capellán de S. M. y vicario general de la Real Armada del Océano.

Enumerar, ni aun por encima, las limosnas, los beneficios y socorros que la humanidad debió á la intensa caridad de este excelso prelado, así como las empresas de mayor cuantía que acometió, exigiría de suyo un volumen nada reducido: baste saber que ningún desvalido imploró inútilmente su protección y amparo, así en tiempo de salud como en los horrorosos trances de la epidemia; que puso la primera piedra de la Catedral Nueva de Cádiz en 3 de Mayo de 1722, y que durante su pontificado erigió á sus expensas la parroquia de San Lorenzo, que él mismo consagró en 1.º de Agosto de 1729, y en cuyo presbiterio se halla enterrado al lado de la Epístola, después de haber fenecido sus días en la entonces villa, hoy ciudad de Chiclana, el día 15 de Mayo de 1730, llorado de cuantos lo conocieron y trataron, y con más motivo de cuantos habían recibido mercedes de su ilimitado desprendimiento.

Según apunta uno de sus biógrafos, copiándolo de un estado que tuvo á la vista, hubo año que, entre otros beneficios dispensados á la humanidad indigente por la espléndida caridad del Sr. Armengual, son dignos de enumerarse los que insertamos á continuación:

| | |
|---|---------|
| 48 doncellas dotadas en dicho año con 2.200 rs. cada una. | 105.600 |
| 1.293 vestidos para 656 viudas y 637 hombres..... | 98.622 |

| | |
|--------------------|----------------|
| <i>Total</i> | <u>204.222</u> |
|--------------------|----------------|

Así como ganaría mucho la sociedad en que ciertos hombres no nacieran, de igual manera pierde no poco con la muerte de otros. El Sr. Armengual será siempre un

modelo vivo y palpitante de lo que debe ser, no sólo un prelado de la Iglesia fundada por Jesucristo, sino, con mucho más fundamento, de lo que debe ser un prelado que, habiendo nacido de humilde prosapia, tiene muchos menos motivos para engreírse y ensoberbecerse una vez elevado á tan alta dignidad, de que, por desgracia, no faltan ejemplos.

Sea como quiera, la sociedad demuestra, en el transcurso y desenvolvimiento de sus sucesos, que, ya justa, ya injustamente, el *hombre* nada puede por sí si no cuenta con el apoyo y protección de otro *hombre*; apoyo y protección que vienen á ser, en último resultado, expresión de la Providencia sensibilizada acá en la tierra: esto es, de bienandanza para la humanidad, si el protegido sale bueno; de plaga para la misma, si el favorecido resulta malo. ¡No de otra suerte sucede con los ríos caudalosos: elemento de fecundidad para las tierras que riegan, son principio de devastación para los terrenos que inundan!

JOSÉ MARÍA SBARBI.

UN ENIGMA LITERARIO.



**El Quijote de Avellaneda.—Novísimas investigaciones.
La clave.**

Nos hallamos ante un enigma literario hasta hoy. Sabido es que antes de publicar Cervantes la parte segunda de su *Quijote*, salió otra como escrita por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas, con prólogo ofensivo á aquel autor, si bien reconociéndole supremacía en las novelas (1).

Diéronse desde los últimos años del siglo anterior algunos escritores á investigar quién pudo ser el autor oculto bajo aquel nombre.

D. Juan Antonio Pellicer lo creyó religioso dominico, sin advertir que el Avellaneda ensalza como el mejor Santo al bienaventurado Bernardo, Doctor de la Iglesia. Asimismo lo llamó aragonés con Cervantes en los momentos primeros de la publicación. Y fundábase Pellicer en que usaba palabras y frases aragonesas, como, por ejemplo, *mala gana* y *menudo*.

Poco se alcanzaba en las cosas del idioma á este eru-

(1) Scarron, en *Le Roman comique*, opinaba lo mismo.

dito, que en otras lo era mucho. Lope de Rueda, poeta y actor andaluz, en *Cornudo y contento* dice de una mujer que está *de mala gana* en vez de *enferma*; la palabra *menudo* se halla usada también por Lope de Rueda y aun por Mateo Alemán, escritor sevillano igualmente, en la *Vida de Guzmán de Alfarache*. Y por último, en un *Confesonario en lengua castellana y mejicana*, compuesto por el P. Juan Baptista (Méjico, 1599 y 1600), se usa la voz *menudo* (1).

Otro tanto puede decirse de la frase *Á la que* sucedió tal ó cual cosa y de otras parecidas. Cervantes mismo usó de ella en la batalla de D. Quijote con el Vizcaíno. «El decir esto y el apretar la espada y el cubrirse bien de la rodela y el arremeter al Vizcaíno, todo fué en un tiempo llevando determinación de aventurarlo todo *á la* de un solo golpe (2).»

El autor no fué ni pudo ser aragonés. En la descripción de la sortija en Zaragoza se habla de estatuas de personajes que ornaban el Coso. ¿Y cómo siendo de aquel reino habría olvidado poner á algunos de sus capitanes insignes, y preferido las imágenes de un Antonio de Leyva y de un D. Fernando Álvarez de Toledo, gran Duque de Alba? Esta falta de aragonismo en Avellaneda corrobora que no había nacido en aquella tierra, donde sus hijos y más en aquel entonces demostraban un exaltado amor á ella, á sus costumbres, á sus varones eminentes, etc.

Insisto en que no fué aragonés, afirmelo quien lo afir-

(1) Pág. 25: «También hay dudas acerca del comer de los menudos y extremidades de los animales en sábado.»

(2) Cervantes á veces introduce frases manchegas y de la Mancha de Aragón, como cuando en un soneto de la primera parte, dirigido á Sancho Panza, le dice:

«Que sólo *á tú* nuestro español Ovidio,»

en vez de *á tí*, modismo que también es aragonés.

me: opinión que no puede sustentarse ni aun con argumentos de lejanas verosimilitudes. Se alzarán contra ellos invenciblemente el recto criterio. Fíngese por el mismo escritor que al llegar á Zaragoza D. Quijote tropieza con los ministros de justicia que llevaban á un ladrón recibiendo azotes. Quiere libertarlo á viva fuerza: lo desarmen y llevan á la cárcel, donde le ponen en cepo y con esposas, y se acrimina de tal suerte el caso, que el Justicia Mayor, sin más informaciones, ordena que saquen á Don Quijote á la vergüenza *hasta conocer jurídicamente la verdad del delito*. Por súplicas de D. Álvaro Tarfe lo mandan soltar sin costas.

El que escribió esto, ¿qué había de ser aragonés? ¿Quién era allí tan ignorante ó rústico que no supiese que la justicia ordinaria se ejercía por el magistrado real llamado Zalmedina, y que el Justicia Mayor, supremo magistrado, sólo intervenía en las causas criminales por mediación, esto es, para poner su autoridad entre la de los jueces reales y el que en sus causas ó pleitos se quejaba de la violación de las leyes?

¡Gracioso aragonés el Avellaneda, que ignoraba lo que en Aragón sabían hasta los niños de escuela!

¿Y qué diremos de la opinión de que Fr. Juan Blanco de Paz, enemigo de Cervantes en Argel, pudo escribir el segundo *Quijote*? Falta la primera de todas las condiciones para la probanza, y es que el tal Blanco viviese en 1614.

Porque Cervantes habló mal del autor de la *Pícara Justina* como escritor, se ha querido adjudicarle la paternidad. Y ¿el estilo? ¿Cabe comparación entre aquél tan abigarrado y estrafalario y confuso, con el sencillo y claro de Avellaneda?

Yo admití en mi juventud la idea de que pudiera ser

Fr. Luis de Aliaga, confesor de Felipe III. Algún que otro literato la seguían, teniendo por origen la indicación de Pellicer de que el Arzobispo de Tarragona, su hermano, protegió la publicación del *Quijote* de Avellaneda. Y ciertamente *sin favor* no se permitía dar entonces á luz folletos ó libros sin nombre ó con nombre oculto; mas al cabo há sus quince ó diez y seis años que hube de retirarme de esta opinión, por haber observado unas palabras de Cervantes que encaminaron á un punto más seguro mis estudios.

Lo de que Fr. Alonso Fernández, dominico y encomiador especial de las excelencias del Rosario, pudiese haberlo escrito, no pasó de una ligera indicación mía, ó remota ó indeterminada hipótesis que se presentaba para que otros dirigiesen sus investigaciones á averiguar por otro camino el nombre del autor, fingido Avellaneda.

Los diligentes cervantistas Sres. D. Francisco María Tubino y D. Ramón León Márquez, han creído, separadamente cada uno, que Lope Félix de Vega Carpio lo fué. Aparte de los argumentos poco convincentes, y de la falta de *pruebas inductivas* para no admitir á discusión este parecer, basta cualquier inconveniente moral, porque ese tiene más derecho á la razón que aquello que ingeniosamente se quiera considerar posible.

En 1605 criticó Cervantes á Lope de Vega en la primera parte del *Quijote*.

Con la portentosa facilidad y viveza de espíritu de Lope, ¿era posible que sufriese en silencio el agravio, si tal lo consideró? El desahogo de escribir el nuevo *Quijote* se hubiera tomado instantáneamente.

Claro es que el competidor de Cervantes no tendría esa facilidad de escribir en brevísimo tiempo un libro.

Además, Lope no estaba exacerbado contra Cervantes.

Éste acababa de darle el sumo de los elogios en el *Viaje del Parnaso* (1611):

«Llovió otra nube al *gran* Lope de Vega,
Poeta insigne, á cuyo verso ó prosa
Ninguno le aventaja ni aun le llega.»

¿Y satisfecho con este homenaje á su talento, en pago había de denostar, como denostaba, el autor del otro *Quijote* á Cervantes tres años después?

Esto, como se ve, carece absolutamente de probabilidad.

En 1874 publiqué mis sospechas sobre que Alarcón, el poeta dramático, pudo ser el autor verdadero, y consigné las razones en que por una y otra inducción traté de llevar el convencimiento al ánimo de mis lectores.

Fueron contradichas sin argumentos y hasta declaradas sin fuerza por algunos amigos míos, que no encontrando aquéllos apelaban á calificar mis juicios como efectos de una gran ingeniosidad aplicada al caso.

No cedí en mi empeño: proseguí en mis investigaciones; y sin servirme de los argumentos de entonces, que en mi libro están vivos, para corroborar mis asertos de hoy, presento la clave del enigma para su resolución con novísimas y prepotentes razones.

LA CLAVE.—I.º Costumbre ha sido en algunos autores notables, cuando han dado á luz una obra ocultando su nombre, poner en ella determinadas frases, palabras ó combinaciones, para manifestarlas en su día, si les place, como irrefragable probanza de la persona del verdadero autor.

El Avellaneda empieza así el capítulo I de su libro:

«El sabio *Alisolan*, historiador no menos moderno que verdadero, dice que siendo expelidos los moros agarenos de Aragón, de cuya nación él descendía,» etc.

Vamos á ver si aquí está la clave del enigma. *Alisolan* es palabra compuesta de dos nombres: el uno *Alí*, arábigo, el legítimo, el verdadero. Entre los españoles cristianos considerábase nombre de *Príncipe* (1), ó moro de alta guisa ó calidad, de donde vino el antiguo proverbio *No mates moro que se llame Alí*, para dar á entender que teniendo este nombre era el tal un Príncipe ó personaje por cuya libertad se podría obtener un superior rescate.

Recordemos que en el torneo burlesco de San Juan de Alfarache, del mismo Alarcón, se puso ó dejó poner el nombre festivo de *D. Floripando Talludo, Príncipe de Chunga ó de la Chunga*, aludiendo en el *pando* á su joroba (2).

Y *Solan* ¿qué es? Una voz hebrea acerca de la cual mucho se ha escrito. Significa, según algunos, cierto género de langosta. La cicala (*zachala*) en caldeo, como en caldeo *goba* igualmente, de donde vienen *gobbo* en italiano, «el jorobado,» y el *gibbus vel gibossus* en latín, con más adulteración, y la *jiba* y el *jiboso* en español, etc.

Solan ó *Solhhan*, otro linaje de langosta, que algunos deducen de la raíz *Sullam*, que significa «escala,» ó de *Sallal*, «elevó.» David Kimchi, de tanta autoridad en la lengua hebráica, define así la voz *Solhhan*: género de langosta, de cabeza más larga que ancha, sin cola, alta y jibosa.

Solla es asimismo en hebreo «colmo, montón ó túmulo,» palabras que concuerdan con la de joroba ó jiba, que la forma se asemeja á un montón, colmo ó monte. Cuenta el español en sus maneras de decir «tener un monte por

(1) Por el Príncipe *Alí*, yerno de Mahoma. *Halalí* es nombre que significa el toque de los cazadores para significar que el *ciervo* va de remate.

(2) Hay un proverbio antiguo que dice: *Caballo pando, buey corvado*. Tráelo Valverde de Arrieta en los diálogos de la *Fertilidad de España*. Madrid, 1578.

joroba.» Fr. Pedro de Valderrama (1), ilustre agustiniano de Sevilla, escribía: «¿Qué mayor venganza que ponelle delante de los ojos, para afrenta suya..... á un monte que él traía á cuestras en sus espaldas?»

Así, pues, *Alisolan* viene á ser el «Príncipe joroba, ó de la joroba ó jorobado.» Con alguna persona docta en lenguas orientales, que las había en nuestras universidades, se confió el Alarcón, el cual le dió esa forma al nombre del supuesto moro, para decir en aquél quién era el autor del libro (2).

Bien pudo el que en una gira de San Juan de Alfarache se llamó *D. Floripando Talludo, Príncipe de la Chunga*, aludiendo en lo *pando* á la joroba por vía de divertimiento, denominarse ocho años después «el Príncipe jorobado (*Alisolan*)» en árabe y hebreo, para encubrirse á los ojos del vulgo, y decir á su contrario Cervantes la verdad en la confianza de que no sería conocida de éste, con lo que llevaba á lo sumo su burla, no sólo para con él, sino para con los dados de sabios y de perspicaces entonces, ahora y luego.

2.º Y prosiguiendo en tal manera de ocultación en que se dicen las cosas, sin aparecer á primera vista que se han dicho, no escribió que *Alisolan* tenía por patria á Aragón, sino que fingiéndose moro, refirió *que de Aragón descendía*, con lo que el autor consignaba lo que era verdad igualmente.

Esto fué un ingenioso juego de palabras. Al decirse descendiente de aragoneses, aludió á que los Alarcones traían origen de Fernán Martínez de Ceballos, conquistador de

(1) *Ejercicios para las dominicas de Cuaresma*: Sevilla, 1603.

(2) El Alonso Fernández pudo ser puesto por Alarcón en recuerdo del Dr. D. Alonso Fernández de Bonilla, electo Arzobispo de Méjico en 1592 hasta 1600.

la fortaleza de Alarcón, cerca de las sierras Valerianas ó de Cuenca. El territorio de Alarcón se halla en la Mancha, conocido por de *Monte-Aragón*, solar de aquella familia. Fernán Pérez de Alarcón, tercer señor de Valverde, quinto de Talayuelas y primero de las Veguillas, *en la raya de Aragón*, fué valeroso caballero, según J. P. Mártir Rizo en la *Historia de Cuenca*.

Alarcón empezó su *Quijote* engañando con la verdad. El mismo Cervantes creyó en los primeros momentos aragones á su adversario.

Cervantes no llama (en la segunda parte, cap. XXIV) Mancha de *Monte-Aragón* al citado territorio, sino *Mancha de Aragón*, al hablar de que Maese Pedro lo recorría con el retablo de la libertad de Melisenda. «*Mancha de Aragón*, escribe Covarrubias en su *Tesoro*, fué dicha antiguamente *Monte-Aragón*, por un pueblo que allí estaba de este nombre. Era comarca áspera y no cultivada en aquel tiempo.» Y en otro lugar asimismo escribe: «Alarcón es apellido de casa muy noble, de donde descende el señor Alarcón, Marqués de la Valle Ciciliana, y muchos caballeros, señores de villas y lugares de la Mancha.»

Hay, pues, que notar aquí que, según Julián del Castillo (*Historia de los Reyes godos*: Madrid, 1624), son descendientes de esta casa los de Mosén Alonso de Alarcón, cuyos descendientes han poblado en muchas partes de la Mancha y castillo de Garcimuñoz, y *en Montiel*, de donde descende D. Diego de Alarcón y Quintana, padre de D. Diego y D. Luis de Alarcón, que en la Torre de Don Jimeno gozan de conocida nobleza.

Y para que se vea cuán exacta es la frase de Avellaneda al señalar su origen, nótese que en el libro *Predicación evangélica en el Nuevo Mundo*, por el P. Gregorio García (Baeza, 1625), dice: «Y como llaman *Mancha* (habiendo de

decir *Marca*) al campo de Montiel, pasada Sierra-Morena, porque confina con la que en rigor es Mancha, ó, hablando propiamente, *Marca de Aragón, llamada así porque la poblaron aragoneses.*»

Así Alarcón pudo escribir que *descendía de la nación aragonesa.*

Queda comprobado quién era Alisolan, procedente de Monte-Aragón (1).

3.º Vamos á encontrar la explicación de decirse el Alonso Fernández de Avellaneda *natural de Tordesillas.*

Sobre la prosapia de los Alarcones, Juan Pablo Mártir Rizo, en la ya citada *Historia de Cuenca* (Madrid, 1629), se expresaba en estos términos:

«Casa de los Marqueses de la Valle Ciciliana y de los señores de Valera de Arriba.—Hernando Ruiz de Alarcón (cuarto señor de Valverde) fué padre de *Diego* Ruiz de Alarcón, y no hermano, como Jerónimo de Ponte y otros nobiliarios escriben. *Diego* Ruiz de Alarcón casó dos veces: de la primera descenden por varonía, en Carrión, caballeros de este apellido, y *de la segunda proceden* D. Antonio de Leyva, caballero de la Orden de Calatrava y presidente que fué de la provincia del Principado de Ultra, en el reino de Nápoles, y D. Fernando de Burgos, comendador de Pozorrubio en la Orden de Santiago, caballero de Felipe IV nuestro señor y teniente de sus guardas españolas, y *otra mucha nobleza de Tordesillas* y otras partes. Tuvo de este segundo matrimonio, por su hijo mayor, á Hernando de Alarcón, Marqués de la Valle,» etc.

Resulta patente el hecho de haber existido muchos in-

(1) Jerónimo de Quintana (*Historia de Madrid*) dice: «Los caballeros de este apellido (Alarcón) son más naturales de la Mancha de Toledo que de esta villa.»

dividuos del apellido de Ruiz de Alarcón, apellido del célebre poeta corcovado en *Tordesillas*, la supuesta patria del fingido Alonso Fernández de Avellaneda, *licenciado* también como Alarcón.

D. Luis Fernández-Guerra y Orbe, aquel galano é ingenioso autor del libro cuya lectura tanto encanta, y que tiene por asunto á D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, considera «indudable la consanguinidad de los abuelos del Terencio español con el señor de Valverde y de Bonache, D. Diego Ruiz de Alarcón, servidor de Carlos V y padre de D. Juan, Maestre de Campo de Felipe II.»

Al poner, pues, Alarcón en su *Quijote* que el autor era natural de *Tordesillas*, no hizo otra cosa que consignar un recuerdo más de su linaje, atribuyéndole por patria la patria de una parte de su familia y aun de alguno de sus ascendientes.

Pasemos á esforzar estos argumentos por medio de las siguientes indagaciones con la clara brevedad que nos sea posible.

Investigación 1.^a—¿Ha hecho Cervantes alguna indicación de quién fué el Avellaneda? Sospechas contra Alarcón.

Notorio es que desde la publicación de la primera parte del *Quijote* de Cervantes á la segunda suya, se hizo la de otra como escrita por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, *natural de Tordesillas*.

Creyó Cervantes que el autor era aragonés: esto en los primeros momentos. En son de sarcasmo lo llamaba escritor fingido y *tordesillesco*, en cambio de los insultos literarios y personales que aquél le dirigiera.

En el capítulo I del libro IV del *Persiles y Sigismunda*, póstumo libro suyo, y cuando ya habían pasado los impe-

tuosos y naturales efectos del enojo de Cervantes, nos designa claramente, cómo quien rectificaba un precipitado juicio, á un autor *tordesillesco y corcovado*.

Entre varios aforismos, que supone escritos en un libro en blanco (hoy en terminación bárbara se diría, como se dice, *álbum*), por los personajes de la novela, cita uno, *uno solo*, de quien no aparece para otra cosa el nombre de él; circunstancia como para llamar la atención del lector, cual si en ello algún misterio se encerrase, y *aforismo que* (según expresa) *le había dado gran gusto por la firma del que lo había escrito*. Y la firma, nótese bien, era *Diego de Ratos* (1), *corcovado, zapatero de viejo en Tordesillas, un lugar de Castilla la Vieja, junto á Valladolid*.

¿Con que le había dado gusto por la firma? ¿No es así? Y la firma pertenecía á uno de *Tordesillas*.

¿Cabe en certera crítica imaginar que Cervantes inventase sin intención alguna, y después de lo ocurrido, un *zapatero de viejo en Tordesillas*, sin que en ese *zapatero de viejo* aludiese de un modo indubitable al Avellaneda, que además se mentía natural de aquella villa?

Parece del todo racionalmente imposible que esto se dijese por acaso, con indiferencia ó por capricho. Muy inmediata se hallaba la hora de aquel agravio tan sentido, para que la cita de la palabra *Tordesillas* no llevase en sí alguna queja, algún desenfado.

Irreflexivamente se podrá creer, ó con reflexión fingir que se cree, para no tener que rendirse á la evidencia, que Cervantes escribió aquí sin relación á determinada persona. ¡Ya era fácil que nombrase Cervantes á *Tordesillas* sin por qué! Y ¿á quién lo aplica? Á un escritor cali-

(1) *Ratos* ó *ratones*, animalejos con lomo en forma de *corcova*. Aludiéndose á Alarcón se habla de dos *corcovas*, una delante y otra detrás, según unos sabidos versos.

ficado de *zapatero de viejo* (1), para significar que era malo y *corcovado* para señalarlo por su defecto público.

Apostrofó de manco Avellaneda á Cervantes, y éste en el *Persiles*, denomina *corcovado* á un autor *tordesillesco*.

¿Qué poeta *corcovado* había en vida de Cervantes y á quien Cervantes no dió muestras de aprecio?

Á D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, autor de algunas excelentes ó buenas y pocas y de otras desatinadísimas y obscenas comedias, no nombra en el *Viaje del Parnaso*. Claro es que lo consideraba muy inferior poeta. Alarcón jamás cita con encomio ó sin él á Cervantes en sus comedias, como hicieron tantos y tantos de sus contemporáneos y aun posteriores (Lope, Tirso de Molina, Vélez de Guevara, Calderón, Solís, Cañizares, etc.) La malquerencia mutua y el mutuo desvío se hallan patentes.

Previó Cervantes que debería tener muchos quejosos entre los no inclusos con alabanzas en el *Viaje del Parnaso*; omisión que en sí llevaba mal ó poco buen concepto.

«Unos, porque los puse me abominan;
Otros, porque he dejado de ponellos,
De darme pesadumbre determinan.»

Y como ya se habrá observado, mostrábase receloso de sus venganzas.

(1) Aludió Cervantes en el *Viaje del Parnaso* á otro zapatero:

«Uno que al parecer iba mohino,
Con ser un *zapatero de obra prima*,
Dijo dos mil, no un solo desatino.»

Con este detestable poeta fueron echados al mar, por la zaranda de Mercurio, *un ciego, un tundidor y un sastre*, bien porque tuviesen estas circunstancias, bien porque así agradase llamarlos irónicamente á Cervantes. Véase la *Tentativa de aprovechamiento crítico*, de D. Plácido Guerrero: Madrid, 1785.

«Poníanseme yertos los cabellos
De temor de encontrarme algún poeta
De tantos que no pude conocellos,
Que con puñal buído ó con secreta
Almarada me hiciese un agujero,
Que fuese al corazón vía reta.»

Este descubrimiento, aunque con menos observaciones, hice en 1874 (1). Han transcurrido quince años, y estudios novísimos vienen á fortalecer la verdad de que continuándolas por el camino indicado en el libro postrimero de Cervantes, lograremos que el enigma quede resuelto.

Hay que seguir, pues, ese indicio cual procedería un juez en la investigación de un delito cuyo autor, con certidumbre ó verosimilitud, no se supiese. Á Cervantes infirió heridas en la honra literaria uno que se decía natural de *Tordesillas*. En las cercanías de su muerte nos habló de un corcovado en esa villa que escribía aforismos dándola de sabio. Hay que dirigir las averiguaciones contra un *corcovado*, conocido autor de su tiempo, y en el que no sólo no concurren circunstancias de amistad, sino motivos de agravio.

Pasemos á identificar las personas sin pasiones, sin ilusión y con inflexible lógica.

Investigación 2.^a—Reminiscencias de un suceso de la vida de Alarcón en el Quijote de Avellaneda.

Á D. Diego de Astudillo Carrillo se escribió una carta sobre un torneo burlesco que se hizo en San Juan de Alfarache el día de San Lorenzo del año de 1606, en que fué

(1) *Varias obras inéditas de Cervantes*: Madrid, por A. de Carlos é hijo, editores.

secretario Miguel de Cervantes y fiscal D. Juan Ruiz de Alarcón (1).

De este torneo y de esa narración hay recuerdos en el *Quijote* tordesillesco.

1.º En el capítulo XI se habla del juego de sortija á que concurrió el héroe en Zaragoza, y se dice: «Y el señor D. Quijote, ¿qué librea ha de sacar? No dejemos al mejor jugador sin cartas, porque á mí me parece que la saque de *verde*, de color de alcacel, que es *esperanza*, pues él la tiene de *alcanzar* y ganar todos los premios de la sortija.»

¿Qué se conoce que tuvo muy en la memoria al escribir tal el autor? ¿Lo que en la carta á Astudillo se refiere que sacó el mantenedor del torneo? Esta letra, casi con las mismas palabras:

«Vamos vestidos *de verde*
Por mostrar nuestra *esperanza*,
Que quien no espera *no alcanza*.»

2.º En el mismo *Quijote* dice el falso Avellaneda: «Llevaron aquellos caballeros los precios que habían ganado cada uno á su dama; y D. Álvaro, que tenía el sujeto de sus pasiones en Granada, dió el suyo, que eran *unos guantes* de ámbar ricamente bordados, á una doncella *harto hermosa*.»

Aquí ¿qué hizo el Avellaneda? Se encontró con un suceso, el de la sortija, parecido hasta cierto punto al del torneo, y recordó y escribió lo recordado, es decir, el premio y su destino.

En la carta á Astudillo se lee: «Torneó con el Ayudante

(1) Se publicó por el Excmo. Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, gloria de la erudición española contemporánea; carta ó relación que es y puede tenerse por de Cervantes.

del Mantenedor, y con tan buen brío lo hicieron entrambos, que salieron premiados con dos pares de *guantes*. Presentólos á una dama tapada el aventurero.» Y el aventurero fué D. Juan Ruiz de Alarcón.

He aquí un recuerdo de un hecho de su vida, recuerdo involuntario y naturalísimo. El Avellaneda añadió lo que el autor de la carta á Astudillo no sabía ó no quiso decir: que la dama á quien los *guantes* se ofrecieron en el torneo era *doncella y harto hermosa*. Por eso Alarcón lo consignó en el *Quijote* como una grata memoria de aquellos días.

3.º En la sortija dan á *D. Quijote* como premio dos docenas de agujetas grandes de cuero, diciéndole el juez: «Yo, *segundo Rey D. Fernando*, os doy con mi propia mano á vos, el invicto caballero andante..... esta insigne joya, que son unas *cintas traídas de las Indias*..... para que las deis, pues sois caballero desamorado, á la dama que os pareciere que tiene menos amor. *D. Quijote* ofreció las cintas á una *honrada vieja* que estaba en una ventana.»

Esto sucedió poco más ó menos á Roque de Herrera, uno de los torneantes de San Juan de Alfarache, que aprovechándose, según la carta de la letra del *Tanto monta del Rey D. Fernando*, explicó el costo de las invenciones con que se presentaba al torneo; y ¿qué obtuvo de premio? *Cintas* y sortija. Y ¿á quién entregó, como obsequio, ese premio? Á una dama, de quien dice la carta «que en su mala cara se conoció ser el cuidado de Roque de Herrera, y que sus años dijeron lo mismo,» á saber, que era *vieja y fea*.

4.º Dice D. Alvaro Tarfe en el *Quijote*: «Todos habemos de salir en ella (la sortija) de librea, echando, al entrar en la calle, sus *motes volantes* ó escritos en las tarjetas de los escudos, que contengan dichos de risa y pasatiempo.....»

En el torneo burlesco entraron los aventureros en igual

forma. En la carta á Astudillo se lee: «*Otras letras recogí que iban echando por el patio.*»

La igualdad está patente, como patente el recuerdo del autor quijotesco.

5.º Al hablar de la cena, después de la sortija, dice éste:

«Entraron por la sala dos extremados músicos con sus instrumentos y un mozo, que traían los representantes, gallardo *zapateador*. Cantaron muchas y muy buenas letras y tonos los músicos, y después zapateó y *volteó* el mozo por extremo; y mientras lo iba haciendo, bajó Don Carlos la cabeza y preguntó á Sancho, de manera que todos lo pudieron oír, si se atrevería á dar *algunas* vueltas de las que aquel mozo daba, el cual respondió bostezando:—Pardiobre, señor, que *voltearía* yo lindísimamente recostado ahora sobre dos ó tres jalmas. Este diablo de hombre no debe tener tripas ni asadura, pues tan ligero salta.»

He aquí otro recuerdo del torneo burlesco de San Juan de Alfarache. Aquí no sucedió el hecho en cena después, sino en almuerzo antes. De ese modo lo cuenta la carta á Astudillo: «Y así, acabado un manjar, tardaba tanto en venir otro, que daba lugar á Juan de Ochoa para que esgrimiese sobre los manteles; á Alarcón para que *voltease*, y á Gayoso para que se mejorase de puesto.»

¿Puede haber duda alguna en que Alarcón, como Avellaneda, recordaba en el *Quijote* sucesos propios y muy propios de ocho años antes? (1).

(1) Fr. Francisco de Alcocer, *Tratado del juego* (Salamanca, 1559): «El *voltear* así sobre una maroma ó sobre espadas cruzadas y en otras maneras..... regocijo y juego que se inventó y usa para recreación y alivio de los trabajos corporales; el cual ejercicio, como se haga sin peligro de la vida ó lesión corporal de los *volteadores*, es regocijo lícito.» Juan Rufo, en *Las*

6.º Otro recuerdo más. El escudo de los Alarcones es cruz de oro hueca floreteada en campo de sangre, según Argote de Molina (*Nobleza de Andalucía*), y por orla ocho aspas de oro en campo rojo, por el día de San Andrés, que fué el de la conquista de Alarcón. Gracia Dei la llama cruz de oro buidada y floreta y una orla azul (con las aspas de oro).

Las armas del Marqués de Valdesiciliana, cuyos apellidos eran los mismos de Alarcón y Mendoza, contenían la cruz sobredicha en un lado, y al otro el AVE MARÍA, según el citado Gonzalo Argote de Molina.

D. Quijote, en la sortija de Zaragoza, entró llevando en la punta del lanzón un pergamino grande tendido, escrita en él con letras góticas el AVE MARÍA y en la adarga su explicación:

«Soy muy más que Garcilaso,
Pues quité á un turco cruel
El AVE, que le honra á él.»

Más adelante D. Quijote dice: «Esta mañana, al asomar por los balcones de nuestro horizonte el ardiente enamorado de la esquiva Dafnes, me coroné con el *Ave* de la fortaleza de Dios, habiéndole quitado como muestra la letra de mi adarga á un desafortado *turco que la traía colgando de la cola* de un soberbio frisón, con quien pasó delante de mi balcón, irritando mi cristiana paciencia; pero topó en mí otro manchego, Garcilaso, con más bríos y años que el primero, que vengó tal insolencia.»

No es posible aquí la duda. En todo ello hay un re-

seiscientas apotegmas (Toledo, 1596), habla «de los buratines que *volteaban* sobre maroma haciendo cabriolas y á veces dentro de un saco, sin otras pruebas tan monstruosas que parece que los entendimientos negaban el crédito.»

cuerdo familiar. Claro es que Alarcón, al querer introducir uno en su libro, no habría de poner el más conocido, el de la cruz de San Andrés, para que todo se convirtiese en secreto á voces para ciertas y ciertas personas; por eso empleó otro no tan sabido, el del blasón del AVE MARÍA, exaltándolo sobre el del famoso Garcilaso de la Vega, y dando preeminencia á tal empresa por el entusiasta amor de la familia; empresa arrebatada á un infiel por alguno de los suyos quizás en más esclarecida victoria.

Lo que pudiera parecer casualidad indiferente, es de importancia en el asunto, dados tantos y tales hechos.

Al presentarse en el Coso de Zaragoza D. Quijote para tomar parte en públicos regocijos, quiso el novelista de Tordesillas, por medio de una ingeniosidad, simbolizar la aparición del libro en el teatro del mundo; y así como en las portadas solían poner los autores sus escudos de armas, en esta escena colocó la mitad de él de una de las ilustres ramas de los Alarcones.

No se olvide, á propósito de esto, lo que dice D. Quijote acerca de que la empresa era llevada *por un turco colgando de la cola de un soberbio frisón*.

En la carta á D. Diego de Astudillo se narra que en el torneo burlesco entró D. Juan Ruiz de Alarcón llevando á su lado «un hombre vestido de perro con un rótulo de letras grandes *debajo de la cola*, que decía: *Así es mi dicha.*»

Investigación 3.^a—Reminiscencia del torneo de San Juan de Alfarache en la segunda parte del Quijote de Cervantes.

Capítulo XXXVI. «Y estando todos así suspensos, vieron entrar por el jardín adelante *dos hombres* vestidos de luto..... éstos venían tocando dos grandes tambores, así-

mismo cubiertos de negro. Á su lado venía el *pífaros*, negro y pizmiento como los demás. Seguía á los tres un personaje..... que venía *cubierto el rostro con un transparente velo negro.*»

Pues bien: en la carta á Astudillo así se describe la entrada de uno de los torneantes: «Cuando al son de *dos* templadas cajas y un claro *pífaros*, pareció en el patio Don Rocandolfo de la Insula firme.»

Aquella entrada fingida es recuerdo de ésta verdadera á que Cervantes se halló presente.

Y no se crea que pudo ocurrir á éste el pensamiento por acaso. No: porque los tambores y pífaros y el mensajero, no son otra cosa que los predecesores de la dueña dolorida que venía «del famoso reino de *Candaya*, que cae entre la Trapobana y el mar del Sur, dos leguas más allá del cabo Comorín, (donde) fué señora *la Reina Doña Maguncia.*» (Cap. XXXVIII.)

Y esto ¿por qué se puso? Porque Cervantes lo recordó del torneo de San Juan de Alfarache, en que se presentó un mensajero *con antifaz delante* del rostro y una carta que empezaba así: «*La sabia Maguncia, señora de las imaginadas ínsulas.*»

Como se ve, es otra remembranza más en la descripción de una aventura ideada para divertirse con D. Quijote los Duques.

Si esto pasó á Cervantes, ¿cómo se podrá negar la validez de los otros recuerdos en la probanza de que en el *Quijote* tordesillesco están, por la poderosa razón de que el autor y Alarcón, sujeto de alguna de algunas de las aventuras, eran una persona misma?

Investigación 4.^a — Observaciones que corroboran todo lo dicho.

El autor era indiano, y en Méjico nació Alarcón.

Las citas de las Indias son frecuentísimas en el *Quijote* de Avellaneda.

Capítulo XIII. «Con la mejor policia que pueden imaginar cuantas imágenes hay en las boticas y tiendas de todos los pintores del Nuevo Mundo.» Aquí se habla por conocimiento propio.

Capítulo XXV. Dice Sancho: «No soy yo de los negros de *las Indias*.» ¿Pues qué, no había esclavos negros y aun blancos en España? ¿Por qué el recuerdo de los de Indias?

Archipámpano de las Indias dice dos veces y una Archipámpano de Sevilla, que es como se decía y decimos por acá. (Cap. XXXII.)

No es menos significativo el hablar Sancho reiteradamente de *zaragüelles de Indias* (cap. XXXVI); ¿cómo un rústico de la Mancha hablaba de costumbres de América?

De los pajes del Archipámpano dice que deben de nacer allá en las *Indias de Sevilla*, en que parece aludirse á la Casa de contratación establecida por entonces en aquella ciudad.

Compréndese muy bien este recuerdo, conocida la clave de ser Alarcón el autor. Cuando vino de Méjico á Sevilla el año de 1606, cuando en 1609 tornó á su patria y cuando regresó á la Península en 1611, tuvo ocasión de admirar la vida mercantil de las *Indias* de Sevilla (Casa de contratación de Indias).

Hay más: en esta ciudad residían algunos de sus parien-

tes, los Alarcones, y otros con puestos en el Consulado de la Universidad de cargadores de Indias (1).

Pero cuando más patente se descubre lo mejicano del autor es en el capítulo IV, al copiar aquella *curiosa aunque ajena copla*:

«Sus flechas saca Cupido
De las venas del Perú,
Á los hombres dando el *cú*
Y á las damas dando el *pido*.»

Cú dice el Avellaneda que es un plumaje de dos relevadas plumas que suelen ponerse algunos sobre su cabeza, y por ahí sigue atribuyendo á la palabra hasta equívocos y satíricos significados.

Y *cú* digo yo que es voz mejicana, y en Méjico debió aprender Alarcón esta copla. El origen de ella se encuentra en los adoratorios de los antiguos habitantes, de donde vino la metáfora por ponerse unos y otros en lugares ó altos ó eminentes. Bernal Díaz del Castillo, historiador primitivo de la conquista de Méjico, y otros posteriores, citan reiteradamente la palabra *cú*. *San Juan de los Cúes* aparece como nombre de un pueblo de los reinos de Nue-

(1) Cónsul fué varias veces Juan de Alarcón. En 1.º de Junio de 1596 estuvo en Sanlúcar de Barrameda al despacho de la flota de Luis Alfonso de Flores; en 4 del mismo mes, al siguiente año, al de la flota del general Pedro Menéndez Marqués; en 1598 pasó á Madrid en representación del Consulado para que se cumpliesen los asientos en la Casa-Lonja. En 20 de Mayo de 1601 decía Lope Díaz de Almendáriz que el Alarcón era «persona de mucho valor y experiencia (para una comisión) y otras cosas de mucha más calidad.» Estaba casado con Doña Luisa de Miranda. *Bartolomé de Alarcón*, hermano de D. Juan, hallábase avecindado en Lisboa, y tenía poderes para nombrar escribano de los navíos que de allí salían para Guinea y otros países á fin de cargar de esclavos con destino á las Indias de Castilla. *Alonso de Alarcón* fué nombrado en 1.º de Septiembre de 1620 escribano público de Sevilla, y también del Consulado. (*Archivo de Indias*, en Cádiz.)

va España. (*Diccionario geográfico* del coronel Alcedo: Madrid, 1786.)

En labios de Sancho pone Alarcón (cap. VIII) en un instante de disgusto: «Estoy por irme desesperado por esos mundos y esas Indias.» El autor constantemente las tenía en el pensamiento. En ellas estaba su patria.

Explícate así la gran devoción á la Virgen del Rosario en el Avellaneda, según las repetidas citas que de ella hacía.

En las flotas y en los galeones que iban ó venían á América ó de América, se llevaba en la *Capitana* (1) una imagen de Nuestra Señora del Rosario como de un metro de alta, y sujeta con una argolla para que los vaivenes de los buques no la derribasen del altar.

Conocíanse por las *Capitanas* estas imágenes, y recibíanse en Cádiz solemnemente por la Comunidad de los Padres predicadores, llevándolas en procesión á su templo, donde permanecían en altar propio mientras no se hacían al mar de nuevo los galeones y las flotas.

Por tanto, la Patrona de tan largos y difíciles viajes excitaba la devoción de los navegantes, y de este modo se comprenden en Alarcón estos recuerdos predilectos á la Virgen del Rosario (2).

Investigación 5.^a

Parece que se alude de incontrovertible modo á Don Juan Ruiz de Alarcón como infeliz poeta por Cervantes en el *Viaje del Parnaso*.

(1) La segunda nao era la *Almiranta* ó *Veedora*.

(2) En tiempos de Cervantes, como la Casa de contratación estaba en Sevilla, las imágenes *Capitanas* de Nuestra Señora del Rosario se llevarían procesionalmente á la iglesia de San Pablo del Convento de dominicos.

Y tú, por quien las musas aseguran
 Su partido, Don Félix Arias, siente,
 Que por su gentileza te conjuran,
 Y ruegan que defiendas desta gente
Non sancta su hermosura, y de *Aganipe*
 Y de Hipocrene la inmortal corriente.
 ¿Consentirás tú á dicha partícipe
 Del licor suavísimo *un poeta*,
Que al hacer de sus versos sude y hipe?
 No lo consentirás, pues tu discreta
 Vena, abundante y rica, no permite
Cosa que sombra tenga de imperfeta.

Fácilmente, al leer estos versos y recordar al poeta que *al hacer de sus versos sudaba*, se recuerda otra vez la carta sobre el torneo burlesco de San Juan de Alfarache, en que fué secretario Cervantes, en que se habla de unos versos de Alarcón á una dama que vivía triste porque le sudaban las manos. Dice: «Muy contento quedó su autor de oír leer estas décimas como si fueran buenas, en cuya vista fué declarado que *atento que consta haber sudado en hacerlas* más que la señora que con *su sudor* dió el sujeto para ellas.»

Investigación 6.^a

He aquí unas discretas defensas de la pequeñez del cuerpo y atenuación de las imperfecciones personales hechas por Alarcón en nombre de Avellaneda. En el *Quijote* de éste, con motivo del elogio de una Dama, «Verdad (exclama D. Alvaro Tarfe) que en Aristóteles, en el cuarto de sus *Éticas*, entre las cosas que ha de tener una mujer hermosa que tire á lo grande; mas otros ha habido de contrario parecer, porque la *naturaleza*, como dicen los filósofos, mayores milagros hace *en las cosas pequeñas que en las grandes*; y cuando ella en alguna parte hubiese errado en la

formación de un cuerpo pequeño, será más dificultoso de conocer el yerro que si fuese hecho en cuerpo grande.»

¿Puede hacerse una defensa más interesada de sus cualidades personales, habiendo en ella hasta su poco ó su mucho de ilusiones?

Penúltima observación.—Siempre me ha parecido extrañísimo el hecho de que el Avellaneda hable tan mal de Cervantes en el prólogo y algunos pasajes de su libro y prosiga el de aquél, en lo que viene á probar, contradiciéndose, que estimaba su ingenio. Debió ocurrir algo entre Cervantes y Alarcón que agrió el ánimo de éste, en razón de hallarse escribiendo su libro con ánimo benévolo. Nadie lo ha dicho hasta ahora. Pruébese porque de la admiración ó simpatía ha quedado un vestigio, por cierto notabilísimo, que se olvidó borrar al Avellaneda. Helo aquí:

«Las cosas que el caballero desamorado hizo y dijo, viéndose de aquella suerte, colíjanlas los curiosos de su condición y bravura, pues ya la tenían penetrada de las primeras partes de su historia, *que no se atreve el historiador de ésta, por ser tan extraordinarias y dignas de elegantísimas exageraciones, á referirlas.*»

En esta aparente modestia va envuelto el reconocimiento de la supremacía de estilo en Cervantes.

Conclusión.—Apelo al criterio de las personas que sin prevención lean ó escuchen las presentes observaciones.

Con respecto al *Quijote* de Avellaneda, ¿se han visto acumuladas tantas y tantas sospechas y tan razonables sobre un autor como es D. Juan Ruiz de Alarcón para tenerlo por el de la obra? No se trata de temeridades de mi pensamiento ni de ofuscaciones de mi pluma.

¿Puede el acaso juntar un número tal de coincidencias, siempre hacia la misma persona, en diferentes hechos

de su vida, recordados involuntariamente en ese mismo *Quijote*?

La respuesta se dará por los que desapasionada y no caprichosamente juzgan y deben juzgar de estas cosas, sin idolatrar en Cervantes ó en Ruiz de Alarcón ó en ambos, pues aquí se trata de acciones y escritos y no de ocultar por entusiasmo lo que de cierto resulte.

Desde el primer tercio de este siglo se ha querido casi canonizar á Ruiz de Alarcón, y hay quienes lo crean incapaz de haber escrito el *Quijote* de Avellaneda por la excelencia de su ánimo, y por haber compuesto en detestación de las mentiras su excelente comedia *La verdad sospechosa*, sólo argumento, sin reparar en que el poeta dice

«Que es la *verdad sospechosa*
En quien miente de ordinario.»

Y mentir de ordinario no es ocultar su nombre en forma literaria y frecuente para mayor desenfado de ingenio en un solo caso. Y se ha imaginado que esto tiene tales visos de probabilidad, y ¿qué probabilidad? de evidencia, que contra la indicación del *corcovado zapatero de viejo en Tordesillas*, hecha por Cervantes mismo, todo argumento, por más que lleve en sí las más insinuantes verdades, queda con toda rapidez desvanecido.

De manera que si inéditos estuvieran los libros de Cayo Crispo Salustio sobre la conjura de Catilina y la guerra de Yugurta, se le negaría la paternidad, porque hablan con vigorosas sentencias contra los vicios, siendo él un gran vicioso; y si asimismo inéditos estuvieran algunos del Príncipe de la elocuencia latina, no se considerarían de su pluma porque en ellos hubiese contradicciones, cuando en los conocidos los hay de toda clase por la volubilidad de su condición é incerteza en sus doctrinas.

No se olvide que desgraciadamente todos podemos todo, tratándose de hacer un mal en los deplorables instantes del amor propio ofendido. Arguye que algo desapacible habría en el carácter de D. Juan Ruiz de Alarcón, cuando los mejores poetas de su siglo, eclesiásticos seculares, religiosos, cortesanos y de todos estados, en fin, dieron en burlarse de uno y por un personal defecto: en ese uno algo ó mucho se encontraría de desfavorable ó maligno para que todos, todos, sin piedad ni respeto ni excepción, se concordasen en satirizarlo.

Trazadas quedan mis observaciones. Muchos son los fundamentos que las autorizan. Para casualidades aparecerán excesivas á los que, con viva y delicada penetración, acostumbren examinar cosas tan ocultas ó remotas. Para alardes ó divertimientos de ingenio en su numerosidad y concordancia, demuestran que no caben en lo posible, sino que pertenecen al género de las verdades.

Pero si á pesar de todo se creyese que son sutilezas, y que en vez de un estudio con apariencias de crítica he trazado una leyenda de fantasías eruditas, alabaré á Dios porque en mi ancianidad me ha concedido un numen poético aplicado á investigaciones literarias, y deploraré al par que Ruiz de Alarcón haya tenido la infelicidad de que se encuentren tantas indicaciones probatorias para denunciarlo como autor del *Quijote* de Avellaneda; conjunto de casualidades que pueden hacer que se declare reo á un inocente, pero que hay que declararlo.

Y con franqueza lo confieso. Sentiría haber presentado este descubrimiento si en algo pudiese perjudicar el nombre de D. Juan Ruiz de Alarcón, si no viese que á otro ú otro ú otros de ingenio la vaga erudición prosiga atribuyéndolo. Y escritor por escritor, adjudíquese á aquél que tiene contra ó en sí las probabilidades, conjetu-

ras y hasta fundamentos que hasta ahora ninguno tiene.

En esta cuestión entre Cervantes y Alarcón, la posteridad debe mostrarse imparcial.

Éste (como Avellaneda) se dice agraviado de Cervantes, y Cervantes se llama agraviado del otro, y en verdad (á lo que aparece) debía tenerse por tal.

¿Quién en estas polémicas se excedió contra su adversario? ¿Quién dió las causas más graves ó las primeras para ello? Entre agresor y ofendido y ofendidos y agresores, pues la muerte se llevó el secreto á las sepulturas de ambos, tanto mejor para sus respectivas memorias.

Quede sobre la tierra el juicio de sus escritos, que los críticos literarios no estamos llamados á juzgar á vivos y á muertos sin peligro de incertidumbres, errores y aun imposibilidades. Y ¿qué nos importa? Sólo debemos inclinarse con respeto nuestras frentes cuando oigamos proferir dos ilustrísimos nombres que hacen recordar las admirables obras con que engrandecieron la literatura patria.

ADOLFO DE CASTRO.

POST SCRIPTUM

ACERCA DE LA NOVELA «LA TÍA FINGIDA.»

Precisa hablar aquí de si pudo ser el Avellaneda autor de esa novela. Inédita ha estado hasta el presente siglo, en que la publicó Arrieta como de Cervantes, sin que en el manuscrito tuviese el nombre. Unos literatos han creído que debe atribuírsele y otros que no, y todos hablando sin profundas conjeturas.

D. Andrés Bello, célebre escritor americano, en carta á un erudito español, decía que no acababa de persuadirse que fuera obra de tal autor. D. Miguel Luis de Amúsátegui, en la *Vida de Bello* (Santiago de Chile, 1882), refiere que oyó hablar á Bello en varias ocasiones sobre esto, el cual se inclinaba á opinar que *La tía fingida* había salido de la misma pluma que el *Quijote* de Avellaneda, atendiendo á ciertas expresiones peculiares que son comunes á una y otra obra.

No sé cuáles encontraba Bello, porque no se indican; pero debieron ser éstas, entre otras que no cito para no alargar mi trabajo:

TÍA FINGIDA.

Vieron en una ventana de una casa
y *tienda* de carne.

Digo, D. Félix, que sólo por la muestra del paño que he visto, no saldré de la *tienda* sin comprar toda la pieza.

La ganancia que se puede adquirir abriendo *tienda* desde luego.

—
No sucedió así á *Claudia*, porque se le averiguó, por su misma confesión, que la Esperanza no era su sobrina, y que á ella y otras que en su poder había tenido *las había vendido por doncellas muchas veces á diferentes personas*. Averiguóse también sus puntos de hechicera, por cuyos delitos el Corregidor la sentenció á cuatrocientos azotes y á estar *en una escalera con una jaula y corroza* en medio de la plaza, que fué el mejor día que aquel año tuvieron los muchachos de Salamanca.

QUIJOTE DE AVELLANEDA.

La familiaridad con que trataba con el caballero... nació el echar de ver todos tenía *tienda* la forastera de entretenimientos.

—
¡Válate el diablo! ¡Bárbara la de la cuchillada! Y ¿quién te ha traído á Sigüenza? Su amo le preguntó si la conocía, y él respondió que sí, y que era mondonguera en la calle de los Bodegones, de Alcalá, y que había dos meses que la habían puesto á la puerta de la iglesia de San Juste *en una escalera con una corroza por alcahueta y hechicera, y que sabía bravamente vender doncellas destrozadas por enteras* mejor que Celestina.

Claudia, en *La tía fingida*, se decía viuda de D. Juan de

Bracamonte. D. Juan de Bracamonte murió gloriosamente en el asedio de Ostende, en 1604, que describe el Avellaneda en su *Quijote*. También éste cita á un soldado que nombraba Antonio de Bracamonte. En *La tía fingida* hay un galán que ofrece á una dueña un manto de seda si le facilita el amor de una mujer. En el *Quijote* hay (cuento de *los felices amantes*) otro suceso igual.

En la comedia de Alarcón *¿Quién engaña más á quién?* se habla de otra *Tía fingida*. No se llama *Claudia*, pero sí una de sus pupilas.

«Doña *Claudia* y Doña Julia
 Eran de labor doncellas.....
 Admiréme: entré en su casa
 Honestamente compuesta,
 Donde una Aldonza, *su tía*,
 Era el dragón de Medea,
 Era una vieja Creusa,

 Que llamo estantigua yo
 Y que llaman otros dueña.»

Como ningún español de la Península se ha ocupado en dar noticia de esta opinión de D. Andrés Bello, he creído oportuno, aprovechando la circunstancia del anterior escrito, ponerla en conocimiento general de nuestros literatos y en comentarla. Seguramente necesita de más examen; pero á mi propósito basta por hoy con lo expresado.

CASTRO.

CÁDIZ 2 de Abril de 1889.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

De mi tierra, por E. PARDO BAZÁN.

I.

LA ilustre autora del libro *De mi tierra* defendió no hace mucho en estas mismas páginas el derecho de la mujer á las distinciones académicas, ó lo que es lo mismo, la perfecta igualdad de condiciones entre la escritora y el escritor. Sea en buen hora. No seré yo, ni llamado ni venido á dilucidarla, quien diga palabra acerca de esa eterna cuestión que, con ser eterna, parece que está declarándose á sí misma insoluble como tantas otras; pero sí me permitiré por un breve momento atenerme al antiguo prejuicio en un solo punto: en el de considerar á Emilia Pardo antes como dama que como escritora, á despecho de la pretendida igualdad.

El caso es el siguiente: dos obras reclaman mi atención aquí: *La Puchera*, de Pereda, y *De mi tierra*, de quien con tanto ingenio y valentía defiende á su sexo. En rigor debiera examinarlas por el mismo orden en que las cito, ya que es el cronológico de su publicación. Pues bien: conste que no me decido á ello, como me decidiría tratándose de dos escritores de mi sexo; conste que aún me parece natural, quizás por hábito muy censurable, invertir el turno

en pro de la *dama*, prescindiendo de su carácter de *autor*. Será preocupación, todo lo que se quiera; pero yo no creo en este caso en la ansiada igualdad, y sigo profesando la opinión de que la mujer tiene, por ser tal, sus privilegios, aun despojada de ellos como escritor. Es más: afirmaría que el autor de *La Puchera* suscribe mi parecer; y dado caso que pudieran lastimarle las pretericiones en otras circunstancias, hallará mi proceder naturalísimo en éstas y cederá el paso á la dama de muy buena voluntad. Todo lo cual no es decir que vote yo con Escosura, ¡Dios me libre! pero sí que hay que hacerse mucha fuerza para abdicar una preocupación..... al menos en lo favorable á las señoras. Suban las que lo merecen la escalerilla que conduce á la Academia, pero consientan que respetemos sus prerrogativas *no literarias*. Ya sé que esto depone un tanto contra la igualdad y fomenta la duda de que pueda ésta existir en absoluto; repito, sin embargo, que no he venido aquí á resolver tal cuestión.

Quedamos, pues, en que voy á hablar primero del libro *De mi tierra*, y luego, si hay lugar, de la última novela del escritor montañés y de *La Hermana San Sulpicio*, de Palacio, publicada más tarde. Si no lo hubiere, lo dejaremos para otro día.

«Compónese este libro—dice la autora—de elementos diversos unificados por la nota común de referirse á autores, libros, monumentos y paisajes de mi tierra; en las páginas que hoy salen á luz resuena el acento apasionado y asoma el tierno interés que inspiran las cosas familiares, no el riguroso análisis crítico.» La primera parte del párrafo es mucha verdad. Todos los opúsculos coleccionados son estudios relativos á la literatura gallega—ya examinada en general, ya en las obras de algunos poetas contemporáneos,—ó narración de artísticas excursiones y

cuadros y paisajes de Galicia. En lo que, á mi juicio, no acierta la autora, es en negar á tales opúsculos el valor de verdadera crítica, porque no se haga desabridamente visible en ellos el riguroso análisis. Todo lo contrario: de crítica es el libro, y muy sabrosa y excelente y digna de imitación entre nosotros. Este es el primer punto que quisiera aclarar.

Va siendo opinión común por estas fechas—atentos á introducir en todo la mayor amenidad y temerosos siempre de incurrir en dogmatismos pedantescos—que ya no se comprende al crítico sin alma de artista, ni al artista sin cierto espíritu crítico. Y adquiere cada día más visible desarrollo aquella crítica, que, prescindiendo de promulgar rigurosas sentencias y de imponerlas á nadie, trata únicamente de hacer sentir de un modo más intenso y cumplido la verdadera belleza de una obra, mostrándola aún más viva é íntegra de lo que es en realidad, con todo su color, todo su jugo, todo su perfume. Nada de crueles disecciones, á las cuales por fuerza debe preceder la muerte, puesto que ni en anatomía ni en estética cabe aplicar el escalpelo á un organismo vivo sin que se escape el alma por la herida. No se trata ya de registrar y clasificar la planta ó el insecto pegados á un cartoncito, después de haberse marchitado aquélla ó haber soltado éste el polvillo de oro de sus alas entre los profanos dedos; no, señor: medre la planta en su propio terruño, respirando lozanía y exhalando su fragancia, y zumbe el insecto y revolotee cuanto guste, luciendo al sol sus colores metálicos..... El crítico-artista hace hoy con la obra literaria, con el monumento arquitectónico, con toda producción bella, lo propio que el novelista y el poeta con la naturaleza animada: nos la exhibe viviente; y en tal manera, que ya el autor de un libro viene á ser presentado y estudiado por

el crítico ni más ni menos que un personaje novelesco (en el recto sentido de la frase, y no en el que le diera un lector de folletines), y un monumento ó un simple retablo, se examinan y describen á título de decoraciones de una escena en la que sólo faltan los actores, si es que el mismo crítico no se encarga de este papel.

Á este género pertenecen de lleno muchos de los artículos que van en la colección *De mi tierra*. En algunos se examinan y juzgan las obras de insignes poetas gallegos contemporáneos, con *la fantasía sola*—según nos dice el mismo autor;—en otros, se describen, revelan y estudian bellezas artísticas y naturales del maravilloso país galáico, entreverando con el examen la narración, y con el erudito comentario, los vivos y pintorescos incidentes de la excursión, de las costumbres, de cuanto, en fin, puede evocarnos de un golpe, junto al monumento, la civilización que lo erigió, y con su estado actual, las gentes que viven acampadas en torno suyo. Así todo se anima, todo se colora, todo parece vivificado y dotado de aquella fuerza sugestiva que nos trae en un simple pormenor la revelación total de la verdad.

Por lo que se refiere á los poetas gallegos, me parece haberlos comprendido más y de un modo más íntimo después de haber leído sus breves y deliciosos retratos, que si en un par de volúmenes me señalaran todos sus versos con dedo impertinente y uno por uno. Colocados por la autora en el centro de su paisaje natural, sentido y visto con alma de poeta; indicados aquí y allá los caracteres del pueblo para el que escriben ó los sentimientos que comúnmente los embargan; trazada á trechos su biografía; concediendo en algún pasaje á la etnología lo que buenamente puede conceder el arte á esas obscuras disquisiciones de la ciencia contemporánea, el lector penetra hasta lo

más hondo de aquellos poetas, no por las tenebrosas galerías de la abstracción, sino por los mismos caminos pintorescos y olorosos que holló la nativa y espontánea poesía gallega. Pocas líneas me bastan para comprender perfectamente el carácter propio de Valentín Lamas, el verdadero poeta regional, el cantor del terruño, de la *terra esquecida* y de sus pobres gentes, con sus miserias y dolores resignados y silenciosos. Muy en breve—no con el concepto, sino por medio de las comparaciones, las imágenes y los cuadritos de género que esboza el crítico al margen de su estudio,—comprendo, por analogías vistas y experimentadas, cuándo y en qué acierta ó se desvía Lamas del tipo del poeta rural, casi inconsciente, todo naturaleza y espontaneidad, y lo más distinto, digo mal, lo más opuesto á lo que se llama un *literato*. Basta para ello que la autora me compare ese tipo al mísero gañán que ara y canturrea con monótono quejido sin palabras, mientras dirige la yunta, y á «cuyo cerebro se subiera y en él se condensara toda la poesía de los horizontes, de las nubes, de la humedad de la tierra gallega.» Me basta aquel cuadro vivo de un certamen de gaiteros, la vista de su natural paisaje, el animado tropel de los rudos espectadores, el entusiasmo del mismo Lamas ante el espectáculo, para que sienta como la autora, en la misma medida y con cuanto hay de inefable en ello, «aquella poesía, grande, íntima, verdadera, cuyas reglas no consigna ningún *Arte poética*.» Y del propio modo, con igual rapidez, gracias á esas evocaciones mágicas de la *fantasía sola*, gracias á ese procedimiento que oculta y ahorra la disquisición fría del análisis por medio de las sensaciones sugeridas, se me ofrece á mis ojos de un golpe el *bardo* Pondal, el cantor de los *rumores de los pinos* en noches de luna, y su celtismo prehistórico, y su raro osianismo, porque todo esto se funde

con el paisaje del valle habitado por el poeta, y con observaciones propias acerca de esa misteriosa relación entre ciertos sonidos y las impresiones que sugieren, entre ciertos colores y espectáculos y los fantasmas que evocan. Así, cuando con exquisito arte muda el crítico el tono y acude á blandas y risueñas imágenes al encabezar su tercer bosquejo relativo á Benito Losada, hartos advertimos bien pronto que se trata de otro genio opuesto al anterior, cuya poesía, con ser también rural, es amable, alegre y bonachona, de tintas plácidas y suaves como las que matizan el estudio del crítico. La vida campestre, las romerías y ferias, las pinturas de la aldea y del labriego con su malicia socarrona y picante, hasta el melancólico recuerdo de las juveniles aventuras, que caracteriza al poeta, todo surge á la imaginación como leyendo las mismas obras de aquél, y de tan eficazísimo modo, que adivinamos la gracia peculiar y la intensidad de vida genuína de aquellos cuadros, en los cuales lo humilde y lo pequeño—como en tantas otras literaturas regionales y no regionales de Europa,—sustituye felizmente á los héroes infatuados y sus campanudas tragedias.

En las excursiones á la casa solariega de Feijóo, al monasterio de Celanova ó al convento de San Lorenzo en Santiago, el procedimiento es el mismo y de igual eficacia, con ser muy distinto el natural. Bien lejos nos hallamos de aquellas memorias de arqueólogo, farragosas y frías, ó de los apóstrofes y prosa lírica que hubiese salmodiado el literato en romería al venerable caserón del celeberrimo benedictino, pretendiendo ver su sombra en todas partes, y ocasión de reverencias y pías meditaciones hasta en las gastadas piedras del umbral. Aunque todas aquellas narraciones son igualmente preciosas, elijo para este examen entre ellas la que acabo de recordar: la

de la excursión á la casa solariega de Feijóo. Nada falta para que la imaginemos en su estado actual; nada para que disfrutemos de la visita y tengamos en breve espacio idea exacta del lugar y la gente gallega, y aun curiosas noticias de los actuales propietarios de la casa. Esa fusión de los recuerdos literarios que aquélla puede inspirar al visitante, con las impresiones y andanzas del paseo en serena tarde de estío; ese viaje que empieza con una descripción heráldica y acaba con un refresco bajo la parra de una huerta, y en que así se habla de la mascarilla del sabio como de las ricas uvas de los contornos, citando sus variedades, nos producen un placer estético muy delicado y bien superior al de un capítulo de crítica arqueológica, tal como se comprendía antiguamente. Habla en aquellas páginas del libro un crítico que es al propio tiempo un novelista, artista y observador de costumbres, todo á un tiempo; y lo bello se nos descubre con el alma, el sentimiento y la imaginación, únicos sujetos que entienden de bellezas.

Por otra parte, hay una relación visible entre aquel procedimiento y el genio é índole de la literatura analizada ó de los monumentos y paisajes descritos. Diríase que éstos imponen aquél, ó tal vez que crítica y poesía proceden del mismo germen: el amor á la naturaleza conocida, tomando aquí la palabra en su más lato y comprensivo significado. Sí: para hacernos sentir la poesía de Lamas y su melancolía gallega ó su pesimismo de labriego, tierno y resignado; para que lloremos con Pondal al toque de *La campana de Anllons*, ó le riamos las gracias á Losada y penetremos hasta lo más íntimo de su malicia, acorde con el genio del país; para que, en una palabra, comprendamos cuanto contienen de poesía inefable los cantares de Rosalía Castro, el crítico debe valerse sin remedio de la suges-

ción y la imagen, de aquella misma naturaleza ambiente que sustituye al lenguaje literario y pone en lugar del concepto abstracto la sensación. En una palabra, cabe dar idea con la retórica corriente «de la pomposa flor de Núñez de Arce y Víctor Hugo;» pero «de los brezos y gen-cianas de los montes gallegos,» no: hay que coger la mota de tierra en que arraigan y presentarlos olientes y vivos. Una literatura viva, espontánea, concreta, inmediata, como son todas las regionales, fuerza á una crítica inmediata y concreta también.

Bien quisiera decir aquí hasta qué punto reside, á mi juicio, en esta sola condición toda la fuerza de las tales por singular coincidencia con el realismo contemporáneo, y de qué modo parecen contrapuestas á la que para el caso llamaré ahora literatura *urbana*. Con bien escasas excepciones, no acierta ésta en España á renovar sus procedimientos, y prosigue viviendo de artificios en su forma y en su fondo. Mientras las literaturas regionales, reclusas en su modestia, se creen en posesión de un principio vivificador que comunica renaciente frescura y todos los atractivos de lo sentido y lo espontáneo á sus creaciones, la literatura tradicional y con abolengo retórico siente con secreta turbación que le va faltando el ambiente y el calor de la inspiración inmediata, y que, respetada todavía en público, renegamos de ella en privado las más veces, sobre todo en el teatro y en la poesía lírica..... Pero iba diciendo que, á pesar de mi deseo, no considero oportuno prolongar la digresión si no es para llegar á esto: que hartos se ve en el mismo libro la diferencia entre ambos procedimientos y entre ambas literaturas, cuando, tras aquellos estudios acerca de la poesía gallega, llegamos al discurso sobre *Feijóo y su siglo*, ó á algunas disquisiciones filológicas y demás reparos concernientes á la misma poe-

sía regional. Porque la autora no es de los fanáticos adoradores de las cosas de su tierra, ni su amor ardiente pasa de ser algo platónico y más de artista que de patriota. Como algunos otros escritores que asisten de cerca á un renacimiento análogo al gallego, y aunque en él viven y se mueven, no figuran en él como actores, se halla colocada en singular posición que le permite compartir su entusiasmo entre aquella literatura íntima y limitada que debe juzgarse con el corazón, y esa otra literatura para la cual basta el talento. Así le es dado pasar de la crítica viva y amena de aquellos poetas al análisis del *Teatro crítico* de Feijóo; en una palabra, de la naturaleza animada al libro muerto. Así admira y siente las bellezas de las *Rivas del Sil* (precioso paisaje de la colección), y el singular hechizo del *Viejo burgo nativo* (bellísimo cuadro de costumbres), como da de mano á esos esbozos de artista para discutir algún punto filológico ó de erudición literaria. ¡Cambia entonces todo, hasta el estilo, que trueca su andar ligero y su sencilla y pintoresca vestidura de airosos pliegues, por otro porte ceremonioso y la cola de púrpura rozagante! Véanse entre tales estudios de esa índole el ya citado acerca de Feijóo, obra de maestro, pero de maestro en letras. Aunque en mi sentir falta aún en ella mayor copia de datos y hechos que mostraran con toda precisión el estado de las artes y la filosofía, la teología y las ciencias, la enseñanza pública y la credulidad popular por aquellos días en que el celeberrimo benedictino arremetió contra todas ellas á un tiempo, allí está puesta de resalto la venerable figura sobre el revuelto fondo de la España de Felipe V y Fernando VI con observación certera que á todo alcanza y todo lo investiga; en el mismo análisis del carácter privado del maestro, artístico medallón que campea en el centro, volvemos á hallar la mano del

novelista, hábil y experta en ahondar en el ánimo de sus personajes..... Con todo lo cual, prefiero, repito, á este segundo procedimiento abstracto, el primero, todo vida y animación, y vuelvo siempre con gusto á los paisajes y excursiones y á los recuerdos íntimos, donde no es ya Feijóo, sino la misma autora el protagonista, y ella quien nos denuncia su propio temple y carácter en sus amores por la tierra y sus gentes, en su optimista alegría y jovialidad, en la extraordinaria é inquieta vivacidad de sus propias impresiones artísticas. Palpita entonces en el libro el alma de la artista, harto más interesante que las investigaciones folk-lóricas y la erudición refleja.

J. IXART.



L' hereu Noradell, novela catalana.

Si alguno de mis lectores tiene presente en sus detalles la revista-resumen del movimiento literario catalán durante el año último, publicada en el primer número de LA ESPAÑA MODERNA, recordará la ligera silueta que tracé de un escritor muy singular, de Carlos Bosch de la Trinxería, y el anuncio de la próxima publicación de una novela suya, su primera novela.

Háse ésta publicado ya. Su título es *L' hereu Noradell*. Su subtítulo *Lluytas de la vida* (luchas de la vida), *Estudi de familia catalana*.

Quisiera no haber dicho de Bosch lo que dije allí, para poder decirlo ahora y resumir así en breves palabras mi opinión acerca del nuevo libro.

¿Es Bosch de la Trinxería un novelista en el alto sentido de la palabra? No vacilo en afirmar que no. Su psicología es endeble. Los caracteres de sus personajes nada ofrecen de particular ni en la superficie ni en el fondo. Ni son nuevos y singulares, ni el estudio de sus manifestaciones está hecho con aquella intensidad de percepción que saca pan de las piedras, esto es, que hace interesante lo más vulgar, desdoblándolo y mostrándonos sus repliegues interiores. La familia Noradell entronca con todas esas familias que pululan por la novela sentimental y bonachona que los franceses denominan gráficamente *azul*. Pertenece—y vaya por vía de ejemplo—al ciclo de las novelas y cuentos de Trueba, con quien tiene nuestro Bosch en este punto ciertas analogías. —

Tampoco raya la novela de Bosch á extraordinaria altura en punto á pintura episódica de costumbres, aunque ya por ella brille más que por la invención y análisis de caracteres, y aunque descuellen en su libro algunos cuadros de género más que apreciables. —

Ni es maestro Bosch de la Trinxería en el tejer la trama de su narración. Narra muy al correr de la pluma, tal cual suena, sin artificios de composición visibles ni ocultos; esos artificios de que nunca prescinde el buen novelista, por más que, si lo es, use como primero el de ocultarlos. La novela como el drama, menos sin embargo que éste, tiene sus leyes, que pudiéramos llamar arquitectónicas; leyes no codificadas ni codificables, pero cuya infracción nota, aunque de ello no se dé cuenta, el lector más profano.

Y con todo esto, con todas estas deficiencias, con todas estas vulgaridades—hablo de vulgaridades literarias,—confieso que me he leído *L' hereu Noradell* de un tirón, con placer extraordinario, con honda emoción á ratos.

Fortuna para mí que no estoy muy apegado á mis teorías, pues á lo mejor se me va el santo al cielo, como vulgarmente se dice; el corazón se me sube á la cabeza, y quieras que no incurro en esas mismas que, juzgando en frío, reputo cursilerías de colegiala. Abomino en teoría de las novelas en que todos son honrados y todos son buenos, en que las pasiones son simples debilidades de carácter, los vicios defectillos, y en que el mundo y la sociedad aparecen como gobernados por un Dr. Pangloss que encamina todas las cosas de suerte que no haya desgracia que sea irreparable, víctima que no llegue á triunfar, ni herida que no se cierre para no volver ya á abrirse. Pues á pesar de que abomino de esos trataditos de moral en acción que con tanta sal ridiculiza Pereda en su *Puchera*, me encuentro á lo mejor, en el libro de Bosch de la Trinxería, enternecido de verdad al ver la honradez del hijo del usurero, que, dando la mano de esposo á la hija de su deudor arruinado, devuelve á éste la perdida ventura y trueca en día de sol la negra noche en que parecía estar sumido el porvenir de la familia Noradell. ¿Será el aire de verdad que soplan la sencillez familiar de la narración, la sinceridad y convicción comunicativas del autor? No lo sé; pero llego á pensar ahora, bajo la impresión reciente de la lectura de ese libro, si tendrán razón los que abogan por la novela idealista de costumbres ejemplares. Ello es que después de leer *La terre*, por ejemplo, de Zola—y cito ésta porque pinta, como *L' hereu Noradell*, la vida rural, y aun porque, coincidencia ó plagio, en algún detalle la recuerda,—la cabeza se siente pesada, la imaginación como en calentura, el corazón amargamente dolorido por aquella intensa pesadilla, al paso que leyendo *L' hereu Noradell*, bien que no pueda compararse con aquélla en viveza de color ni en profundidad de análisis,

se experimenta una emoción tranquila, sosegada, bienhechora. ¿Tendrán razón los moralistas contra los estéticos?

Consuélame de la derrota de mis teorías literarias una idea, y es la de que tal vez en la derrota, tal vez en el placer que me causa *L' hereu Noradell*, tenga parte no pequeña el respeto y acatamiento del autor hacia una parte de ellas, y el verlas confirmadas en cierta medida por la práctica. Porque hay en *L' hereu Noradell* algo que la afilia con perfecto derecho á la novela contemporánea. Este algo es la pintura del medio ambiente. Por esto dije al principio que sentía haber dicho de Bosch de la Trinxería lo que dije en mi artículo anterior, por no poder repetirlo ahora, por no poder escribir otra vez que su último libro nos trae, como los dos anteriores, el acre perfume de los montes pirenaicos, y sugiere la clara visión de aquella característica naturaleza.

¿Cómo la sugiere? No abundan, según he dicho, las descripciones trabajadas y minuciosas. Son principalmente apuntes, esbozos, entrevisiones—permítaseme el neologismo,—más que visiones. Y, sin embargo, allí está, con su peculiar matiz, la montaña catalana; allí el paisaje catalán, el verdor de sus bosques y prados, el azul de su mar á lo lejos y de su cielo en lo alto. Allí aparece la *masía* catalana, distinta de la de Pereda, de la de Trueba, y esto que todas son del Norte—distinta de la de los novelistas del centro, del mediodía y del oeste de España.—Es más: aparece allí la *masía* del alto Ampurdán, la campiña de éste, sus cultivos particulares, su vegetación característica. Y con todo ello, con todo ese fondo de cuadro, aparecen asimismo sus labradores y payesas, bien suyos, y los vecinos de sus aldeas y de sus villas, bien suyos también. La fidelidad de la reproducción es irreprochable. ¿Cómo se nota la diferencia entre el que describe la natu-

raleza campestre desde su despacho en la capital, sin otro elemento que el recuerdo ó la imagen refleja, y el que la vive, la respira, la siente y palpa á todas horas! De ahí que, sin necesidad de largas caracterizaciones, y por la simple virtud de una frase suelta ó de un detalle, con cerrar los ojos del cuerpo y abrir los de la imaginación aplánanse las paredes del despacho en que os encontráis leyendo, y surge viviente, moviéndose como una realidad, el cuadro que el escritor acaba de trazaros. Y es que cada comarca, cada paisaje, tiene, para distinguirse de los demás, su alma, su esencia inmateral: el artista verdadero la siente, y, sin saber ni que sepáis de qué manera, espiritualiza y vivifica con ella su obra de arte. Bosch de la Trinxeria es en este concepto un artista de veras. Bajo este aspecto, su *Hereu Noradell* es un libro cuya aparición merece registrarse en esta Revista.

JUAN SARDÁ.



Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo XIX, por D. ANTONIO ELÍAS DE MOLÍNS.

Á fines del año próximo pasado publicó el Sr. Elías un *Catálogo del Museo Provincial de antigüedades de Barcelona*, que había redactado como jefe del establecimiento y por encargo de la Comisión de monumentos. La minuciosa escrupulosidad con que se describen los objetos en este libro y el claro y lógico método con que se hallan en él clasificados bastarán para acreditar á su autor, si pudiese

necesitarlo después de los muchos y muy serios trabajos que lleva publicados.

Pertenece el Sr. Elías al modesto, sufrido y zarandeado Cuerpo de archiveros, bibliotecarios y anticuarios; á ese Cuerpo tan digno de mejor suerte, que cuenta los reglamentos por los años que tiene de existencia y los desengaños por los reglamentos. Porque, en verdad, cuando se considera lo atendidos y considerados que son en el extranjero los hombres que abrazan esta carrera tan grave y científica y que en nuestro desgraciado país llegan á viejos sin ganar más de lo que gana un mediano oficial en cualquiera industria, da grima pensar que para esto se exija á los jóvenes tal suma de conocimientos y se decore con el pomposo título de carrera oficial y facultativa la ingrata profesión que ejercen.

Por fortuna, el Sr. Elías tiene la vocación del oficio, esto es, el instinto de investigación, que sin cesar escudriña y huronea; la paciencia de benedictino, que acopia datos, acumula materiales, los analiza, compulsas y compara; el rigorismo científico, que correctamente los clasifica, y la claridad de entendimiento, que magistralmente los describe.

Así, nótase en los libros del Sr. Elías la sencilla gravedad que caracteriza las obras científicas escritas con la desinteresada mira de difundir la ciencia y con el cariñoso celo del que á ella ha consagrado su existencia. Como en nuestro país se dan pocos casos de éstos—entre otras razones porque son pocos los que los advierten y menos los que los recompensan,—es muy justo que se publiquen y aplaudan.

El Sr. Elías de Molíns es erudito en la Bibliografía; con que dicho se está que en mejores manos no podía caer la tarea que acometió de escribir el tal Diccionario.

Esta hermosa y utilísima obra no carece por cierto de precedentes. En 31 de Mayo de 1816, el Ilmo. Sr. Don Félix Torres Amat, obispo de Astorga, ofrecía á la Academia de Buenas Letras de Barcelona, que, entre paréntesis, es la más antigua de España, seguir aprontando materiales *para contribuir á la formación de un Diccionario de autores catalanes*. Tal es el título que puso modestamente el ilustre prelado á la obra que dió á luz en 1835, y con la cual prestó sin duda un señalado servicio á las letras españolas, por más que, como trabajo inicial, adolezca de inevitables deficiencias.

Catorce años después, el Dr. D. Juan Corminas, canónigo de la Santa Iglesia metropolitana de Burgos, publicó á su vez un *Suplemento* á dicho libro, mereciendo más aplauso por su buena intención y diligencia que por el resultado científico de su empresa, acometida con harta escasez de noticias.

Pero en el período de cuarenta años que desde entonces ha transcurrido, han tenido las letras y las bellas artes un asombroso renacimiento en Cataluña. La fiesta anual de los Juegos Florales de Barcelona; los certámenes literarios y artísticos con que se han acostumbrado los pueblos á amenizar sus fiestas mayores; el afán con que han emulado todos por sacar á luz sus respectivas glorias, costumbres y tradiciones en mil y una historias locales; los progresos de las ciencias históricas, con creciente afición cultivadas; las luchas políticas y otras muchas concausas que fuera ocioso enumerar, han dado notoriedad y fama á un gran número de escritores en el antiguo Principado.

Sus trabajos andan en manos de todos, pero sueltos y esparcidos, y ya era tiempo de catalogarlos, como lo sería de hacerlo para todos los de autores españoles, según

muy oportunamente lo ha declarado la Biblioteca Nacional señalando un valioso premio anual para el autor que más cumplidamente lleve á cabo tan importante empresa.

Resulta de todo ello que la obra del Sr. Elías ha venido á satisfacer una verdadera necesidad, poniendo á disposición de los estudiosos un riquísimo caudal de datos que de otra suerte fueran de todos desconocidos. Cíñese nuestro paisano, y así lo reza la portada de su libro, á tratar de los escritores y artistas catalanes del presente siglo; pero aun así ha tenido que dividir en dos volúmenes el Diccionario, que ya empezó á publicarse, ilustrado con grabados intercalados en el texto y láminas sueltas representando autógrafos y retratos de los principales escritores y artistas difuntos, cuadros, estatuas, etc., etc.

Obediente el autor á los impulsos de su carácter activo y escrupuloso, apunta con nimia paciencia todos los trabajos realizados por los autores cuyas biografías traza á vuela-pluma, sin omitir ningún rasgo esencial, sin pasar por alto ninguna nota característica, sin dar al olvido ninguna producción literaria ó artística, sean cuales fueren su importancia y pretensiones.

Y esto lo pudo hacer porque ha tenido el buen acierto de concretarse á apuntar datos, vedándose á sí mismo el atrevimiento de aventurar juicios, por considerar—muy discretamente á mi entender—que huelgan los comentarios en esta clase de obras, especialmente tratándose de autores contemporáneos que, por vivir todavía ó por haber fallecido há poco, deben ser juzgados por las venideras generaciones.

Así pudo evitar el escollo de la parcialidad, en el cual tan fácilmente nos estrellan la simpatía personal, la comunidad de ideas, la pasión de partido y otros mil impul-

sos que no le es dable evitar al hombre de más claro juicio y recta conciencia. Que el crítico arrostre estos peligros, se comprende, pues á ello le obliga su profesión; mas el autor de una obra como ésta puede y aun debe huirlos.

Otro aplauso merece el autor por la perseverancia grande con que se ha aplicado á desenterrar del polvo del olvido un sinnúmero de memorias, discursos, dictámenes y folletos que yacían arrinconados en los archivos de las sociedades científicas, de los cuales pudiera con harta frecuencia decirse que son como cementerios donde reposan ignoradas las manifestaciones de la actividad modesta y poco afortunada. Porque si es verdad que, como dice el refrán, no es todo oro lo que reluce, no es menos cierto que el mérito está muchas veces escondido por falta de ayuda que lo saque á luz, ó por exceso de modestia y pusilanimidad que le hace vivir oculto como el mineral precioso que yace ignorado en el lóbrego seno de la tierra.

Cuanto por amor patrio y por científico entusiasmo nos dedicamos con más ó menos acierto y ventura á estudiar la historia de España, ganosos de publicar glorias desconocidas, méritos ignorados y hechos cuyo conocimiento ha de rectificar injustos prejuicios; cuantos comprendan y sientan que la verdadera historia de un pueblo es la narración imparcial de las luchas que sostuvo y las glorias que alcanzó en el camino de la civilización, hemos de agradecerle al Sr. Elías el ímprobo trabajo que se ha tomado y hemos de desear que tenga muchos imitadores su ejemplo.

Hoy, que tantas y tan ilustradas actividades se consagran al cultivo de las ciencias, han recibido todas tan vivo impulso, que el público inteligente ya no admite como seriamente científicas aquellas obras en las cuales se repite

con el servilismo inconsciente del eco lo que otros autores dijeron. Porque, en efecto, cuando tanto se estudia y tan precioso es el tiempo, bien puede calificarse de impertinente esa comezón de hablar al público por no decirle nada nuevo, perpetuando toda suerte de convencionalismos en detrimento de la justicia, de la ciencia y del patriotismo.

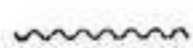
En cambio, la aplicación del principio económico de la división del trabajo al cultivo de las ciencias ha producido una infinidad de discursos, monografías y otras mil producciones, tan modestas por su apariencia como transcendentales por su fondo, que equivalen muy á menudo para los estudiosos al benéfico rayo de luz que impensadamente auxilia al que transita por un dédalo obscuro. Los *especialistas* son en la ciencia como los gastadores en los ejércitos, que desbrozan los caminos y franquean el paso á sus camaradas.

Por esto celebramos el buen acuerdo con que el señor Elías se ha empeñado en dar á conocer la existencia de esa multitud de estudios especiales que tanto han de contribuir al fomento de las ciencias en este país, más vilipendiado que realmente conocido.

Cuando en todas las regiones de España se haya publicado un Diccionario de la índole del que nos ocupa, de seguro que muchos de nuestros compatriotas modificarán su pesimista opinión, viendo que no todo es farsa y garbulidad en la patria nuestra, y que el clamoreo de las pasiones bastardas no ha sido parte á interrumpir la paciente y modesta labor de los que, prendados de un santo ideal, consagran la existencia al culto de la verdad, de la justicia y de la casta y legítima belleza.

J. COROLEU.

ÍNDICE.



| | Páginas. |
|--|----------|
| <i>Apuntes para mis memorias</i> , por María Leticia de Rute (Princesa Rattazzi)..... | 5 |
| <i>Necrología de Mancini</i> , por Emilio Castelar..... | 19 |
| <i>Trueba y sus amigos</i> , por V. Barrantes..... | 53 |
| <i>Cuentos pequeños</i> .— <i>Cabecita á pájaros</i> , por José Zahonero..... | 83 |
| <i>Algunos secretos del lenguaje y estilo del «Don Quijote,»</i> por Clemente Cortejón..... | 99 |
| <i>El liberalismo del Padre Mariana</i> , por Antonio de Valbuena..... | 137 |
| <i>No hay hombre sin hombre</i> , por José María Sbarbi..... | 147 |
| <i>Un enigma literario</i> .— <i>El «Quijote» de Avellaneda</i> .— <i>Novísimas investigaciones</i> .— <i>La clave</i> , por Adolfo de Castro..... | 157 |

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

| | |
|---|-----|
| <i>De mi tierra</i> , de E. Pardo Bazán, por J. Ixart..... | 187 |
| <i>L'hereu Novadell</i> , novela catalana, por Juan Sardá..... | 196 |
| <i>Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas del siglo XIX</i> , de D. Antonio Elías de Molíns, por J. Coroleu..... | 200 |

